

América Latina

SUJETOS **Políticos**

Rumbos estratégicos y tareas actuales
de los movimientos sociales y políticos

ISABEL RAUBER:

Doctora en Filosofía, Directora de Pasado y Presente XXI, Investigadora adjunta del Centro de Estudios sobre América, Profesora Adjunta de la Universidad de La Habana.

Ha realizado estudios de sociología política, análisis de coyuntura, memoria histórica, ensayos filosóficos y estudios antropológicos de movimientos sociales, barriales, sindicales, indígenas y de género.

Educadora popular de los años 70, comparte sus labores de investigación con tareas de formación e intercambio de experiencias entre los movimientos sociales de América Latina y el Caribe. Ha participado en numerosas Conferencias, Eventos y Seminarios Nacionales e Internacionales.

Ha publicado artículos, reseñas y más de dieciocho libros en Cuba, Argentina, Perú, República Dominicana, México, Colombia, España, Italia, Suiza y Alemania. Entre ellos *Proyecto, Sujeto y Poder; Hijas del Sol, Construyendo Poder desde Abajo; Una Historia Silenciada; Vírgenes sin Manto; Con el Corazón Abierto; Género y Poder; Tiempo de Herejías; Acores sociales, Claves para una Nueva Estrategia; Romper el cerco, Movimientos sociales y representación política*, y otros.

ISABEL RAUBER

América Latina

Sujetos Políticos

Rumbos estratégicos y tareas actuales
de los movimientos sociales y políticos

Prólogo de
François Houtart



Pasado y presente XXI, 2006

América Latina

Sujetos Políticos

Rumbos estratégicos y tareas actuales
de los movimientos sociales y políticos

Isabel Rauber

Edición general y arreglos: *Pasado y Presente XXI*

- Edición: *Gladys Estrada*
- Traducción del francés (Prólogo): *Juana Elvira Suárez Conejero*
- Emplante computarizado: *Carlos Melián*
- Diseño de portada: *Mauro Germán*

Quinta Edición

Santo Domingo, Febrero de 2006

© Isabel Rauber, 2005

© Sobre la presente edición:

Centro de Investigación y Promoción Social (CIPROS)

Centro de Estudios Sociales Padre "Juan Montalvo"

Centro de Planificación y Acción Ecuménica (CEPAE)

Ciudad Alternativa

Comité para la Defensa de los Derechos Barriales (COPADEBA)

Impreso en *FyS Gráfica*,

Calle Vicente Celestino Duarte No. 53, Zona Colonial,

Santo Domingo, República Dominicana.

*No queremos ciertamente, que el socialismo sea en América
calco y copia.*

Debe ser creación heroica.

*Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad,
en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano.*

He aquí una misión digna de una generación nueva.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI
Ideología y Política

CONTENIDO

PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	15
1. PRESENTACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA	21
Nueva estrategia de poder	27
Nuevas miradas acerca del poder, la política y sus protagonistas	34
Conceptos claves	42
Participación en parlamentos y gobiernos	47
2. CONSTRUCCIÓN DEL PROYECTO ESTRATÉGICO	61
Por dónde empezar y qué hacer	70
Articulación de propuestas inmediatas, y de mediano y largo plazos	81
Elementos de partida componentes del proyecto	97
3. PROYECTO ESTRATÉGICO Y PROGRAMA POLÍTICO	103
Diferenciar entre proyectos de entrada y proyectos de salida	104
4. SUJETO SOCIAL, POLÍTICO, HISTÓRICO	109
Hipótesis y consideraciones centrales	111
5. NUEVO TIPO DE REPRESENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN POLÍTICAS	131
Transformar las raíces y los modos de la representación política	133
Características esenciales de la organización política	138
Nuevo tipo de militante	142
6. OTRA TAREAS ESTRATÉGICAS	147
Desplegar la batalla cultural	147
Construir una nueva subjetividad	153
Fortalecer el nuevo pensamiento sociotransformador	156
7. EN CONCLUSIÓN, ¿REFORMA, REVOLUCIÓN O TRANSFORMACIÓN?	169
BIBLIOGRAFÍA	171

PRÓLOGO

François Houtart

La obra de Isabel Rauber aborda una importante preocupación actual: la de la articulación entre los movimientos sociales y la política, desde la perspectiva de que para ello habría, primeramente, que valorizar el campo político, considerándolo como inevitable cuando se trata de alternativas. Pero, ¿cómo redefinirlo? Para ello, la autora actúa como una verdadera intelectual: comprometida para ser creíble y crítica para ser útil, a la vez que tiene una preocupación teórica, la cual sin proponer un nuevo dogma nos plantea una renovación del método.

Contrariamente a los totalitarismos, su pensamiento es dialéctico y no lineal, porque ella está conciente de que el dinamismo social está dirigido por la acción y la interacción entre los actores y no por la imposición de ideas directrices. Sin embargo, no cae en el exceso contrario, tan querido por algunos postmodernismos, que niegan la función de los «grandes discursos», la existencia de sistemas o la realidad de las estructuras. En ello radica el constante juego en su texto entre teoría y práctica, estructura y subjetividad, sujeto y lucha social, utopía y concretización, proyecto, pequeño o no, macro y microdimensión, fragmentación del sujeto social y reconstrucción del sujeto histórico, movimientos sociales y campo político, resistencias y proposiciones, Norte y Sur, y, finalmente, posición revolucionaria y proyecto reformista.

La principal preocupación de la obra es evidentemente el lazo entre los movimientos sociales y la acción política. El propio título del trabajo, que sale 100 años después del ¿Qué hacer? de Lenin, indica claramente su objetivo. En efecto, es necesario retomar la pregunta, en un momento en que se transforma el sujeto histórico de la resistencia ante un capitalismo que ha desarrollado nuevas formas de mundialización. La clase obrera, con su importante rol que sigue siendo históricamente fundamental, no es la única dentro del abanico de organizaciones antisistémicas, además de que la ofensiva neoliberal la ha fragmentado y ha reducido la fuerza de sus organizaciones. Ello muestra la importancia

vital de las convergencias, no solamente entre los movimientos sociales y las ONG progresistas, sino también entre las formaciones políticas. En este sentido, la «izquierda» debe redefinirse en la actualidad y su base debe ser la articulación entre los movimientos sociales y los partidos políticos.

La lectura de Isabel Rauber suscita inmediatamente una nueva serie de preguntas y esto es lo que ella desea provocar. Al hablar de las experiencias latinoamericanas de los movimientos sociales que ella conoce por haber participado mucho, nos abre pistas de reflexión y de acción que trascienden el terreno en el que ella se sitúa.

Las utopías, las que no son elaboraciones imaginarias que sobrepasan a la historicidad, sino que son construcciones colectivas que indican lo que podría existir mañana, aunque sean hoy intangibles, constituyen una parte esencial de las luchas sociales. El capitalismo mata a las utopías o, mejor dicho, intenta reducirlas a una sola, verdaderamente ilusa: la felicidad gracias al mercado, con todas las consecuencias que conocemos. ¿Cómo entonces redefinir la utopía (o el proyecto de nueva sociedad) para que sea capaz de focalizar las aspiraciones, unir las energías, incentivar el pensamiento y motivar las acciones?

De ello se deriva la idea de proponer una enumeración de elementos que puedan caracterizar al objeto de las luchas sociales, que son mundiales en la actualidad. Se tratará de construir una sociedad en que la economía retome su función propia: asegurar las bases materiales de la vida física y cultural de todos los seres humanos, donde las relaciones sociales sean igualitarias, donde las actividades colectivas se realicen de manera democrática, donde la multiculturalidad sea reconocida como fundamento de la interculturalidad, donde la espiritualidad sea abierta y plural, y todo ello basado en la simbiosis entre los seres humanos y la naturaleza.

Estos objetivos programáticos permiten redescubrir la totalidad del proyecto de una nueva civilización humana, respetando la diversidad de las vías y de los medios, donde cada uno la defina de manera crítica, en función de su propia experiencia histórica y sus tradiciones filosóficas o religiosas. El proyecto es abierto, para ser redefinido constantemente por el conjunto de los grupos sociales que lo portan y, por tanto, no es dogmático. Ninguna vanguardia tiene la verdad ni existe, por supuesto, reducción de la acción humana ante la ley del valor. Por otra parte, la cultura, como «parte ideal de lo real», según la expresión de Maurice Godelier, tiene un rol central, sin dejar en la sombra las bases materiales.

Evidentemente, tal perspectiva de sociedad, tal programa-proyecto, exige su concretización. No se trata solamente de: ¿qué sociedad deseamos? Esta pregunta hace estallar un abanico de interrogaciones: ¿qué salud deseamos?, ¿qué educación?, ¿qué agricultura?, ¿qué empresa?, ¿qué medios de comunicación?...

La utopía conlleva a deslegitimar al sistema económico existente y a su acompañamiento social, político y militar, porque permite decir con convicción que «otro mundo es posible». Sin embargo, este nivel no es suficiente, como lo muestra Isabel Rauber. La acción a mediano y corto plazo es igualmente indispensable. Es lo que Lelio Basso, el jurista y hombre político italiano, fundador del Tribunal Permanente de los Pueblos, llamaba «los pequeños pasos». En efecto, las victorias, incluso parciales, son necesarias, no solo para levantar la moral de los que luchan, sino porque millones de seres humanos sufren o mueren en la actualidad. Ellos no pueden esperar y todo lo que pueda ayudarlos a mejorar no debe ser postpuesto.

Hay, sin embargo, una condición: la articulación al proyecto fundamental, el cual solo puede ser de larga duración. El objetivo estratégico alternativo no nacerá de la acumulación espontánea de las iniciativas parciales. El solo se puede nutrir de su articulación. Esta es la palabra clave de la obra de Isabel Rauber. En tanto que la primera opción busca humanizar al capitalismo, la segunda busca la totalidad del proyecto, es decir, la salida de la lógica de la ley del valor como base universal de la organización de las relaciones humanas. Nadie duda que este fin sea a largo plazo: cambiar un modo de producción exige más que una revolución política y no se logra en una generación. La historia nos lo ha enseñado.

Si no ponemos ante todo las dimensiones estratégicas de las proposiciones reivindicativas, estas se convertirán en elementos que recuperará rápidamente el capitalismo, el cual las transformará en instrumentos para su reproducción social. Así sucedió, por ejemplo, con la lucha contra la pobreza, de la cual el Banco Mundial se ha convertido en el principal protagonista. Un neokeinesianismo a escala mundial es un cuchillo de doble filo. Esto no quiere decir que desatendamos el corto plazo, por el contrario, pero se trata de colocarlo en la línea de un proyecto estratégico: definir las articulaciones se convierte en una tarea intelectual central y en una práctica esencial. No podemos olvidar nunca que el capitalismo es «salvaje» cuando puede y «civilizado» cuando debe, y que no son las regulaciones las que transforman su ser, incluso aunque puedan aligerar las consecuencias sociales y culturales.

Esto, evidentemente, nos conduce al problema del sujeto histórico portador de la utopía. Durante mucho tiempo, la izquierda lo identificó de manera exclusiva con la clase obrera. Históricamente esto no había sido falso y los análisis de Marx lo mostraron. Pero lo que caracteriza en la actualidad a la hegemonía del capital no es solamente la sumisión real del trabajo por el capital, es decir, la sumisión dentro del proceso de producción, sino el hecho de que toda la población del mundo (cuya gran mayoría no es asalariada) está sometida a una sumisión formal del trabajo por el capital, es decir, a través de procesos jurídicos y financieros. Esta es la especificidad de la mundialización neoliberal, expresada por el Consenso de Washington y ningún grupo humano escapa a ella.

El sujeto histórico, portador de resistencias, abarca en la actualidad un universo mucho más amplio que antes y esta vez, de manera cada vez más conciente: las mujeres que sufren doblemente los efectos de las privatizaciones del agua, la electricidad, la educación, la salud; los pueblos indígenas que ven expropiados sus territorios y sus saberes por parte de las empresas transnacionales (derechos de propiedad intelectual); los pequeños campesinos excluidos de sus tierras por las exigencias del Banco Mundial; los jóvenes que no pueden encontrar trabajo. Todos expresan, a través de sus protestas, una parte de las resistencias frente a un orden mundial impuesto por la lógica de la acumulación que favorece los intereses de una minoría.

Solo las convergencias construirán al nuevo sujeto histórico, que será plural y reunirá las diversas tradiciones culturales de lucha, y deberá redefinirse constantemente. Pero tal sujeto solo podrá guardar el calificativo de histórico si se vincula a un proyecto estratégico. Esta no es una tarea fácil, porque la fase neoliberal del capitalismo tiende a cambiar a los actores sociales en consumidores, transformando de esta manera su universo cultural, e incluso sus aspiraciones. El encuentro del Norte con un Sur con condiciones sociales dramáticas, al igual que la acción de los defensores del medio ambiente en plena degradación puede contribuir a una toma de conciencia mayor acerca de la necesidad de cambios profundos y rápidos.

La función de lo político consiste en reunir el conjunto de estas reivindicaciones, proposiciones de alternativas y luchas concretas, para contribuir a su articulación en proyectos colectivos de naturaleza pública. Tal tarea también tiene que realizarse en convergencias: convergencias con los movimientos sociales y convergencias entre los partidos

políticos, porque el criterio de encuentro y de acción común es la articulación con la utopía.

Los medios son bien enumerados por Isabel Rauber: partir de lo concreto, organizar desde abajo, acumular fuerzas, y todo guiado por la claridad en los objetivos. ¿Pero cuál podría ser la definición? Está claro que no es suficiente -como afirma el pensamiento liberal- agrandar el pastel para distribuir los pedazos, porque tal posición no cuestiona la manera en que el pastel se hace (su costo ecológico y social), ni los principios de su distribución (por el mercado eventualmente regulado). Hay que volver a pensar en estos parámetros del desarrollo de la humanidad.

Por muy asombroso que pueda parecer, los pueblos autóctonos con características precapitalistas aún presentes pueden darnos lecciones en este sentido. No se trata, evidentemente, de negar los aportes del pensamiento moderno y sus contribuciones científicas y tecnológicas, sino de colocarlos en su lugar. Estos han sido colonizados por la lógica de la acumulación capitalista. La consecuencia ha sido que se ha separado la economía de la sociedad y se han sometido todas las actividades humanas colectivas de orden social y cultural ante la ley del valor, conllevando a una gran destrucción de la naturaleza y a la explotación de millones de seres humanos. Ahora bien, en esos pueblos de África, Asia y América Latina, hay dos nociones que fundan la cultura: la simbiosis entre el hombre y la naturaleza y la solidaridad del grupo humano. Nada puede ser más útil que esto para ser una doble crítica postcapitalista de la modernidad, con una noción de la naturaleza exterior a la humanidad y explotable a mansalva y el individualismo como única fuente de progreso.

El nacimiento de los Forums sociales y su rápida extensión son manifestaciones de esta nueva dinámica. Puntos de encuentro de todos aquellos que luchan contra el neoliberalismo, contra la hegemonía mundial del capital y en búsqueda de alternativas, estos Forums han cambiado el panorama cultural: "No hay alternativas (ante el mercado capitalista)", dijo la señora Thatcher. "Otro mundo es posible", decimos en Porto Alegre. Los Forums se han convertido en un hecho político, que ningún poder económico o político puede ignorar. Es cierto que aún hay muchos desafíos por enfrentar, el de la articulación entre los movimientos, ONG progresistas y partidos políticos, el de coagular las resistencias espontáneas que se desarrollan sin organización, y otros más. Pero sin los Forums no existiría este debut de convergencias que augura nuevas perspectivas y hace renacer la esperanza.

Nuevos parámetros, convergencias de luchas sociales, articulaciones entre reivindicaciones y proyecto estratégico, emergencia de un nuevo sujeto histórico, pequeños pasos y grandes perspectivas, alternativas políticas, todo ello resurge del libro de Isabel Rauber, para quien, estos ingredientes son la base de lo que podría ser, en el siglo XXI, un nuevo socialismo.

INTRODUCCIÓN

El texto que pongo hoy a consideración del lector sintetiza años de intensa búsqueda acerca de un nuevo proyecto estratégico alternativo, en Latinoamérica. A ello he dedicado más de dos décadas de estudios e investigaciones sistemáticas, acompañamiento de experiencias y reflexiones conjuntas con diversos actores sociales. Esto implicó desplazamientos constantes por diversas realidades del continente, no pocas veces contrastantes entre sí. Esas vivencias y los análisis que las acompañaron fueron llamándome a la comprensión de lo que estaba más allá de los paradigmas vigentes en el siglo xx en los que también yo había sido educada, independientemente de que pudiera o no entenderlo y aprehenderlo cabalmente en ese momento. La determinación interior a buscar y entender lo nuevo que se estaba gestando, me ayudó a remontarme por sobre dogmas y prejuicios, y atreverme a conceptualizar lo nuevo que descifraba como verdadero y necesario, más allá de que ello fuese o no comprendido por los que me rodeaban. Clave fue siempre apoyarme en las enseñanzas teóricas y prácticas de Marx y en el legado de su pensamiento revolucionario.

Un empeño de estas características no podía ser, y no fue, el producto de una labor estrictamente académica. Lamentablemente el saber considerado “ilustre y académico”, sigue aún mayoritariamente articulado a posiciones liberales del conocimiento y la ciencia, o autoreferenciándose en los nombres de autores consagrados o de determinados Profesores, cada uno de los cuales pretende constituir su propia corriente de pensamiento (único), subestimando el elocuente lenguaje de la realidad, de los pueblos. Esto es así, incluso entre algunos connotados académicos autodenominados marxistas o de izquierdas.

No obstante, durante años me he empeñado en pensar colectivamente con y desde los actores sociales diversos, aunque

no pretendo transferirles a ellos las responsabilidades por el contenido de mis elaboraciones teóricas, no sería justo hacerlo, pero los siento -porque lo son-, partícipes del desarrollo de los conceptos que he ido elaborando o re-elaborando en estos años.

El punto de partida fue la reflexión sobre las causas de la derrota, vivida en Suramérica a inicios de la década del 70 y en Centroamérica a fines de los años 80. Recuerdo, por ejemplo, como si fuera ayer, la derrota electoral de los sandinistas ocurrida en 1989; cuánto dolor y cuánta luz arrojaron tales sucesos. Luego, la caída del muro... el desmembramiento y desaparición de la URSS.

Fue necesario profundizar las interrogantes proporcionalmente a la hondura de la crisis, y más. Era imprescindible indagar no solo en el pasado para descubrir la genealogía de un presente aparentemente inexplicable, sino llegar a lo profundo, buscar y descubrir en la realidad social del presente las pistas para transformarla y construir un futuro diferente, rescatando la utopía de liberación del desencanto y la desesperanza en la que habían caído incluso muchos militantes.

La existencia de Cuba revolucionaria fue vital; su resistencia sin límites ni precio, su ejemplo de voluntad, dignidad y solidaridad, aun en las más difíciles condiciones, ha sido y es sin dudas puntal y estandarte de la utopía de la liberación indo-afro-latinoamericana.

Ese nuevo socialismo del que hoy habla Hugo Chávez, que ya asoma su posibilidad al ser asumido cada vez más conscientemente por un pueblo en revolución, como meta y, a la vez, como desafío a su creatividad y voluntad, dado que solo podrá ser obra de su creación colectiva y de su empeño consciente para llevarlo adelante en la misma medida en que lo van diseñando, construyendo, rectificando, impulsando. Es allí donde se palpa de modo directo cómo el pueblo, a la vez que se constituye en sujeto de su historia, define lo que será su proyecto histórico, su socialismo, que solo podrá ser -ya se ve-, un socialismo nuevo, democrático, participativo, construido desde abajo y en permanente apertura a los cambios, a las innovaciones por parte del pueblo protagonista.

Construcción de sujeto, de nuevo poder y nuevo proyecto histórico desde abajo, se sintetizan, encarnan y cobran fuerza hoy

en el proceso revolucionario venezolano, confirmando hipótesis, rechazando o modificando algunas, y creando nuevas, puesto que es un proceso vivo, en movimiento y despliegue sin límites *a priori*. La realidad de su existencia contribuye a la maduración de una estrategia de poder (y al cierre de su proceso de búsqueda), que venía conformándose disparejamente en distintas experiencias de lucha y construcción de alternativas por parte de diversos actores sociales populares del continente. De ello trata el presente texto.

Todo no está dicho, al contrario, apenas comienza esta nueva etapa; se abre ahora un nuevo tiempo de creatividad e iniciativa de los pueblos en el continente. El aliento está también en Uruguay, con el gobierno del Frente Amplio y sus décadas de construcción paciente y sostenida; está en las luchas del pueblo boliviano, brasileño, argentino, paraguayo, peruano, nicaragüense, haitiano, y otros. Es indudable que vivimos un nuevo tiempo. Las búsquedas no cesan, pero se orientan ahora en una dirección definida por los pueblos determinados a fortalecer procesos, construir unidad, articulaciones, sujetos, poderes y nuevas organizaciones sociales y políticas capaces de impulsar los procesos hacia la conquista de los objetivos colectivamente establecidos.

Es por ello que este libro constituye para mí un texto de cierre de la etapa que podría definir como de búsqueda de una nueva concepción estratégica. En varios estudios y escritos he ido abordando aspectos conceptuales o políticos que me resultaban necesarios, ellos son parte del proceso de esclarecimiento colectivo en medio de la continuación de la búsqueda, nodos de afianzamiento y relanzamiento. A ello corresponden textos como *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular, Claves para una nueva estrategia, Construyendo poder desde abajo*, y otros.

El que reorganiza mis investigaciones y traza una agenda de investigación-acción que desarrollaría desde inicios de los 90 hasta ahora, es *Proyecto, sujeto y poder. Desafíos actuales del movimiento popular latinoamericano*. En sus páginas, haciendo un recuento de las razones de la derrota regional y mundial, dando cuenta del cambio del sistema-mundo a partir de la desaparición del sistema socialista mundial, se esboza una agenda de los que consideré

serían los principales desafíos del movimiento popular latinoamericano en los años venideros.

Hoy, luego de un arduo caminar, cuando los movimientos sociales y políticos latinoamericanos han avanzado en construcciones sociales y políticas, la emergencia de la Revolución Bolivariana en Venezuela, sus logros y su impacto político en el continente, hablan de una nueva etapa. Es por ello que, con la presentación de este libro, estoy también cerrando el ciclo de las tareas planteadas en aquel, que han constituido la trama de mis investigaciones y búsquedas durante los últimos quince años.

Como el primero, el objetivo central de este texto es contribuir a la reflexión colectiva entre la militancia de los movimientos sociales y políticos del continente acerca de aspectos fundamentales referidos al poder, el sujeto social, político e histórico, el proyecto, la organización política, la participación electoral y la necesidad de construir una amplia fuerza social que la sustente, impulse y proyecte los procesos sociales hacia transformaciones más allá de lo coyuntural. Son aspectos que demandan ser coherentizados entre sí, ante la maduración de una nueva estrategia de poder, y a partir de ella. Ninguno de ellos puede ser definido y construido por separado, ni en un tiempo anterior o posterior a los demás; todos y cada uno se van conformando e interdefiniendo en lo que deviene una articulación intercondicionada de sujeto, poder y proyecto propios.

¿Cómo se desarrolla el proceso? ¿Cómo construir a partir de las propuestas iniciales?

De ello dan cuenta los capítulos de este libro a partir de reflexionar acerca de las lógicas nuevas que emergen de las actuales construcciones sociales y políticas de los actores sociales y políticos de Latinoamérica. Partir de lo cotidiano, de lo reivindicativo, para ir profundizando en lo político –sin abandonar nunca ni lo cotidiano ni lo reivindicativo– son las claves metodológicas que arrojan pistas claras para construir propuestas concretas inmediatas o mediatas, y avanzar con ellas hacia la definición de un programa político alternativo. Es este programa el que hará posible a los actores sociales y políticos enlazar las construcciones sectoriales fragmentadas con las definiciones estratégicas que van madurando y perfilándose colectivamente a partir de

esas propuestas, y con el apoyo de las construcciones orgánicopolíticas que las acompañan.

Es en este caminar creativo que podrán ir encontrándose los actores sociales y políticos, dispersos y atomizados entre sí. Y ello abre posibilidades para definir coincidencias puntuales coyunturales, programáticas de gobierno, o netamente estratégicas sobre las cuales se podrán construir nodos articuladores estables o no. Ellos resultan pasos tentativos hacia lo que puede llegar a ser una trama interarticulada de actores sociopolíticos, un movimiento político-social y cultural que reorganice, articule y proyecte a esta naciente nueva izquierda histórica latinoamericana hacia la conformación orgánica y política del sujeto social, político e histórico del cambio social en la hora actual.

“Cómo” se resuelva esto en cada lugar, no resulta ciertamente un camino único ni definitivo, pues ello resulta de soluciones concretas e instrumentales en relación a fines y tareas en cada momento. Sin embargo, aún siendo instrumental, es fundamental que ese “cómo” resulte siempre una respuesta coherente con los fines propuestos. La historia ha enseñado que si hay contradicción entre ambos, hay traición de los objetivos de partida.

Cambiar el mundo desde abajo (y desde arriba), construir la nueva civilización humana, alumbrar un nuevo socialismo en el siglo XXI, implica no solo mantener y defender los sueños de justicia, igualdad y fraternidad entre todos los seres humanos del planeta, sino también hacernos cargo de las enseñanzas de la lucha de clases en la historia latinoamericana y universal, de las experiencias del socialismo del siglo XX, y crecer sobre errores, debilidades y logros. La lucha por un futuro socialista profundamente humanista supone, por tanto, ir democratizando desde ahora todos los ámbitos de la vida social e individual, transformando radicalmente el poder dominante, excluyente y discriminador: en el hogar, la comunidad, el lugar de trabajo, y en el interior de cada organización social o política. Es por ello también, una lucha por la coherencia, la ética, la moral y la felicidad humanas. Y nuestras prácticas cotidianas de construcción y transformación no pueden estar reñidas con ello. En ellas coinciden –entrelazados– el decir y el hacer, y fructifican creadoramente

marcando en nosotros mismos las huellas de lo nuevo que estamos creando.

De todo ello trata este libro, resumiendo los rumbos y las tareas políticas principales de los movimientos sociales y políticos latinoamericanos en el tiempo actual: construcción del sujeto político-social y el proyecto alternativo. A su argumentación y desarrollo dedico estas páginas; mi mayor recompensa será saber que han sido de utilidad para los lectores y las lectoras que se adentren en ellas.

Isabel Rauber

1.

PRESENTACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA

El sistema mundo en que vivimos, definido por el modelo consumista competitivo de la civilización capitalista occidental, se agota aceleradamente. Pretendiendo que ello no ocurre, la cúpula del poder se aboca a buscar vías para mantener su modo de vida e incrementar sin cesar sus ganancias. Para ello precisa consumir cada vez más recursos energéticos, controlar la biodiversidad y los territorios donde todo ello se encuentra. Para lograrlo necesita -obviamente- subordinar a los estados locales (nacionales). Para ello se emplean diversas vías: el “convencimiento” político, la corrupción, la dominación cultural, la represión o la guerra. La actual etapa de acumulación gigantesca del capital no reconoce fronteras ni límites, ni ningún otro derecho que no sea el suyo, para explotar, consumir, ganar y acumular...

El capital amenaza a todos de muerte. Y esta amenaza se resume en la contradicción vida-muerte que caracteriza el antagonismo fundamental del momento actual. Es la resultante del agravamiento extremo de la contradicción capital-trabajo y de las contradicciones (“secundarias”) a ella directamente articuladas. Se relaciona también, por tanto, con las nuevas contradicciones sociales. Como señala François Houtart, el neoliberalismo globalizado actual

(...) ha significado un enorme avance de la subordinación formal, lo que se ha convertido en la causa de la emergencia de nuevas luchas (campesinos sin tierra, pobres urbanos, inmigrantes, indocumentados, luchas por salvaguardar los servicios públicos, la defensa del medio ambiente, la oposición a la dominación del capitalismo financiero), y también de nuevas formas que han tomado luchas ya seculares (...).

Treinta años de ofensiva contra el trabajo y contra el Estado, con el fin de crear nuevas condiciones para la acumulación

del capital, diez años de neoliberalismo triunfante después de la caída del socialismo real, han creado evidentemente nuevas condiciones para las luchas sociales. [Houtart 2003-a]

Ellas encuentran ahora nuevas dimensiones y aristas de existencia y expresión, remodelando la compleja urdimbre de las relaciones sociales.

La contradicción vida-muerte -marcada por las actuales complejas interrelaciones capital-trabajo-, contiene, sintetiza y expresa a la de clase de un modo muy específico, marcando el límite. Por ello, lo defensivo -que nunca ha desaparecido- (re)adquiere un carácter predominante y un contenido nuevo. Nuevo porque no puede quedarse en la resistencia. Para sobrevivir la clase está obligada a defenderse y ello implica necesariamente recuperar la ofensiva.

Esto supone, en primer lugar, dar cuenta de la fragmentación de la propia clase, de la ampliación de la subordinación real y formal del trabajo al capital, y desarrollar en consecuencia modalidades de organización de la clase y los trabajadores en general, obviamente diferentes de aquellas correspondientes a la época del capitalismo industrialista predominante en los siglos *xix* y *xx*.

Esto se vincula directamente con la necesidad de replantear hoy la relación sujeto-clase y, particularmente en Latinoamérica, la relación sujeto-clase-pueblo. Sobre esa base se clarificarán sus posibles modos de organización, siempre articulados a la construcción colectiva de una alternativa común para la sobrevivencia como sociedad y especie humana. No valen recetas preconcebidas ni fórmulas universales. En esto, recordar a Mariátegui aclara y orienta.

...en la polémica con Haya de la Torre, Mariátegui insistirá, más que antes, en la importancia de la clase obrera y hablará de un partido de clase, como fluye con claridad en sus cartas, pero un partido de la clase obrera en realidad era algo así como un partido de trabajadores, y un partido de los trabajadores era un partido de obreros y campesinos. [Flores Galindo 1991: 221-222]

La articulación de la diversidad de actores sociales empeñados en transformar sus condiciones de vida y las de la sociedad,

resulta hoy un paso indispensable en dirección a la construcción de alternativas concretas, la definición del proyecto estratégico, y de la organización sociopolítica necesaria. Las luchas crecientes de los actores sociales para deslegitimar el sistema resultan fundamentales, pero su persistente fragmentación y sectorialidad impide construir propuestas comunes, y avanzar más allá de la protesta.

Identificar las raíces últimas de las problemáticas sectoriales y articularlas en una dimensión integradora del cuestionamiento social resulta primordial. Esto implica adentrarse en la dimensión política: construir las bases de un programa político de oposición y una propuesta de gobierno propios, definir los lineamientos de partida del proyecto alternativo.

Nada de ello ocurre espontáneamente, ni resulta una consecuencia inevitable de un proceso supuestamente “natural” de automaduración y autoorganización de los actores sociales y políticos. Hay que empeñarse conscientemente en construir los caminos para avanzar hacia tal dirección. Para ello -sobre la base de un conjunto de definiciones comunes- es necesario también ir identificando los elementos centrales que definirán los contornos histórico-concretos de la utopía soñada: qué tipo de sociedad queremos, hacia dónde vamos, cómo... Ello dotará de sentido y coherencia a cada lucha, a cada resistencia, y servirá de Norte de acumulación sociopolítica, conformando un articulado proceso social de transformación-construcción, en camino hacia la concreción de la utopía (programa, proyectos alternativos).

Esta utopía no es inalcanzable porque no viene dada desde arriba ni se construye afuera de las luchas. Es lo que puede existir, y la evidencia más clara de ello es que se construye día a día en las prácticas concretas de los movimientos. Ello indica también, que su contenido va cambiando con las experiencias de los diversos grupos humanos, en un proceso perpetuo.

Crear una nueva civilización humana

El capitalismo neoliberal globalizado desafía a la humanidad a pensar -con urgencia- en su sobrevivencia. Frente al afianzamiento creciente de la barbarie y de la muerte que -inevitablemente- es consustancial al predominio global de la tiranía del capital y sus lógicas perversas y antihumanas, defender la vida supone,

en primer lugar, hacer todo lo que sea posible para frenar la locura destructiva y genocida y, simultáneamente (en segundo lugar), buscar caminos de superación del aberrante “orden” social impuesto por el capital. Y esto reclama un profundo cambio de actitud.

Los paradigmas predominantes de nuestra cultura y nuestro modo de vida, nacidos y desarrollados bajo la hegemonía de la civilización (occidental) están en crisis, y esto comprende también a los paradigmas emancipatorios del siglo xx.¹

En este momento histórico la interrogación acerca del socialismo como posible alternativa de civilización vuelve a ser parte de los debates acerca de la transformación social.

Las experiencias socialistas este-europeas, nos enrostran las consecuencias negativas de los intentos de transformar la sociedad basados en el economicismo, con la consiguiente apuesta al mecanicismo sociocultural y al autoritarismo político, en aras de obtener –supuestamente– “logros” tangibles en las transformaciones sociales (reducidos a metas, planes, etc.). Por esa vía, quedó relegada u olvidada la problemática central de la transformación social: articular el camino de la liberación social con la necesaria liberación individual, es decir, con la [auto]construcción de hombres y mujeres nuevos, libres.²

¹ Según ellos, y marcado por la competencia con el capitalismo, el socialismo - formación socioeconómica más desarrollada- debía ser superior al capitalismo en todo: tener más PBI, más producción industrial, colocarse entre los primeros países del mundo considerados “desarrollados”, etc. Definiendo al socialismo como la contracara del capital, se consideraba que el socialismo tendría “naturalmente” mayores éxitos y ventajas. Pero su situación de contracara, agravada por el reduccionismo economicista, implicó también la sobrevivencia de la lógica verticalista subordinatoria y jerarquizante propia del capital en el seno de la nueva sociedad que se buscaba construir. La lógica del capital siguió siendo predominante más allá del período fundacional del socialismo (transición). Su predominio fue profundizando las limitaciones iniciales y también –como parte de ellas- la enajenación de los seres humanos, particularmente en lo que hace a la construcción sociopolítica de lo que debió haber sido una nueva democracia, base de una sociedad nueva.

² Es importante rescatar el contenido integral que Marx daba al concepto economía: no reducido a lo estrictamente económico sino, comprimiendo en él la dinámica integral de la vida social. Transformar el modo de producción implica, por tanto, la transformación del modo de vida que dicho modo, regido por la lógica reproductiva del capital, le impone a los trabajadores y a la sociedad en su conjunto. Se trata de romper con las modalidades de funcionamiento del

Reflexionar crítica y autocríticamente sobre aquellas experiencias emancipatorias resulta también parte del quehacer actual del pensamiento y la práctica revolucionarios. En primer lugar, porque la desorientación estratégica actual, la sospecha instalada acerca de que no es posible otro mundo más allá del capitalismo está anudada al fracaso del *socialismo real*, cuyos errores han sido manipulados por los poderosos para dar como verdadera su pretensión de haber arribado al fin de la historia.

Esta perplejidad y desorientación, que se intensifica y amplía bajo el martilleo ideológico de los medios masivos de comunicación, sobre todo desde el hundimiento del llamado «socialismo real», constituye el caldo de cultivo del cuestionamiento del marxismo...

A ello contribuyó decisivamente la identificación falsa e interesada del «socialismo real» con todo socialismo posible y la del marxismo con la ideología soviética que lo justificó. [Sanchez Vásquez 2004, digital]

Esto contribuye a definir los perfiles de la nueva utopía liberadora, y a esclarecer la perspectiva estratégica alternativa actual, anudando las posibles opciones de superación del capitalismo con la búsqueda de la liberación de los seres humanos explotados, marginados y oprimidos por el capital, esto es: con la posibilidad de crear y construir una nueva civilización humana.

capital: jerárquico, subordinante, explotador, discriminador: de saberes, de poderes, de ciudadanía, del goce...

Y lo mismo que en la vida empresarial ocurre en la política. De ahí que sea imprescindible romper con esa cadena jerárquico-subordinante a la hora de re-pensar y emprender la transformación radical de la sociedad regida por el capital. En el caso de la construcción del sujeto revolucionario, esto significa abocarnos a la rearticulación partido-clase-pueblo. Promover la reapropiación colectiva del quehacer político, de la ciudadanía, por parte de los trabajadores y el pueblo todo.

Esto es imprescindible porque imprescindible resulta ir *más allá del capital* y sus jerarquizaciones, subordinaciones y exclusiones. Y esto empieza en los cimientos mismos de la producción, en los centros de trabajo: la reapropiación de la integralidad del saber, de la participación colectiva en las decisiones, en el control, en la responsabilidad.

Es por esto que el empoderamiento del proceso de producción transforma radicalmente el modo de producción y reproducción de la cultura del capital en la sociedad: democracia es -desde esta perspectiva- construir socialismo y liberación sobre nuevas bases.

Fundar y construir una nueva civilización humana significa fundar y construir un nuevo modo de vida. Y esto requiere de un proceso social histórico concreto de enseñanza-aprendizaje, reclama explorar y construir caminos que abran procesos de empoderamiento colectivo de los actores sociales y políticos en cada sector, zona, región del país, promoviendo y fortaleciendo su apropiación protagónica consciente y creciente del proceso liberador y de liberación. Esto va conformando un entramado de procesos complejos y multifacéticos que combinan procesos de articulación-autoconstitución de actores sociales en sujeto colectivo (sujeto popular³), procesos de construcción de propuestas, programa y proyecto alternativo, con la construcción de poder, cultura, fuerza y organización políticosocial desde abajo. De conjunto, esta es la base sociopolítica que resume los fundamentos de una nueva estrategia de transformación social, de poder, de liberación humana, estrategia que –para diferenciarla de aquellas que apostaban todo al gradualismo reformista o a la toma del poder- identifico como de *construcción de poder desde abajo*.⁴

³ Es el sujeto histórico sociotransformador actual que solo podrá constituirse como tal sujeto si se reconoce a sí mismo como un sujeto colectivo: viejos y nuevos actores sociopolíticos articulados a través de diversos procesos de maduración colectiva, de modo tal que puedan ir conformando un conjunto interarticulado de actores concientes de sus fines sociohistóricos, capaces de identificarlos y definirlos, y de trazarse vías (y métodos) para alcanzarlos.

⁴ La autoctonía y genuinidad de esta propuesta, creada desde abajo por las experiencias de resistencia, lucha y construcción de los movimientos sociales y políticos latinoamericanos a lo largo del siglo xx y sobre todo en los últimos 30 años, le confieren la virtud de lo nuevo. Pero existen también otras miradas y experiencias que desde mucho antes consideraban la transformación social como un proceso de cambios y construcción permanente, en primer lugar en lo relativo al poder.

Me refiero, en primer lugar, a los planteamientos de Carlos Marx, y también a los de Rosa Luxemburgo, quien tanto combatió al interior de las filas de la izquierda a favor de la democracia revolucionaria, de la experiencia de la lucha de clases como camino para la formación de la conciencia política y, consiguientemente, del proceso de transformación del poder. Lo contrario, sostenía ella, acelerarlo todo para tomar el poder, era crear una situación revolucionaria artificial, como artificiales serían los cambios que de ello se desprenderían. ¡Cuánto no habría que repasar hoy aquellas polémicas y reflexiones! Sin olvidar al infaltable Antonio Gramsci y su pertinente preocupación por la construcción de las fuerzas contra-hegemónicas revolucionarias, entendiendo que esto supone, en primer lugar, la construcción de autonomía y hegemonía propias.

NUEVA ESTRATEGIA DE PODER

Un recuento necesario

En los años 60 y 70, en Latinoamérica se debatían –centralmente– dos concepciones estratégicas para la superación del capitalismo:

- La reformista, que planteaba la revolución por etapas (democrático-burguesa primero y luego socialista) y el camino de reformas graduales como vía para concretarlas.⁵
- La revolucionaria, que centraba las capacidades políticas y organizativas en la lucha directa por la conquista del poder político, para –sobre esa base– crear las condiciones necesarias para iniciar las transformaciones económicas y sociales que permitirían avanzar hacia el socialismo (período de transición).⁶

En ambos casos se partía de aceptar como válidas cuatro premisas, consideradas condición para transformar la sociedad con un sentido socialista. Dichas premisas pueden agruparse en lo económico y en lo político-ideológico. En lo económico, se consideraba:

- *Que la abundancia es premisa*

⁵ Mucho se ha escrito y argumentado a favor (y en contra) de la posibilidad de un camino de reformas por etapas, pacífico y gradual que, dentro del capitalismo y sin proponerse la ruptura radical con el sistema del capital, permita algún día “pasar” al socialismo sin confrontaciones de clases ni conflictos antagónicos de intereses. Pero la experiencia demuestra que no hay caminos de transformaciones y crecimientos graduales, ni en lo económico, ni en lo político, ni en la conciencia. La prueba más evidente es el caso de los partidos socialdemócratas europeos y también de gran número de partidos comunistas tradicionales de esa región, que se han reducido a ser parte del sistema y no se plantean –si es que alguna vez lo hicieron– romper las reglas del juego. Ambas corrientes coinciden en lo estratégico con la creencia de que nada se puede hacer fuera del sistema del capital.

⁶ En virtud de ello, atender –por ejemplo– a problemas sectoriales, e incluso a cuestionamientos de fondo de las relaciones de poder: como la discriminación de las mujeres, de los pueblos originarios, de los negros, etc., era subestimado o desechado de las actividades revolucionarias por considerársele expresión de las “contradicciones secundarias”. Las propuestas que pretendían encontrar alguna solución a tales problemas eran consideradas elementos que distraían la atención respecto de la “cuestión fundamental”: la toma del poder. Después de ese momento, se suponía que las soluciones llegarían en cadena, espontánea y mecánicamente desde arriba.

- *Que el capitalismo desarrollado sienta las bases para el socialismo*
- *Que en el seno del capitalismo es imposible crear las bases de la sociedad socialista*

De ellas se desprendía la convicción de que el socialismo no podía gestarse en el seno del capitalismo.⁷ Paradójicamente, sin embargo, se consideraba que el alto desarrollo de éste constituía una premisa indispensable para la posibilidad de existencia del socialismo. Precisamente, por ello, la ausencia de tal condición: el escaso desarrollo económico o, más bien, en nuestras realidades, el subdesarrollo dependiente, reforzaba en los sectores revolucionarios la convicción acerca de la necesidad de tomar el poder para abrir un período de transición destinado a sentar las bases materiales que posibilitarían luego construir el socialismo.

A partir de la conquista del poder político sería posible estatizar los medios fundamentales de producción. Comenzaría entonces una etapa de completamiento del desarrollo capitalista, ahora sin capitalistas, capitaneada por la “vanguardia política” de la clase obrera y el pueblo. De ahí que –para tal concepción– la toma del poder constituyó el objetivo central y primero de la lucha revolucionaria en los países periféricos o dependientes, soslayando sus diferencias con la realidad de las sociedades capitalistas analizadas por Marx. En todos los casos, se consideraba que, a diferencia del surgimiento de las sociedades burguesas, el socialismo no podía gestarse en las entrañas del sistema capitalista. Según Samir Amín, esta tesis descansaba en dos pilares fundamentales:

- 1] La visión de un contraste tajante entre las sociedades capitalistas y las sociedades socialistas, y de paso, el rechazo absoluto y total de la idea de que los elementos de la nueva sociedad podían desarrollarse en el seno mismo de la sociedad capitalista.
- 2] La concepción subsiguiente de que la transición al socialismo a escala mundial tomaría la forma de un conflicto entre el campo de los países socialistas y el de los países que seguían siendo, por un tiempo, capitalistas, en la medida en que este conflicto se habría inscrito en el marco de la coexistencia-competencia pacífica.

⁷ Para una consulta sobre el particular, puede revisarse, *Reflexiones acerca del problema de la transición al socialismo*, de Marta Harnecker, Alfa y Omega, Santo Domingo, 1985, pp. 108-118.

El hundimiento de los sistemas soviéticos, por un lado, y el abandono del proyecto maoísta de construcción socialista en China y su reemplazo por un proyecto de desarrollo capitalista nacional, por el otro, interpelan los dogmas del marxismo-leninismo sobre la transición y el carácter supuestamente irreversible de la construcción socialista. [Amín 1997: 263-264. Subrayados de la autora]

Hoy se hace impostergable repensar aquellos planteamientos y -al menos-, relativizar

(...) la teoría según la cual el socialismo no puede desarrollarse en el seno del capitalismo, como éste lo había hecho en el seno del feudalismo. // En consecuencia, de la misma manera en que los tres siglos de mercantilismo (1500-1800) representan una larga transición del feudalismo al capitalismo, durante la cual los dos sistemas coexisten conflictivamente, nosotros podríamos tener que ver con una larga transición del capitalismo mundial al socialismo mundial, durante la cual las dos lógicas -la que rige la acumulación de capital y la que procede de necesidades sociales incompatibles con ella- coexistieran en forma conflictiva. [Amín 1997: 290]

La lucha contra la enajenación de la clase (y de la humanidad oprimida) no se libra solo en lo económico, ni se resuelve tampoco *mecánicamente* como consecuencia de transformar la base económico-material de la explotación capitalista, comprende integralmente el modo de vida de la clase obrera (y los seres humanos oprimidos) en las sociedades en que viven.

La problemática a enfrentar es integral, multidimensional, multifacética. Es por ello que todo debate acerca de un posible mañana diferente y superior de la humanidad, debe definir qué tipo de civilización humana y qué tipo de ser humano nuevo desea construir. En función de esos parámetros, y considerando siempre como centro del proceso transformador a los protagonistas-responsables de su construcción y desarrollo, éstos irán buscando y construyendo colectivamente las respuestas económicas y políticas necesarias (y posibles en cada momento) y no a la inversa. El otro camino ya ha sido experimentado -por derechas e izquierdas- y los resultados están a la vista.

El socialismo no puede limitarse a superar las injusticias materiales evidentes del capitalismo en el orden social mediante la eliminación (estatización) de la propiedad privada sobre los medios de producción. Considerar separadamente lo social, lo político y lo económico significa precisamente sostener el enfoque liberal burgués de la economía, la política, y la sociedad.

Las reflexiones acerca del tipo de sociedad que se anhela construir y acerca de la economía que se requiere para sustentarla, deben ir articuladas, creciendo histórica y simultáneamente en cuestionamiento y profundización. En ese sentido puede afirmarse que los *proyectos económicos* deben ser *proyectos de acompañamiento* de las tareas que en cada momento histórico demande el desarrollo del proceso de transformación según las posibilidades y condicionamientos políticos, sociales, naturales y culturales, atendiendo en primer lugar a la defensa y preservación de la vida, a lo que esto significa e implica concretamente en cada caso.

La cuarta premisa en discusión, ubicada en el ámbito político, afirmaba:

- *Que la conciencia se transforma “automáticamente” a partir de los cambios en la base económica.*

Los pasos prácticos que se desprendieron de la aceptación de las premisas anteriormente mencionadas, tuvieron implicaciones en el ámbito de la organización política de la clase y de la nueva sociedad que se construía. Porque la decisión de “forzar” (políticamente) el desarrollo económico necesario para pasar al socialismo, implicaba también “forzar” la formación del sujeto revolucionario, de su conciencia de clase, y su organización política. Y fue la puerta de entrada hacia la sustitución autoritaria creciente del protagonismo que debería haber ido asumiendo cada vez más la clase obrera y el pueblo en el proceso revolucionario, por las decisiones del partido político, autoconsiderado organización de vanguardia de la clase.

La experiencia primera en sostener y llevar adelante estos presupuestos fue la de la revolución rusa, inspirada en los planteamientos de Lenin acerca del *eslabón más débil* de la cadena. Estos fueron la base de las definiciones de las tareas y características de la organización política revolucionaria, sintetizadas en la línea bolchevique del partido socialdemócrata ruso. Según esta concepción, la conciencia “atrasada” de la clase obrera, el campe-

sinado y el pueblo rusos, podía desarrollarse –al igual que la economía- de modo “forzado”: de una parte, por los avances en las transformaciones económicas y, de otra, por la introducción –desde fuera- de los elementos de la conciencia de “clase para sí”, a cargo de los intelectuales y elementos pequeño burgueses.⁸

Estos planteamientos fueron contradictoriamente sostenidos y cuestionados por Lenin en su práctica de construcción revolucionaria. Si repasamos, por ejemplo, un texto como *El Izquierdismo...* podremos encontrar allí, a diferencia de sus posiciones resumidas en *Qué hacer*, la crítica a las intenciones vanguardistas (izquierdistas) de pequeños grupos, que pretendían –con sus prédicas y definiciones- suplantar la experiencia de lucha de las masas, proceso práctico imprescindible para su concientización política.

Las polémicas en torno a esta cuestión fueron –y aún son- muy intensas y han ocasionado no pocas fracturas dentro del movimiento revolucionario internacional. Baste recordar a G. Lukacs, en *Historia y conciencia de clase*, a K. Korsch, a A. Gramsci... cuyos planteamientos se identificaron luego como “marxismo occidental”.

Pese a las críticas que cuestionaron estas decisiones y prácticas y pese a los planteamientos importantes relativos a la conciencia, la hegemonía y la democracia revolucionarias que tuvieron lugar en el seno del movimiento obrero revolucionario ruso y europeo, la tendencia que predominó y que se impuso –estalinismo mediante- como “doctrina marxista-leninista” durante el siglo xx, acuñó en las prácticas políticas de la izquierda como una situación “natural”, la suplantación permanente de la participación protagónica de la clase obrera, los trabajadores y el pueblo, por las decisiones del partido “de vanguardia”. Y acuñó también, consiguientemente, la convicción de que la ideología revolucionaria estaba ya total y universalmente elaborada, separada del curso de la historia y de las prácticas concretas de luchas de la masas obreras y populares, y contenida en un conjunto de libros consagrados –por el PCUS- como *textos sagrados*.

⁸ Muy ilustrativo al respecto resulta repasar los ejes del debate acerca de la organización política y la clase obrera, que se desarrolló fundamentalmente entre Lenin y Rosa Luxemburgo, y que se sintetiza en el libro *Qué hacer*, de Lenin.

No es de extrañar que, para tal punto de vista, los temas concretos de la construcción socialista o de la lucha revolucionaria fueran eludidos, concentrando la atención casi exclusivamente en la exégesis de los planteamientos formulados por Marx, Engels y Lenin, haciendo -una y otra vez- el recuento de sus planteamientos mediante citas más o menos hilvanadas entre sí, interpretadas y reinterpretadas por diversos autores. La interpretación "correcta" conduciría -supuestamente- a resultados prácticos también "correctos".⁹

Este es el perfil más dañino del dogmatismo: creer que existe una teoría social científica pura y completa, elaborada al margen de la lucha de clases de la vida social real, y medir a la sociedad y a la acción y la conciencia de los actores sociales concretos a partir de ese parámetro teórico universal abstracto.

La situación actual

Pensar la transformación social, repensar el socialismo, en las condiciones de nuestras sociedades en el siglo XXI, supone replantearse las anteriores premisas, cuestionar su vigencia e interrogar abierta y creadoramente a la realidad actual: local, regional, continental, mundial.

Las condiciones han cambiado, tanto en lo que hace a la estructuración y funcionamiento del mundo capitalista reorganizado en la globalización de las exigencias del capital, como en lo referente a la experiencia de resistencia, lucha y la conciencia de los pueblos. La experiencia acumulada con los primeros intentos socialistas, arroja enseñanzas respecto a la transformación de la sociedad, particularmente en lo que hace al poder y la democracia revolucionarios, imprescindibles de tomar en cuenta. Hoy resulta claro:

⁹ En esa perspectiva, en la izquierda partidaria vinculada sobre todo a la III Internacional, la fidelidad a la letra de lo expuesto por las "autoridades" fue considerada una postura de firmeza ideológica. Consiguientemente, no hacerlo, es decir, intentar pensar críticamente a partir de la realidad concreta, era frecuentemente objeto de censura y persecución ideológica. En ese ambiente, dedicarse a la exégesis del pensamiento de los fundadores del marxismo resultó un camino sin riesgos para los seudo intelectuales o los intelectuales seudo revolucionarios, quienes se esforzaban permanentemente por hacer "buena letra" cuidando de no "manchar" su expediente con posibles señalamientos ideológicos, ni pagar altos costos políticos, como por ejemplo, el más frecuente: la exclusión y/o reclusión.

a) En relación con la propuesta reformista: que en este momento de despliegue del capital, en el que las necesidades de su funcionamiento lo ha llevado claramente a la fase de “destrucción productiva”, como señala Mézáros, es imposible mantener la vieja ilusión gradual-reformista y, más aún, esperar que del seno del capitalismo emerjan manantiales de riqueza que serían –supuestamente- la base material para la transformación socialista.

La concepción que aspira a transformar la sociedad capitalista mediante reformas tiene la desventaja del reduccionismo. Este supone que un cambio respecto de la administración de los bienes: equilibrada distribución de la riqueza, equidad en los derechos civiles ciudadanos, etc., resultaría suficiente para considerar superados los problemas culturales, ideológicos y políticos que la lógica del capital (autoritaria, verticalista, subordinante, individualista, competitiva, explotadora, utilitaria, opresiva, discriminante, injusta y excluyente) ha inculcado por siglos en los modos de vida de hombres y mujeres. Desconoce que el dominio del capital es objetivo-material-espiritual-subjetivo, y es en esos terrenos donde su dominio y hegemonía debe ser disputado, contrarrestado y destruido, y también construido lo nuevo. Los seres humanos concentramos en nuestros cuerpos vivos, a diario, todas las esferas de la vida social, y es desde la vida cotidiana –en todas los ámbitos de actividades-, desde donde debemos disputar también la hegemonía de la lógica del sistema del capital y construir la propia, la de la liberación y construcción de hombres y mujeres nuevos.

b) En relación con la propuesta revolucionaria centrada en la toma del poder: La historia reciente dejó claro que postergar la lucha por la superación de la enajenación humana y el inicio de los cambios necesarios para lograrla, para después de la toma del poder, empaña y aleja la posibilidad de liberación en vez de contribuir a ella. La disyuntiva real no es tomar o no el poder, la lógica no es “todo o nada”. La sociedad capitalista puede (y debe) transformarse desde su interior con sentido revolucionario liberador y de liberación; ello nunca será realidad si no comienza a impulsarse y construirse –integralmente- desde el presente, a partir de las resistencias, las luchas y las construcciones cotidianas de lo nuevo, en todos los ámbitos en que ello se lleve a cabo.

Esto supone construir desde abajo la hegemonía política, ideológica y cultural acerca de la nueva sociedad que se desea, simultáneamente que se la va diseñando y construyendo (a la hegemonía y a la nueva sociedad). Y esto implica un cambio radical en la lógica de las luchas sociales, en la construcción de la conciencia política, de la organización, del poder propio y, también, del sujeto social y político de las transformaciones.

NUEVAS MIRADAS ACERCA DEL PODER, LA POLÍTICA Y SUS PROTAGONISTAS

La concepción estratégica basada en la lógica de la construcción desde abajo, supone miradas, conceptualizaciones y prácticas diferentes en lo que hace a la relación de la política, el poder, la ciudadanía, la sociedad, los protagonistas. Por su impronta práctica, vale puntualizar aquí algunas consideraciones respecto de dos de estos elementos.

✦ *La concepción de la política, quiénes la hacen y cómo*

Construir poder desde abajo indica un cambio en las formas de la acción política, pero sobre todo, supone un cambio en el contenido de la política, lo político y el poder. Consiguientemente, también en el contenido y los modos de representación, organización y acción políticas, y en los ámbitos donde esta se desarrolla.¹⁰

Lo político y la acción política necesitan convertirse en ámbito de promoción de la participación creativa, activa y responsable de las mayorías populares, hacia la formación de una amplia fuerza social y política capaz de variar a su favor la correlación de fuerzas e impulsar y concretar de los cambios, y avanzar. Y esto reclama modificaciones de fondo en la concepción tradicionalmente difundida y aceptada de la política, lo político y el poder.

Si coincidimos en que «(...), la política es básicamente un espacio de acumulación de fuerzas propias y de destrucción o neutralización de las del adversario con vistas a alcanzar metas estratégicas» [Gallardo 1989: 102 103], la práctica política es,

¹⁰ Un análisis detallado de este punto puede encontrarse en el Capítulo III de mi libro *Movimientos sociales y representación política*, Ciencias Sociales, La Habana, 2004.

por tanto, aquella que tiene como objetivo la construcción de poder propio y, simultáneamente, la destrucción, neutralización (o consolidación) de la estructura del poder hegemónico, de sus medios y modos de dominación. El ámbito de lo político –amplio, móvil y dinámico, resulta demarcado en cada momento por las prácticas políticas concretas de los actores (sociales y políticos) que las llevan a cabo, por sus ejes temáticos y sus ritmos de implementación.

En este sentido, la política que es un arte, tiene que orientarse a descubrir en cada situación concreta las potencialidades que existen para impulsar el desarrollo de las fuerzas propias, para hacerlas emerger y desplegarse en función de los fines propuestos en ese momento con convergencia estratégica. Y eso se interrelaciona con la capacidad para modificar la correlación de fuerzas existente.

Construir fuerza propia articulada a la modificación de la correlación de fuerzas exige cambiar la visión tradicional (restringida) de la política, que se plantea construir fuerza política sin construir fuerza social. La acción política se reduce, en tal caso, al ámbito partidario, y la acción de los partidos se centra en las luchas por el acceso y el control de las instituciones del poder estatal y gubernamental.

El sentido revolucionario-transformador de la política radica en cambiar la correlación de fuerzas existente hegemónicas por el poder del capital, por otra favorable al proyecto social alternativo. Este empeño será posible si se articula –simultáneamente- a la construcción de las fuerzas sociales capaces de diseñar y llevar a cabo dichas transformaciones. Solo una amplia y poderosa fuerza social (político-social) podrá hacer realidad los anhelados caminos de liberación, a la vez que los va diseñando y construyendo.

Y esta interrelación de fuerzas sociales, políticas, económicas, jurídicas y culturales en pugna, define una determinada relación de poder, caracteriza su hegemonía y su capacidad de ejercer la dominación y el control sobre el conjunto social en beneficio de los intereses de una clase. Aceptar esto supone un cambio en la concepción del poder: este no se restringe a lo institucional estatal y gubernamental, va más allá, abarca y se asienta, se crea y se recrea sobre el conjunto de relaciones sociales

regidas por el predominio (hegemonía) de los intereses, las aspiraciones y las miradas de la clase dominante (hegemónica).

Es por esto, precisamente, que el poder no se puede «tomar». En realidad cuando se hablaba de «tomar el poder», se reducía el poder al aparato institucional estatal-gubernamental, y era eso lo que se tomaba –o se pretendía tomar por asalto. Pero en ningún caso, ello significó una garantía de hegemonía porque la hegemonía abarca lo cultural, lo ideológico, la subjetividad, y eso no se «toma», ni se «conquista», ni se «decreta», se construye. Basta recordar a modo de ejemplo, las dificultades de los revolucionarios rusos en los primeros años que siguieron a la Revolución de Octubre...

Consiguientemente puede afirmarse que la polémica entre tomar el poder o construirlo (desde abajo) se plantea sobre ejes falsos. Porque el nuevo poder social popular alternativo liberador y de liberación, necesariamente conjugará ambos espacios: el del poder que emerja de las nuevas interrelaciones sociales construidas desde abajo y el de los ámbitos institucionales del estado y el gobierno conquistados en las contiendas políticas establecidas para ello (elecciones). Esto supone modos de conjugación nuevos entre los movimientos sociales y políticos.

Diversas modalidades, tareas y desafíos

Teniendo en cuenta la realidad de fragmentación social existente en nuestras sociedades a consecuencia del predominio del capitalismo neoliberal, la acción política debe concentrar esfuerzos para construir las articulaciones entre los diversos actores sociales, sus problemáticas y aspiraciones, y las herramientas organizativas, políticas y culturales necesarias para hacer posible la formación de una amplia fuerza social de liberación, condición política básica para que el anhelo de sobrevivencia colectivo, aunado a la búsqueda de liberación, sea realidad.

- *Conquistar la cabeza y el corazón de millones de seres humanos*

Solamente cuando la aplastante mayoría de la población en cada uno de nuestros países comprenda la mentira y el fraude del capitalismo para con sus propias vidas, cuando descubra la trampa mortal a la que los ha conducido mediante engaños, se planteará la interrogante acerca de la posibilidad de explorar nuevos caminos. Y para que ello ocurra, además de impulsar la

deslegitimación del sistema a cada paso, es nuestra responsabilidad ir mostrando que existen alternativas posibles, en primer lugar, a través de nuestras prácticas, desarrollando relaciones solidarias, invitando a todos a compartir y crear juntos ese modo de vida nuevo profundamente humanista, democrático, socialista.¹¹

- *Articular múltiples ámbitos, problemáticas, tareas y actores sociales y políticos*

Hoy es necesario articular una multiplicidad de ámbitos, de problemáticas, de tareas y de actores-sujetos de la transformación, de simultanear espacios y de concertar intereses, miradas y voluntades diferentes, impulsando la conformación de un proceso colectivo (y puente) de maduración de la conciencia política, que se traduce en saber, organización, imaginación, propuestas, acción, proyecto y poder popular.

- *La construcción de la fuerza política de liberación radica en el pueblo, no en las vanguardias*

No es centrando la mirada y el empeño militante en perfeccionar el andamiaje partidario interno como se logrará cambiar la sociedad, sino abriendo sus estructuras y sus propuestas hacia afuera, hacia los diversos actores sociales y sus problemáticas, hacia sus experiencias y puntos de vista, orientándose en todo momento hacia el pueblo, pensando y actuando desde y con el pueblo. Para la izquierda partidaria, esto supone, en primer lugar, asumir la tarea de refundar sus organizaciones políticas de modo que se transformen en instrumentos capaces de realizar las tareas políticas que demanda la hora actual, y no en un fin en sí mismas. En segundo lugar, supone replantearse la construcción de proyectos políticos de liberación desde nuevos parámetros.

- *Modificar las modalidades del trabajo político*

Es necesario modificar las modalidades del trabajo político, generalmente concentrado en la difusión del periódico de la organización, en la participación en las reuniones, en las asambleas

¹¹ En Latinoamérica, esto se articula hoy a la posibilidad de construir un proyecto nacional-continental de liberación, que rescate las identidades constituidas históricamente y, a la vez, fortalezca la formación de otras nuevas en camino a la constitución del sujeto popular, como ocurre, por ejemplo, en el actual proceso revolucionario venezolano.

y en los congresos... Esto habrá que hacerlo, pero no basta, es apenas el comienzo de las tareas. No alcanza con la movilización de las vanguardias y los activistas; hay que convocar a los millones que no están.

La batalla actual por la conquista imperialista del mundo se libra estrechamente articulada con lo cultural; conquistar las mentes es para el imperio el requisito necesario para dominar los cuerpos y afianzar la dominación económica y social. Para que el nuevo mundo que soñamos sea posible, es fundamental construirlo también con una estrategia formativa e informativa, cultural, ética, política e ideológica.

- *Abrir el campo de acción política ideológica a los medios de comunicación masiva*

En este empeño, resulta una tarea de primer orden abrir el campo de la acción política ideológica a los medios de comunicación masiva, crear medios propios siempre que sea posible, apelar a la Internet y otras modalidades, vídeos, CD educativos, radio, novelas, desarrollar expresiones artísticas teatrales, danzarias, musicales, etcétera.

- *Construir el ideal social a partir de la cotidianidad. Articular lo reivindicativo y lo político*

Las hasta hace poco lógicas predominantes del pensamiento y la acción políticas erigían un muro insalvable entre lo cotidiano y lo político, entre lo reivindicativo social y lo político general, y contraponían un ámbito con otro, a sus actores y a sus problemáticas. Resultaban contrapuestas también, en consecuencia, las soluciones posibles, las propuestas, los actores con sus resistencias y sus luchas, sus modos de organización, sus capacidades, sus identidades y sus conciencias. Contraponiendo lo social a lo político se pretendía que tener conciencia política implicaba el abandono de lo reivindicativo para dedicarse a la militancia político partidaria.

Las luchas sociales, reivindicativas, sectoriales o intersectoriales, son las que le imprimen un contenido más complejo a la política y a la acción política, sacándola del ámbito de la lucha partidaria por el control del poder del Estado, articulándola a los otros ámbitos de la vida social, enlazando –además de lo público y lo privado, lo estratégico con lo cotidiano y reivindicativo. Este camino complejo demanda participación popular plena y

creciente en todo el proceso, hace de ella la clave para la formación de la conciencia política, evitando que aquello que tradicionalmente se considera «lo reivindicativo» se extinga en lo que –según los imaginarios– se espera sea «lo político».

El estrechamiento de los vínculos entre las luchas reivindicativas y las luchas políticas, borra las pretendidas divisiones absolutas entre ellas y, también, entre los actores sociales y políticos que las protagonizan, sus conciencias, sus modos de organización y de acción social y los ámbitos en donde esta se desarrolla.¹² Las luchas reivindicativas alcanzan hoy un alto contenido político. Son reivindicativo políticas porque envuelven luchas contra las estructuras, los medios, los valores, la cultura y los mecanismos de producción y reproducción material y espiritual del poder de dominación, discriminatorio y discriminante, excluyente y crecientemente marginador de mayorías.

La articulación de lo reivindicativo y lo político traza un camino concreto y efectivo de lucha contra la alienación política, ya que contribuye a la democratización y ampliación de la participación política y social protagónica de los diversos actores sociales. Con esta potencialidad, pensar en **un nuevo tipo de poder social que emane directamente de la sociedad**, y se construya sobre la base de su participación democrática directa en las decisiones políticas, deja de ser una especulación para

¹² Si se entiende por actores políticos a todos aquellos actores sociales capaces de organizarse con carácter permanente, definir objetivos de corto, mediano y largo plazo y proyectar sus acciones hacia la transformación de la sociedad, desarrollando procesos continuos de lucha y, simultáneamente con ello, la conciencia política, puede considerarse como tales a una amplia gama de organizaciones barriales, sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, religiosas, etc., además de las fuerzas tradicionalmente encausadas en lo político. La multiplicación de actores sociales y la incursión de éstos en diversas esferas de la vida social, económica, cultural y política, indica que no existe una radical diferenciación espacial-conceptual entre actores sociales y políticos. Las actividades de todo actor social tienen un contenido político, y viceversa. Los actores son en realidad sociopolíticos; los actores políticos ya no pueden restringirse a los partidos, frentes o coaliciones políticas de izquierda. La distinción conceptual entre actores sociales y políticos no alude entonces a la existencia de dos tipos de actores; responde, fundamentalmente, a una necesidad analítica para el estudio del movimiento social y el comportamiento y la proyección de los diversos actores que nacen, se desarrollan, o se disuelven en él.

transformarse en una realidad posible, gestora del tránsito y desarrollo hacia formas más humanas, equitativas y justas de organización de la sociedad y las relaciones entre los hombres y las mujeres que le dan vida.

La nueva política tiene que construir el ideal social a partir de la cotidianidad de las personas, integrándola, conteniéndola y proyectándola en una nueva dimensión. En tanto tal ideal, este tiene además muchas maneras de proyectarse, de imaginarse. No hay que olvidar que los objetivos estratégicos también se van construyendo (y modificando) a partir de las realidades sociohistóricas concretas, no vienen dados del «más allá».

Esto significa, por un lado, que las propuestas concretas reivindicativas, programáticas, etc., no serán idénticas a los objetivos estratégicos. Y por otro, que la ideología del cambio es parte del proceso social vivo, no un dogma apriorístico establecido por *alguna vanguardia* partidaria que «los demás» tendrían que asimilar. La conciencia política se nutre del propio movimiento de resistencia, lucha y construcción de alternativas; su diálogo e interacción con la maduración de los objetivos estratégicos es un proceso constante.¹³

- *Rescatar críticamente las enseñanzas, las propuestas y los valores creados por los diversos actores sociales*

La acción política popular de nuevo tipo debe contemplar también en su quehacer, la recuperación crítica de las enseñanzas, las propuestas y los valores que los diversos actores sociales y políticos van desarrollando, considerando que el carácter de proceso vivo de la transformación social exige la constante reevaluación crítica de su contenido y tendencias.

✦ *La concepción del poder, cómo se transforma, cómo se construye, y quiénes lo hacen*

El poder es, en primer lugar, una relación social o, mejor dicho, un modo de articulación de un conjunto de relaciones sociales

¹³ Esto quiere decir también, que los actores sociales no son «portadores» de una ideología implantada en sus conciencias desde el exterior (por los partidos o los intelectuales de izquierda). Ellos, los actores sociales, el pueblo que se rearticula y organiza para enfrentar al capital, van construyendo día a día su conciencia política a partir de su (modo de) *ser social*, y en sus prácticas de resistencia y lucha contra el capital; son los *protagonistas*, sus *hacedores*.

que –marcadas por intereses de clase– interactúan de un modo específico en cada sociedad, en cada momento histórico concreto.¹⁴ Estas relaciones no se reducen a la esfera del poder político, se asientan en las relaciones económicas establecidas por el dominio del capital, que se reafirman y reproducen a través de un complejo sistema sociocultural que define un determinado modo de vida. Todo ello se resume y condensa como poder dominante, poder que produce y reproduce una compleja trama social, económica, política y cultural, interarticulada a través de la vida cotidiana.¹⁵

El modo de articulación sociocultural que reafirma, impone y recrea el tipo de poder dominante fue definido por Gramsci como *hegemonía*, concepto que hoy cobra peculiar significación práctica en el proceso de disputa con el poder, y de construcción de poder propio (contra-hegemonía popular) desde abajo.¹⁶

¹⁴ El punto de partida de esta propuesta pasa por entender que el Poder resume una determinada relación social de fuerzas (políticas, económicas, culturales, ideológicas), a favor de una clase o sector de clase que resulta hegemónico, que se constituye como síntesis articuladora político-social de las relaciones sociales levantadas a partir de la oposición estructural capital-trabajo, que instaura desde los cimientos mismos el carácter de clase de las interrelaciones entre ellos, de las luchas por la hegemonía y la dominación, y de las de resistencia y oposición a ello. Esto conforma en cada momento una determinada situación de correlación de fuerzas (de clase) a escala de toda la sociedad. Esta relación hegemónica dominante y de dominación se expresa concentradamente –sobre la base de una múltiple e intrincada madeja cultural, ideológica y política que atraviesa todo–, en la constitución de un determinado tipo de poder político y su aparato estatal. El Estado, entonces, es solo una parte del poder político, y del Poder (de la relación de poder de la clase del capital sobre la del trabajo y –a partir de allí– sobre toda la sociedad).

¹⁵ Las relaciones de poder parten del interior del funcionamiento del capital para inundar –a través de las relaciones mercantiles– todas las relaciones sociales, familiares, culturales, etc. Esto resulta muy marcado en la actualidad cuando «...la transformación de lo social en mercancía acentúa las relaciones de poder en todos los sectores de la vida colectiva. En otras palabras, la imposición de la ley del valor refuerza las relaciones de poder.» [Houtart 2004:2]

¹⁶ Esto habla también de la necesidad política de atender a los diferentes modos de producción de la hegemonía dominante y de dominación y, a la vez, a los diversos modos posibles de construcción de contra hegemonía popular. El punto se anuda, entre variadas aristas, con la batalla cultural político-ideológica por la hegemonía que, en nuestro caso implica, a la vez que la deconstrucción de la hegemonía de dominación, la construcción de una hegemonía propia (contra-hegemonía).

La construcción de poder propio se asume, desde esta perspectiva, como parte del necesario proceso de de-construcción de la ideología y las culturas dominantes y de dominación, que es simultáneamente un proceso de construcción de nuevas formas de saberes, de capacidades organizativas y de decisión y gobierno de lo propio en el campo popular. Son nuevas formas que constituyen modos de empoderamiento local-territoriales, bases de la creación y creciente acumulación de un nuevo tipo de poder participativo-consciente -no enajenado desde abajo, de desarrollo de las conciencias, de las culturas sumergidas y oprimidas, con múltiples y entrelazadas formas encaminadas a la transformación global de la sociedad.

CONCEPTOS CLAVES

Entre los conceptos claves de esta concepción estratégica ubico los de: *articulación, construcción, proceso y transición*, junto a los de multidimensionalidad, multilateralidad, diversidad, pluralismo, democracia radical participativa. Se trata, en todos los casos, de propuestas abiertas, es decir, en construcción y desarrollo permanente, acorde tanto al desarrollo de los actores-sujetos involucrados en el proceso como a las modificaciones de las condiciones histórico-sociales del país, la región y el mundo en cada momento.

Construcción y articulación resultan conceptos nodales, pues indican un modo de interrogar a la realidad, de entenderla y, a la vez, de posicionarse para intervenir en ella para transformarla y construir en todos los terrenos, tanto en el ámbito social como al interior de la organización reivindicativo-social o de aquellas estrictamente políticas. Tienen un sentido y una importancia estratégica fundamental dado que apuntan a la recomposición del todo social, invisibilizado hoy tras la atomización y fracturación profundas ocasionadas por el desarrollo desenfrenado de la producción destructiva (irracional) regida unilateralmente por las ambiciones de la nueva etapa de acumulación del capital a escala global.

La noción de *proceso* como camino y medio de la construcción estratégica alternativa, se anuda directamente a la revalorización del concepto de *transición*. Supone:

1. No dejar las tareas propias de la transformación de la sociedad para después de la toma del poder político; ir construyendo lo nuevo desde ahora, en proceso cuestionador-transformador permanente.
2. La obligatoriedad –por esto mismo– de ir más allá de la lógica del funcionamiento metabólico social del capital, y aventurarse a lograrlo construyendo lo nuevo (la nueva sociedad, el nuevo poder, el nuevo ser humano) desde abajo, desde la raíz y desde adentro del sistema del capital. Esto conforma un proceso de transición caracterizado por las dinámicas de la disputa permanente de dos lógicas: la del capital y la de lo nuevo que se construye colectivamente en las resistencias y las luchas de los pueblos (que a su vez supone un proceso interno yuxtapuesto, caracterizado por la de-construcción y auto-despojo de la sobrevivencia interior de la hegemonía de la lógica del capital).

Es por ello que la propuesta de transformación social a partir de la construcción de poder propio desde abajo reclama pensar la transición como parte de todo el proceso de transformación del sistema del capital desde el interior mismo del sistema, y viceversa. En él, la disputa por la hegemonía se expresa a través del “conflicto entre lógicas –capitalista y anticapitalista– que operan efectivamente en el seno mismo del mundo capitalista realmente existente (...)” [Amín 1997: 291], construyendo y acumulando contrahegemonía, conciencia, organización y poder en el proceso de luchas populares. Para esta concepción, la transformación de la sociedad y la construcción de lo nuevo no es “una etapa” que se inicia con la toma del poder, sino parte de todo el proceso sociotransformador que se construye desde el interior del sistema del capital, y que –precisamente por ello– tipifica lo que identifiqué como proceso de transición al socialismo en el siglo *xxi*.

Dicho proceso nace en las entrañas mismas del capital, pero no “de” ellas, es decir, no se produce espontáneamente (de modo “natural”), ni por acumulación de reformas parciales. Se trata de un proceso predominantemente consciente porque la lucha contra la lógica del capital, la construcción de una lógica propia, y la conformación de un proceso social articulado y

orientado a la superación del sistema del capital, no se produce mágica, espontánea ni mecánicamente. Requiere de la voluntad organizada y la participación consciente de todos los actores sociales, en primer lugar porque su actividad cuestionadora y transformadora hace al proceso mismo y, en segundo, porque la nueva sociedad anhelada, la utopía buscada, no existe como tal prediseñada en lugar alguno, habrá de ser diseñada y construida con la participación creativa de todo el pueblo articulado, (auto)constituido en sujeto popular de la transformación y la construcción. De ahí que la democracia participativa sea también uno de los pilares constitutivos de lo nuevo.

Y la participación consciente del pueblo no puede alcanzarse por decreto. Es imposible “inyectar” saltos de conciencia; hay que construir el actor colectivo –su conciencia, organización y propuestas-, en cada momento (al menos en las fases iniciales del proceso de transformación, cuando no existe aún un actor colectivo –sujeto popular- configurado, articulado y organizado de forma estable). Y esto requiere tiempo, poco o mucho, eso es muy relativo en política, lo importante es entender que lo participativo colectivo social es consustancial al proceso de transformación, de construcción social, y de articulación de actores sociopolíticos hacia la (auto)constitución del actor colectivo capaz de pensar y realizar esa acción, o suceso, o manifestación, o fenómeno político-social.

De ahí el contenido y alcance revolucionario de la concepción que plantea construir el (nuevo) poder, la nueva sociedad, desde abajo: no hay un después en cuanto a tareas, enfoques y actitudes se refiere; lo nuevo se va gestando y construyendo desde ahora, en cada resistencia y lucha enfrentada al capital, y se desarrolla y profundiza en todo el proceso de transformación de modo permanente, antes y después de alcanzar el poder político.

El camino de la construcción de poder desde abajo constituye una mirada integral radical del proceso de transformación social, que solo puede ser tal si es -a la vez y en todas sus múltiples y yuxtapuestas dimensiones-, un proceso de apropiación del mismo por parte de cada uno de los actores sociales que lo protagoniza (como grupo y como individuo). Sobre esta base, la construcción de propuestas alternativas busca tender puentes, tejer redes y nodos de articulación -en lo social, en lo político, en

lo sociopolítico, en lo económico-social, en lo cultural-, entre los sectores sociales y sus problemáticas, entre los actores sociales y sus expresiones organizativas, entre lo político y lo reivindicativo, entre lo cotidiano y lo trascendente, entre lo local y lo nacional, entre lo micro y lo macro, entre el territorio barrial y la ciudad, entre los excluidos y los incluidos, entre las formas de inclusión y exclusión, entre lo nacional y lo internacional.

Ejes principales

Entre los ejes principales que señalan la presencia de una nueva estrategia política y la van definiendo como una nueva concepción, señalaría los siguientes:

- El poder propio se construye desde abajo, simultáneamente con la deconstrucción del poder (y la hegemonía) de las clases y los sectores dominantes.
- El sujeto (social, político, histórico) del cambio se autoconstituye como tal en el proceso mismo de la transformación-construcción.
- La democracia participativa es una característica *sine qua non* de la transformación social. Su núcleo articula la *participación* desde abajo del pueblo organizado, el *pluralismo* (la aceptación de las diferencias y los diferentes), y la *horizontalidad*.
- El sentido primero y último de la transformación social es la liberación, la superación de la enajenación, y no la competencia con el capitalismo. Convergentemente con ello, se asume la construcción de poder propio por los trabajadores y el pueblo, en primer lugar, como parte del necesario proceso de deconstrucción de la ideología y las culturas dominantes y de dominación y, en segundo, simultáneamente, como un proceso de construcción de nuevas formas de saberes, de una cultura propia, de capacidades organizativas y de decisión y gobierno de lo propio en el campo popular.

Estas nuevas formas constituyen modos de empoderamiento local-territoriales, comunitarios, y son la base para la creación y creciente acumulación de un nuevo tipo de poder social participativo-consciente -no enajenado- desde abajo, para el desarrollo de las conciencias, de las culturas sumergidas y oprimidas, a través de múltiples y entrelazadas formas encaminadas a la transformación global de la

sociedad hacia lo que será, necesariamente, un nuevo y enriquecido socialismo.

- Supone un reposicionamiento de la política y de lo político y el poder por parte del conjunto de actores sociales, políticos, y el pueblo todo. Hace del proceso de transformación un proceso simultáneo de participación, apropiación y empoderamiento colectivo, a partir de promover el protagonismo de cada uno de los actores sociales.
- Propugna la equidad de géneros, y desarrolla esta concepción para profundizar radicalmente la crítica al poder dominante y de dominación, tanto en el sentido de su deconstrucción social, histórica y cultural, como en lo que hace a su transformación-construcción.

Desde esta perspectiva, la mirada de género enriquece la noción, significación y alcances de la propuesta y la práctica de construcción de poder desde abajo, porque contribuye a visibilizar y esclarecer aristas ocultas o grises de la cultura de dominación, y de los mecanismos y las vías por las que se ejerce la subordinación discriminante de las mujeres en cada sociedad. Avanza algunos elementos cuya incorporación orienta los procesos de construcción de poder desde abajo hacia su profundización radicalmente democratizadora, específicamente, buscando transformar articulada y simultáneamente las relaciones sociales de opresión y explotación de una clase por otra, con las que -funcionales a ellas-, tiene lugar en el interior de la familia, en el barrio, en el trabajo, en la organización vecinal o sindical, en el partido, en los movimientos de mujeres, etc. Por este medio, la mirada de género rompe las barreras del pensamiento tradicional de la izquierda que separa la cotidianidad, lo reivindicativo social, del quehacer político y económico. Y este resulta otro de los aportes del enfoque comprometido de género a la política: su redimensionamiento de la política, de lo político y del poder desde una mirada y una propuesta integral y multidimensional de la transformación. Si algo demuestra el enfoque de género es, precisamente, que no puede haber una verdadera democratización del mundo público si se mantienen intactas las relaciones de subordinación mujer-hombre en el mundo privado, y si se

mantiene, en general, la subordinación de lo privado en función del desarrollo de lo público.

- Apostar a construir poder desde abajo supone basarse en una lógica diferente de articulación de las luchas sociales, el sujeto, la organización política, la conciencia y el poder: se plantea superar la sociedad capitalista transformándola desde su interior en la misma medida en que va construyendo la nueva sociedad y, junto con ello, en ese proceso, van (auto)-construyéndose también los sujetos que la diseñarán y lucharán por hacerla realidad.
- El proyecto estratégico alternativo –definido colectivamente y siempre abierto, en formación-, sintetiza en cada momento el rumbo estratégico y, a la vez, por ello, es el eslabón que articula, cohesiona e imprime un sentido revolucionario cuestionador-transformador a las resistencias, las luchas sectoriales e intersectoriales, y a las propuestas reivindicativas, proyectándolas hacia lo que será –por esa vía- una nueva civilización humana.
- De todo esto resulta entonces que la construcción de proyecto, de poder y la (auto)constitución de actores sociales en sujeto de la transformación, son estructuralmente interdependientes. El eje vital para su interconstitución se condensa sin duda en los actores-sujetos, en su capacidad (y posibilidad) para desarrollarse y (auto)constituirse en sujeto popular y, por tanto, en su capacidad para definir proyecto, construir poder, y –a la vez- para establecer propuestas de intervención política concreta y dotarse de las formas orgánicas que estas –y el desarrollo integral del proceso de transformación- vayan reclamando en cada momento.

PARTICIPACIÓN EN PARLAMENTOS Y GOBIERNOS

Dialéctica entre “Abajo” y “arriba”

Construir *desde abajo* indica ante todo una concepción –y una lógica- acerca de la formación y acumulación del contrapoder popular, de cómo contrarrestar, detener, minimizar y destruir el poder hegemónico del capital, y de cómo construir el poder propio. La expresión *desde abajo* no alude a una ubicación geométrica, a lo que está situado abajo, aunque indica ciertamente

un posicionamiento político-social desde donde se produce la construcción, colocando en un lugar central, protagónico, a la participación de “los de abajo”.

Es por eso que construir y transformar desde abajo no implica el rechazo o la negación a la construcción en ámbitos que podrían ubicarse “arriba”. Dicha lógica resulta necesaria y vigente estratégicamente, independientemente del lugar desde donde se piense y realicen las transformaciones: en la superestructura política, o en una comunidad, desde un puesto de gobierno o en la cuadra de un barrio. La ubicación y el rol organizativo institucional que se ocupe en el proceso de transformación puede ser cualquiera: arriba, abajo, o en el medio; construir desde abajo indica siempre y todo momento y posición un camino lógico-metodológico acerca de cómo hacerlo y una apuesta práctica a su realización.

Un claro ejemplo de ello puede encontrarse en los procesos sociotransformadores de Venezuela y Bolivia, en los caminos que recorridos y en los que recorrerán. Entre las diversas aristas de dichos procesos, deseo destacar aquí, por su lugar central, precisamente, la apuesta estratégica a la construcción del poder propio (popular, revolucionario) desde abajo. Esta estrategia se valida y enriquece en cada realidad como camino indispensable del proceso social transformador, en las actuales condiciones sociopolíticas, económicas y culturales existentes en el continente (y en el mundo).

Ni Hugo Chávez ni Evo Morales cuentan con todo el poder de sus estados ni de los actores económicos, para socavar el poder de los sectores contrarios a las transformaciones imprescindibles para sacar a esos países de la bancarrota económica, social y cultural. Apelan para ello, a construir sus propias líneas de poder, las fuerzas revolucionarias del pueblo, desde abajo. En el caso de Venezuela, las “misiones”¹⁷ constituyen un claro ejemplo de cómo se puede construir poder propio desde el gobierno, y avanzar más allá en pos de los objetivos propuestos. En el caso de Bolivia, las asambleas de base por sectores y regiones, las coordinadoras multisectoriales constituidas en defensa del agua, del gas, de los campesinos que cultivan la hoja de coca,

¹⁷ Misión Rivas, Barrio Adentro, Vuelvan Caras, Misión Robinson.

contra la entrega del patrimonio del país a las trasnacionales, han ido creando modalidades y caminos participativos y organizativos de empoderamiento popular que ahora tienen oportunidades de florecer, generalizarse y profundizarse a través del ejercicio plural y participativo desde abajo del gobierno nacional, para rescatar al país y comenzar a andar caminos de liberación social, cultural, económica y política.

El gobierno, una herramienta posible de ser empleada a favor de la transformación social

No existe justificación, después de la realidad de la Venezuela de hoy, para afirmar que es imposible hacer transformaciones estratégicas siendo gobierno, argumentando que el Estado está en manos de sectores enemigos y que no se tienen aún las fuerzas necesarias para impulsar los cambios previstos. Si el peso del Estado burocrático y oligárquico es mayoritario, la experiencia venezolana enseña que es posible pasarle por encima y hacer lo que haya que hacer para construir las fuerzas propias, desarrollar y fortalecer la participación protagónica del pueblo en el proceso y, con ella, construir el poder del pueblo que es, a la vez -a través de ese proceso-, la construcción del sujeto revolucionario y de su conciencia y organización revolucionarias. Es precisamente por ello que en el proceso revolucionario venezolano cristaliza hoy la gran transformación política y cultural (práctica-educativa) que se viene gestando en nuestro continente. Los logros están a la vista, también los desafíos.

La participación en la disputa política por el gobierno nacional resulta clave. En las condiciones actuales, lo contrario implicaría, de hecho, la negación de toda política y tornaría un sinsentido la lucha de clases, la acumulación de fuerzas y la construcción sociopolítica toda, ya que -de antemano- se les impondría un límite que -por definición- no se desearía traspasar.

...si se trata de desconocer la importancia del campo político, esto es una pura ilusión. En el mejor de los casos podríamos hablar de utopismo en el sentido más negativo. En el peor de los casos esto se corresponde con el proyecto neoliberal: dis-

minuir el poder del Estado para devaluarlo a mercado y, en este proceso, despolitizar las sociedades. No podemos ignorar a los poderes políticos, ni a los partidos, para lograr las transformaciones sociales esenciales, sino: ¿cómo operar una reforma agraria?, ¿cómo impedir la realización de los tratados de Libre Comercio?, ¿cómo lograr una política petrolera sin el ejercicio de un poder político? [Houtart 2004: 3]

El problema radica, por un lado, en cómo superar la desconfianza instalada en las mayorías populares hacia los partidos políticos, los políticos y la política, y -anudado a ello-, por otro, en cómo hacer política de un modo y con un contenido diferente al tradicional. Porque hacer política es imprescindible y fundamental, tanto para lograr alguna salida positiva a las luchas reivindicativo-sociales, como para el desarrollo político de sus protagonistas.

No resulta suficiente protestar contra las injusticias. No resulta suficiente proclamar que otro mundo es posible. Se trata de transformar las situaciones y tomar decisiones efectivas. Y en ello radica la pregunta acerca del poder. [*Ibidem*: 1]

En esta perspectiva, la participación en parlamentos y gobiernos provinciales, estatales y nacionales, resulta central. Lo que podría entenderse como *vía electoral* para realizar las transformaciones sociales, resulta hoy un camino medular para el proceso de construcción, acumulación y crecimiento de poder, conciencia, propuestas y organización política propias, en proceso de (auto)constitución de los actores sociales y políticos en sujeto popular del cambio.

Esta es una definición de fondo, estratégica y primera. Deja sentado, de inicio, que participar en elecciones, llegar a ser gobierno de un país -con todos los desafíos que ello implica-, es parte de un camino que puede contribuir enormemente a impulsar la transformación social hacia objetivos superiores. Estar en el gobierno dota a las fuerzas sociales transformadoras de un instrumento político de primer orden que, en conjunción con el protagonismo de las fuerzas sociales extraparlamentarias populares activas, puede abrir puertas para promover transfor-

maciones mayores. Ni la participación electoral, ni el ser gobierno provincial o nacional constituyen -en esta perspectiva-, la finalidad última de la acción política.

Por un lado, esto define los métodos y el o los instrumentos a emplear, crear, etcétera. Por otro, indica la apertura de un largo proceso de cambios, que es -precisamente- lo que caracteriza las transformaciones sociales de la época actual, pues la transición a otra sociedad supone, necesariamente, la articulación de los procesos locales, nacionales y/o regionales con el tránsito global hacia un mundo diferente (y la formación del sujeto revolucionario global).

Se puede avanzar -de hecho ocurre- en el ámbito de un país, pero es necesario ir generando consensos regionales e internacionales, interarticularse con otros procesos sociotransformadores de similar orientación. En Latinoamérica se abren hoy grandes oportunidades para ello, dada la coincidencia histórica de gobiernos -cuando menos- críticos del sistema neoliberal global. Es una situación que emerge como resultado de la acumulación de resistencias y luchas de los pueblos, que marca el predominio de la tendencia transformadora que se abre paso en medio (a través) de la casualidad.

El desafío es, en este sentido, superar la sorpresa y poner en marcha propuestas concretas que permitan, por un lado, fortalecer y articular a las organizaciones sociales populares y, por otro, profundizar los procesos de cuestionamiento de las medidas regresivas del neoliberalismo, frenar su implementación y, de ser posible, anular su vigencia. Sobre esa base, y simultáneamente, el objetivo es avanzar en la construcción de alternativas concretas, desarrollar programas de gobierno que -teniendo en cuenta la correlación de fuerzas existente y las posibilidades de modificarla favorablemente-, impulsen el máximo posible los procesos sociotransformadores.

La participación en elecciones, en inferioridad de fuerzas, tiene sentido cuando es parte de un camino de acumulación política. En esa relación, es un objetivo coyuntural en situación de avanzar hacia la realización de determinados pasos, establecidos en función de la estrategia global. Esta supone la conquista del ámbito gubernamental nacional como herramienta política primera para impulsar desde el gobierno transformaciones mayo-

res. En tanto tal, lo electoral es siempre instrumento, medio y vía, nunca un objetivo en sí mismo.

No se trata de llegar al gobierno para ocupar cargos, sino hacer de los cargos una palanca capaz de propiciar el avance colectivo hacia los objetivos consensuados socialmente, de concretar determinadas propuestas previa y colectivamente definidas, y de crear otras. Esta es, de última, la trascendencia de la tarea. Y llama también a no minimizar la decisión de quiénes desempeñarán determinadas funciones a través de los cargos de gobierno. En cualquier caso, todo esto debe ser diseñado y decidido con la participación plena de los actores sociales y políticos articulados orgánicamente, concientes de *por qué* se hace lo que se hace, y *para qué*.

Con el desarrollo de la participación popular organizada como base y sustento del proceso, un gobierno popular puede avanzar en las transformaciones hasta donde se lo proponga, en la medida que –a partir de las fuerzas acumuladas- vaya modificando a su favor la correlación de fuerzas, y vaya construyendo consenso entre los suyos, con pluralismo y tolerancia, sin desesperación, pero –a la vez- sin perder un minuto de labor. El actual proceso sociotransformador que se desarrolla en Venezuela constituye –vale reiterarlo- un valioso ejemplo de ello.¹⁸

Contrastando positivamente con la de Brasil, la experiencia venezolana resulta fundamental, estratégica. Ella arroja luces largas, por un lado, para repensar la lucha democrático-electoral como parte importante y vital del proceso de transformación social, ayuda a entender que el ser gobierno no necesariamente obliga a obedecer los designios del FMI, sino que coloca en manos del pueblo que lo asume, una herramienta política de primer orden que este puede emplear para promover e impulsar transformaciones sociales, económicas, culturales, y construir empoderamiento popular, avanzando hacia la transformación radical de la sociedad. Articulado a ello, por otro lado,

¹⁸ La promoción de la democracia participativa desde abajo desempeña –en esto como en todo- un papel central, dinamizador y definitorio de objetivos, métodos, etc. Organizarla y promover canales y estructuras capaces de convocarla, constituirarla y crecer a partir de ella, es parte de las tareas políticas estratégicas del proceso transformador.

deja claro que -en tales condiciones-, la fuerza política central del gobierno está más allá de los cargos, las instituciones, y las posibles alianzas con sectores de la oposición política vinculados al poder que se busca contrarrestar y transformar, radica en su capacidad de articular la gestión gubernamental con la participación protagónica, creativa y organizada del pueblo (fuerza social extraparlamentaria).

Venezuela bolivariana revolucionaria constituye por todo ello un vivo ejemplo de la propuesta estratégica de transformación social desde abajo, sin recetas ni proyectos o programas preestablecidos, construyendo -sobre la base de iniciales definiciones estratégicas claves- los caminos indispensables para que, colectivamente, se vayan definiendo los rumbos y ritmos parciales, las urgencias coyunturales, etcétera. Lógicamente, en este caso, la participación activa y positiva de amplios sectores de las FFAA en dicho proceso no puede pasarse por alto; habrá que encontrar las maneras y los modos de construir alianzas similares en cada país, o buscar otras opciones. Todo proceso tiene su sello propio que lo hace excepcional, quizá el de Venezuela sea ese. Pero ni en este ni en ningún caso, es recomendable copiar los pasos concretos de un proceso a otro. Está comprobado que copiar y transplantar experiencias es fuente segura de errores.

Construir una amplia fuerza social de liberación, patriótica, indo-afro-latinoamericanista y solidaria con todos los pueblos del mundo, que coordine su accionar político en los ámbitos parlamentario y extraparlamentario

La hipótesis es: Construir un amplio movimiento sociopolítico que articule las fuerzas parlamentarias y extraparlamentarias de los trabajadores y el pueblo, en oposición y disputa a las fuerzas de dominación parlamentaria y extraparlamentaria del capital (local-global). En un primer momento, esta fuerza irá nucleando a través de la confluencia en la creciente certeza de lo que no quieren: el capitalismo. Poco a poco, se irá abandonando la identidad negativa y el anticapitalismo dará cauce -labor de formación político-cultural de las organizaciones sociopolíticas mediante-, a la construcción -desde abajo- de la propuesta alternativa

de superación del capitalismo, es decir, de liberación, patriótica, indo-afro-latinoamericanista y solidaria con los pueblos del mundo. En ello radica la clave revolucionaria de esta opción estratégica.

Es injustificable que la participación de la izquierda en gobiernos locales o nacionales termine aceptando o incluso promoviendo las políticas del neoliberalismo. Esto, además de que conduce a perder el sentido político estratégico transformador que tiene para la izquierda la participación gubernamental, termina generalmente abortando el proceso social en posicionamientos personales. Los casos más evidentes resultan ser los de parlamentarios de izquierda que llegan a ser tales en nombre de movimientos sociales u organizaciones políticas de izquierda y luego -cortando todo vínculo- se dedican a hacer de la bancada un ámbito para sus ambiciones personales, un lucrativo puesto de trabajo. En tal caso, por muy buenas intenciones que se tengan, las elecciones terminarán tragándose la perspectiva de transformación social de los que participan en el gobierno. Ejemplos sobran de ello en Latinoamérica y en el mundo, en un sentido y en otro. Es el juego del poder, precisamente, de ahí que la adopción de esta vía constituya un desafío inmenso para las organizaciones sociales y políticos populares. En todo momento del proceso hay que optar y ratificar (o rectificar) a favor de quiénes y de qué políticas se está, y esta es siempre una opción conciente, individual y colectiva. Y para lograrla o mantenerla hay que construirla cotidianamente desde abajo.

Por eso resulta fundamental que la participación electoral se discuta, construya y desarrolle articulada a un proceso político mayor de construcción de una amplia fuerza social extraparlamentaria que se proponga acumular y avanzar hacia transformaciones mayores más allá del capitalismo, hacia una alternativa nacional y -a la vez- continental, de liberación de los trabajadores y el pueblo, orientada hacia lo que será un nuevo socialismo, creado y construido -desde abajo y día a día- colectivamente.

Este es el sentido y la significación política central de la construcción de un movimiento político-social, núcleo articulador -horizontal- de una amplia fuerza social parlamentaria y extraparlamentaria de los trabajadores y el pueblo.

Como explica Mézáros:

Sin un desafío extraparlamentario orientado y sostenido estratégicamente, los partidos que se alternan en el gobierno pueden continuar funcionando como convenientes *coartadas* recíprocas al fracaso estructural del sistema para con el trabajo, confinando así efectivamente el papel del movimiento laboral a su posición de *plato de segunda mesa*, inconveniente pero *marginable* en el sistema parlamentario del capital. Por consiguiente, en relación con el terreno reproductivo material y con el político, la constitución de un movimiento de *masas* extraparlamentario socialista estratégicamente viable –en conjunción con las formas tradicionales de organización política del trabajo, para el presente irremisiblemente desencaminadas, que necesitan perentoriamente de la *presión y el apoyo radicalizadores* de las fuerzas extraparlamentarias– es una precondition vital para contrarrestar el inmenso poder extraparlamentario del capital. [2001-a: 849]

El problema no radica en lo electoral como tal, sino en *cómo* se implementa lo electoral, dentro de qué estrategia, y *cómo* –a partir de dónde y hacia dónde, con quiénes– se construye estratégicamente mediante lo electoral. El problema es, una vez más, *para qué*. Y esto se expresa en la relación entre la estructura política, el proceso de la toma de decisiones, la selección de quienes ocupan cargos y desempeñan determinados roles, y la mayoría del pueblo; se expresa en la relación entre las organizaciones políticas y los movimientos sociales, entendiendo que unos y otros son protagonistas del cambio social y de la política, sujetos políticos del proceso sociotransformador. De conjunto, concertando propuestas, reclamos sectoriales e intersectoriales, y un programa común, pueden dar cuerpo a lo que será una amplia fuerza social extraparlamentaria de liberación, fundamento para construir la participación parlamentaria y hacer del gobierno un instrumento de todo el pueblo para la transformación de la sociedad.

La experiencia revolucionaria de Venezuela y el reciente triunfo del MAS en Bolivia, abren pistas sobre las posibilidades políticas que tiene una amplia fuerza político-social cuando es capaz de combinar la acción gubernamental y parlamentaria con la de un fuerte movimiento extraparlamentario antica-

pitalista de los trabajadores y el pueblo todo; demuestran que -aún dentro de los límites que impone la democracia burguesa-, es posible cuestionar el poder político, social, económico y cultural del capital. En esta perspectiva, estar en el gobierno significa acceder a un instrumento privilegiado para impulsar la formación y maduración del sujeto revolucionario, de su conciencia, sus organizaciones y su proyecto.

Además de un sentido estratégico, la participación electoral tiene, para la izquierda, objetivos propios cuya concreción no se puede subestimar ni relegar a la hora de ejercer el gobierno. Si el esfuerzo por acceder al gobierno y gobernar, fracasa, ello puede implicar un freno en el caminar hacia la estrategia definida, y sus implicaciones pueden ser más o menos graves en función de las fuerzas y acumulaciones puestas en juego. Si la responsabilidad del fracaso no cabe a las fuerzas populares, puede significar un fortalecimiento de la perspectiva estratégica popular. Todo dependerá de las razones del fracaso, de la conducta de los líderes implicados, y de su interrelación con el pueblo, protagonista primero y último del proceso.

Por temor a equivocarse, algunos sostienen que lo mejor es no participar en las elecciones, no disputar poder en ese ámbito ni desde ese ámbito, sin embargo, lo más adecuado y necesario es prepararse y preparar al pueblo para ello. Transformar la sociedad es transformar un modo de vida, y ello no es ni será un camino alfombrado con pétalos de rosas; habrá inconvenientes de uno y otro sentido, pero el peor de todos es el de no atreverse a participar, a crear, a construir.

La experiencia de Pachakutik, de Ecuador, con su reciente participación en el gobierno nacional de ese país, deja una valiosa enseñanza: retirase del gobierno cuando el Ejecutivo puso fin a la plataforma programática que fue la base del acuerdo y las alianzas, sin corromperse y sin faltar a su compromiso con el pueblo. Esto muestra que no necesariamente, si se participa en inferioridad de fuerzas -como en este caso-, se termina apoyando una política e intereses que no le son propios.

Tanto Pachakutik como, sobre todo, el MPD se ha caracterizado por una confrontación radical con el gobierno de Gutiérrez desde que abandonaron el mismo, primero el MPD en julio de

2003 y unos meses más tarde Pachakutik. Quienes dentro del radicalismo pequeño burgués consideraban que la izquierda había desaparecido después del apoyo coyuntural a Gutiérrez, que había traicionado su línea ideológica y, en consecuencia, habían vaticinado una «deriva reformista» que desmovilizaba y desarmaba ideológicamente al movimiento popular en Ecuador tendrán ahora que modificar sus parámetros si son honestos. En el combate contra el gobierno neoliberal y entreguista de Gutiérrez, ambas organizaciones han demostrado que también se puede realizar una importante gestión pública en las instituciones que ya controlaban. [Cruz 2004]

Frente político electoral

La construcción del movimiento político-social, en tanto fuerza social de liberación, resulta estratégica; es el soporte político-cultural de los cambios posibles. No es equivalente por tanto, al instrumento que se construya para la participación electoral; va más allá de esto. No se trata de una organización; es un amplio movimiento conformado por organizaciones políticas, sociales, intelectuales y ciudadanía comprometida no organizada.

Un frente político-electoral puede constituirse con sectores de ese movimiento político-social y algunos actores sociopolíticos o socioeconómicos con los que sea posible aliarse en determinado momento para avanzar en dirección de los objetivos propuestos. La duración política de dicho frente estará en dependencia de la realización de las políticas que sustentan las alianzas, sin embargo, a veces, éstas trascienden los objetivos iniciales, y es posible sumar fuerzas hacia nuevas transformaciones. El proceso no es cerrado en una dirección o en otra.

Es importante no subestimar el papel del instrumento electoral y de los actores que lo integran, evitando limitar –por definición– las posibilidades de avanzar desde ahí. La meta no es avanzar y depurar, sino –siempre que sea posible– crecer, sumar y ampliar la fuerza social extraparlamentaria afianzando y profundizando el sentido estratégico de la presencia y la acción parlamentaria a ella articulada.

Las alianzas políticas que den origen a un frente o coalición político electoral pueden y deben ser muy amplias y diversas en virtud de los objetivos que las convoquen. Es posible tra-

bajar conjuntamente incluso con sectores intermedios (de centro) en sus definiciones políticas, pero sin relegar el protagonismo del pueblo en la gestión de gobierno, y sin olvidar que esas diferencias existen, porque si no, estas pueden revertirse luego contra el pueblo y la organización política que impulsó la alianza. Porque los sectores que no comparten los objetivos estratégicos, generalmente no olvidan, ni diluyen en acuerdos coyunturales sus intereses estratégicos (sectoriales y de clase), en aras de los cuales llegaron a esa alianza. La situación política actual de Brasil, resulta -en todo sentido- un ejemplo muy claro de ello.

Un nuevo tipo de democracia

Construir esto supone basarse y desarrollar un nuevo tipo de democracia en lo político, económico, cultural, en el derecho, en la moral, como base para la construcción de una sociedad solidaria y un poder popular revolucionario, implica también construir un nuevo tipo de relación sociedad-estado-representación política, abriendo cauces mayores para que el pueblo -en tanto sujeto popular- se reapropie plenamente de sus capacidades y derechos ciudadanos, protagonizando también las decisiones políticas y asumiendo las responsabilidades que ello implica. Esto es, en definitiva, lo que impulsará como nunca antes -junto a transformaciones económicas radicales que instalen un nuevo tipo de racionalidad económica-, el proceso de superación de la enajenación humana en lo social, cultural, político, en la producción científico-técnica, etc., y se traducirá en la construcción, desarrollo y consolidación de un nuevo modo de vida humano, digno, solidario y justo.

Y nada de ello puede relegarse para después de "la toma del poder". El debate acerca de los actores-sujetos, acerca de la relación entre los movimientos sociales y los partidos políticos, el debate acerca de la necesidad de superar las vanguardias -siempre autoproclamadas-, y la cultura vanguardista, elitista y sectaria, el debate acerca del desarrollo de la conciencia política, la subjetividad, la superación del individualismo, la definición de los perfiles de la utopía social (nuevo socialismo) que cada pueblo desee darse a sí mismo, tiene que ver directamente con la búsqueda de superación de la enajenación en todos los ámbitos de la vida social e individual, para avanzar -poniendo

fin a la barbarie- en el camino de la liberación humana, que es también -por eso-, el de la búsqueda de la felicidad colectiva e individual.

¿Es posible saltar etapas?

La apuesta a la construcción de poder desde abajo pudiera alentar quizá en algunos, las esperanzas en cambios graduales que -por sumatoria- llegarían a cambiar toda la sociedad. Pero lejos de ello, los saltos -inevitables en largos o intensivos procesos de acumulación- constituyen un componente esencial de la propuesta.

El actual proceso venezolano puede reiterarse aquí, doblemente, como ejemplo. Por un lado, porque indica que dar el salto es posible, que no es necesario esperar a que estén dadas todas las condiciones para atreverse a lanzarse a la conquista de determinados espacios, como en este caso, el del gobierno. Por otro, que -cuando se saltan etapas- luego, en algún momento del nuevo periodo, es indispensable transitar por la dimensión saltada y reconstruirla en el nuevo tiempo, también desde abajo. En este caso, se trata de un tránsito en una dimensión nueva porque habrán variado las condiciones, la situación, la correlación de fuerzas, las intermediaciones entre los fenómenos. En conclusión: en la transformación de la sociedad, si un camino no se recorre antes de los saltos, debe recorrerse después, o no será posible consolidar el proceso y avanzar, el retroceso será inevitable, aunque ello ocurra setenta años después de la primera omisión...

2. CONSTRUCCIÓN DEL PROYECTO ESTRATÉGICO

En América latina, desde hace años, los movimientos sociales vienen protagonizando importantes jornadas de resistencia y luchas reivindicativo-sectoriales y políticas, han sido partícipes de revueltas populares ocurridas espontáneamente (acumulación mediante) u organizadas por algunos movimientos que lograron articularse intersectorialmente y nacionalmente. Las experiencias de los últimos 15 años resultan particularmente elocuentes al respecto: Chiapas, Brasil, Ecuador, Argentina, Bolivia, Ecuador...

Abanderados por actores sociales diversos, nuevos o viejos, tales acontecimientos fueron profundizando las interrogantes acerca del contenido y sentido del quehacer político alternativo: en lo referente a la identificación del sujeto actual del cambio, la construcción-acumulación de poder propio, y las definiciones estratégicas del nuevo proyecto político-social de superación del capital.

El debate acerca de las características de tal proyecto, del sujeto o los sujetos del cambio, y acerca de la problemática del poder, se ha complejizado, entre otros factores, por la supervivencia del pensamiento político tradicional en amplios sectores de la izquierda latinoamericana.¹ Este actúa como una barrera

¹ Desde esa perspectiva, la política sigue siendo considerada -de hecho- un estadio jerárquicamente superior en relación con las luchas sociales y la conciencia en ellas construida. Contraponiendo lo social a lo político, se pretende que tener conciencia política implica el abandono de la militancia social para dedicarse a la militancia político partidaria. Esta sería -supuestamente- la única vía para superar la conciencia economicista alienada y la enajenación en sentido general. En consecuencia, se declara al ciudadano común como incapaz de aprehender -sin el auxilio de los partidos- la totalidad social en la que vive, dado que -supuestamente-, sin el auxilio de los partidos no es capaz de trascender la cotidianidad que lo obliga a pensar en el día a día, en la sobrevivencia.

cultural que bloquea el reconocimiento de la realidad social latinoamericana, diversa, mestiza, multifacética y compleja, impidiendo reflexionar, pensar y actuar a partir de ella.

Campeños, indígenas, trabajadores ocupados y desocupados, jubilados, coccaleros, pobladores urbanos empobrecidos, ecologistas, defensores de los derechos humanos, defensoras de los derechos de la mujer, por el derecho a la libertad sexual, defensores de las culturas locales, nacionales, etc... dan cuerpo a importantes movimientos sociales. Sobreviviendo a las oleadas de auge de movilizaciones por reclamos reivindicativos, muchos de ellos han logrado la permanencia y el desarrollo de sus organizaciones socio-reivindicativas abriendo procesos colectivos de reflexión acerca de sus luchas y experiencias, desarrollando actividades de formación, creciendo en organización y capacidad de propuesta. Sobre esa base -mediante procesos teórico-práctico-pedagógicos-, han ido identificando el carácter político social de sus luchas sectoriales, y descubriendo la necesidad de articularlas con las de otros actores sociales. Esto ocurre, por un lado, porque va haciéndose cada vez más evidente la imposibilidad de lograr los objetivos con disputas sectoriales aisladas y, por otro, porque la reflexión acerca de tal imposibilidad contribuye a tomar conciencia de la dimensión social de la problemática sectorial.

De conjunto, esto contribuye a:

- Reconocer el carácter político de las luchas reivindicativas y, con ello, de la ampliación de la dimensión de la política, de la acción política y de quiénes la protagonizan.
- Adentrarse en el cuestionamiento político y reconocer, poco a poco, que las soluciones de fondo a problemas reivindicativo-sectoriales se articulan a la necesidad de contar con una alternativa política de superación del capitalismo, que permita rebasar en una dimensión crítico-constructiva el circuito actual (desgastante y frustrante) de las protestas. Esto es: concienciar la necesidad de construir colectivamente dicha alternativa.

Ello implica, en primer lugar, construir propuestas concretas que den cuenta de las demandas sectoriales que, a la vez, vayan constituyéndose en la base para construir nodos de articulación: de problemas, de actores y de propuestas. En segundo, tomando lo anterior como primer paso, se podrán ir identificando

(colectivamente y desde abajo), los elementos centrales de lo que será el proyecto alternativo común, capaz de contener y redimensionar las propuestas sectoriales, dotándolas de un sentido estratégico. De ello resulta entonces, que el proyecto político no está ubicado “por encima” de lo reivindicativo sectorial, sino que parte de ahí, y lo contiene articulándolo en una nueva dimensión y proyección.

Significa:

- a) Que lo político no es jerárquicamente “superior” a lo reivindicativo.
- b) Que lo reivindicativo no es un “defecto” o una traba que deba ser abandonado para ser “superado”.
- c) Que lo reivindicativo no tiene un “techo” o límite, como no sea el que se le fija al contraponerlo antagónicamente con lo político.

La falta de articulación de lo político con lo reivindicativo, se traduce en la fractura entre las luchas por la transformación de la sociedad y las que impone la dinámica de la vida cotidiana, entre el ideal de la nueva sociedad ansiada y los modos solidarios de vida generados en ámbitos de las comunidades, etcétera.

Relación entre proyecto estratégico y luchas reivindicativas

Entre las experiencias de lucha, las aspiraciones y la identidad política de los diversos actores sociopolíticos latinoamericanos, y las posibles definiciones del proyecto estratégico alternativo que ellos van perfilando, se dibujan diversas posiciones. De ellas, resulta de interés analizar –aunque de modo resumido– las siguientes:

a) El proyecto será una realidad cuando las luchas particulares puedan referenciarse en una utopía (proyecto movilizador a largo plazo), pero no se construye a partir de las propuestas y aspiraciones de los actores concretos, sino que emergerá de nuevos paradigmas teóricos. Se separa el proyecto alternativo de las propuestas reivindicativo-sectoriales, y se los contraponen entre sí, al igual que se hace con lo global y lo general respecto de lo particular y local.

Esta dicotomía daría a entender que existirían (al menos) dos mundos: uno real, de las resistencias y las luchas, y otro de las

ideas y la ideología, al que pertenecería el proyecto alternativo. De allí resultaría que las ideologías no guardan relación con los modos de vida sociales e individuales concretos existentes, sino que existen como tales ya constituidas como tales *en alguna parte*. Bastaría entonces con “apropiarse” de ellas para “tener” conciencia e ideología de clase.

Para tal modo de pensar, ni el socialismo, ni el proyecto sociotransformador, ni la conciencia política y la ideología se construyen creativa y protagónicamente por las clases y sectores sociales en lucha por sus derechos, a través de sus prácticas sociotransformadoras. Resultan un conglomerado de formulas y principios ahistóricos resumidos en algunos textos, cuyos contenidos no guardan relación con las prácticas concretas de lucha de los actores sociales, ni con su conciencia, ni toma en cuenta la subjetividad de los explotados y oprimidos por el capital.

Esta postura separa la ideología y la política de los actores-sujetos concretos y sus prácticas sociotransformadoras en el momento histórico-concreto en que estas se llevan a cabo y, al hacerlo, erige una barrera aparentemente infranqueable entre ellos.

Cuando se pretende cambiar la realidad sobre la base de ideas preconcebidas sobre su *ser* y su *deber ser*, ella se torna frecuentemente un “problema”, puesto que no se aviene con las fórmulas preestablecidas. En vez de proponerse conocer la realidad sociohistórica concreta y aprender de ella, el pensamiento dogmático encuentra obstáculos donde existen, potencialmente, soluciones y esbozos de innumerables respuestas posibles.

El problema no radica entonces en cómo relacionar *la idea* (del socialismo), *la utopía*, con las alternativas prácticas, sino en saber cómo hacer para definir –sobre la base de las alternativas contenidas en las prácticas concretas– el proyecto alternativo, la utopía anhelada.

El desafío primero para lograrlo consiste en poner fin a la lógica general abstracta que domina el pensamiento acerca de la realidad y de cómo interactuar en ella y con ella. Es necesario cambiar la mentalidad superestructuralista que se ubica fuera de la realidad y la mira desde arriba. Es necesario retomar los ejes de la revolución teórico-práctica realizada por Marx y realizarla en cada uno de nosotros, no ya respecto del pensamiento hegeliano o kantiano, sino respecto del marxismo dogmatizado,

reduccionista, abstracto, mecanicista y eurocentrista, poniendo nuevamente de pie sus principios metodológicos revolucionarios.

Fragmentadas entre sí y desconectadas de un proceso de transformación de la sociedad que de coherencia y sentido a las luchas reivindicativo sectoriales, estas no lograrán acumular políticamente hacia una alternativa estratégica de transformación de la sociedad. De ahí que sea importante ir articulándolas entre sí y hacia un marco mayor, que las contenga y a la vez las proyecte hacia una dimensión política de cuestionamiento al sistema.

Lejos de colocarse por encima de los intereses particulares sectoriales, la alternativa estratégica se ubica precisamente en ellos, parte de ahí para pensar y diseñar lo nuevo, integrando la búsqueda de soluciones plenas a las necesidades, demandas y aspiraciones de los sectores populares al proyecto de la nueva sociedad. Este se construye, entre balbuceos, en las resistencias, en las luchas reivindicativas sectoriales o intersectoriales, y en la construcción (y realización) de las propuestas concretas que las acompañan.

Lo nuevo será pensamiento y obra del conjunto de actores sociales que protagonizan las luchas y los cambios, creándolos, construyéndolos con su voluntad afianzada en la lucha y fortalecida con los avances y logros concretos. Todo ello refuerza sus convicciones y esperanzas.

Quienes consideran que definir los objetivos y las tareas estratégicas que conformarán el proyecto alternativo, implica *pasar* "de lo particular a lo general", tienen una confusión conceptual de base, porque el proyecto estratégico no es "lo general" ni las luchas reivindicativas son "lo particular". El proyecto no está situado "por encima" de los intereses particulares, al contrario, es el único ámbito en donde estos intereses particulares pueden encontrar su real dimensión, expresión y posibilidad de respuestas y soluciones integrales. Esto es así ante todo, porque en lo que será la nueva sociedad, los intereses sectoriales, grupales, individuales, resultarán orgánicamente integrados al funcionamiento del sistema social, con ámbitos propios para el despliegue de la creatividad e iniciativa de los actores sociales que los encarnan.

- *¿Es necesario “superar” lo reivindicativo y “saltar” a lo político?*

La creencia en que lo reivindicativo tiene un «techo», un tope en su desarrollo, es uno de los obstáculos político-culturales para la re-articulación de lo social y lo político. Resulta tan fuerte su peso cultural, que incluso muchos de los que se proclaman como exponentes de lo nuevo, a la hora de construir las instancias sociopolíticas —arrastrados por el peso de la vieja cultura—, caen en posiciones gastadas que no pocas veces amenazan la construcción que ellos mismos han venido impulsando.

Entre los propios movimientos sociales u organizaciones gremiales-sectoriales reivindicativas hay quienes sostienen que el contenido (reivindicativo) de su quehacer tiene un «techo», un límite, que llega un momento en que se agota y es necesario entonces pegar el «salto a lo político». Este “salto” lo resuelven de diversos modos:

- Encontrando un referente partidario al cual «sumarse»;
- Pasando directamente a la actividad político-partidaria;
- Convirtiendo a la organización social en partido, «saltando» sus dirigentes al mundo de la política, postulándose individualmente como candidatos de partidos políticos ajenos a sus construcciones, u ocupando cargos en gobiernos municipales, provinciales o nacionales.

La experiencia acumulada por algunos movimientos sociales: el MST de Brasil, COPADEBA de República Dominicana, el MAS y la Coordinadora del Agua, en Bolivia, la CONAIE, de Ecuador, entre otros, demuestra que lo reivindicativo resulta una puerta de entrada a lo político; el desafío consiste en avanzar a partir de lo reivindicativo hacia el cuestionamiento integral (político) de la sociedad, y hacerlo colectivamente, participativamente. Para ello resulta ineludible —y es una tarea política importante—, construir los puentes que articulen las problemáticas reivindicativo-sectoriales con la dimensión sociopolítica, para comprenderla y aprehenderla de modo integral social. Y ello solo puede hacerse cotidianamente, en la vida en la comunidad, participando en cada conflicto, en la construcción de la propuesta, en las luchas por su concreción y realización. La participación desde abajo resulta fundamental.

“...es necesario que la gente determine tanto la ubicación del problema como la búsqueda de soluciones, y aun determi-

nándolas, que tenga la posibilidad de realizar un proceso de discusión y formación donde descubra que ese problema forma parte de otro, que, una vez resuelto, hay que enfrentar aquél, y que la victoria de éste es lo que da fuerzas para resolver otros.” [Ceballos. En: Rauber 1994: 37]

En el proceso de luchas reivindicativas se abren las mayores posibilidades para que, desde abajo, vaya ampliándose la participación de los protagonistas de las luchas, desatando la creatividad e iniciativa de los actores sociales que le dan vida. Estos se transforman — con el apoyo de procesos reflexivo-críticos acerca de sus experiencias — en protagonistas cada vez más conscientes de su vida, en pensadores-constructores y en constructores-pensadores de su presente y su futuro. Y todo esto es parte del proceso de construcción de conciencia política.

La articulación de lo reivindicativo y lo político abre un camino concreto de lucha contra la alienación política y por la democratización de la participación político-social protagónica los diversos actores sociales.

Esta no es una característica exclusiva de la nueva época. En sus reflexiones críticas contra las posiciones de los economistas y los socialistas del siglo XIX, que menospreciaban las luchas y organizaciones reivindicativas, Marx explicaba, por ejemplo, que la organización sindical y la organización política tienen una misma raíz:

La gran industria concentra en un mismo sitio a una masa de personas que no se conocen entre sí. La competencia divide sus intereses. Pero la defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia: la *coalición*. Por tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto, que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban

una buena parte del salario a favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha – verdadera guerra civil – se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, **la coalición toma carácter político**. [Marx 1963: 170. Cursiva del autor. Negritas de I Rauber]

La tarea no consiste en superar lo reivindicativo negándolo en lo político, sino en encontrar los canales, los medios y los nexos concretos para articular ambas dimensiones del quehacer políticosocial.

El problema no se resuelve con definir si una lucha es reivindicativa o política; es necesario descubrir cómo articular unos y otros quehaceres, espacios, luchas, identidades, conciencias y sujetos, identificar los elementos concretos que permitan construir los nexos organizativos, políticos, culturales y sociales para lograrlo.

b) Las alternativas existen ya en las luchas y en las propuestas de sobrevivencia y resistencia colectivas sectoriales. Lo que restaría por hacer sería conceptualizarlas y agruparlas en un programa.

Dos riesgos: uno, entender que el proyecto alternativo es el resultado de la suma de reivindicaciones particulares; y otro, suponer que emergerá de una supuesta confluencia “natural” de las reivindicaciones (espontaneísmo).

Estos enfoques son alentadas de uno u otro modo por quienes rechazan –con razones justificadas o no– el mundo político partidario, y reniegan de toda organización y articulación política, apelando exclusivamente a la autoconvocatoria espontánea de los movimientos sociales.

También lo hacen quienes reducen la construcción del proyecto a la sumatoria de reivindicaciones, dejando fuera la dimensión y el alcance políticos de las luchas y la alternativa y, por tanto, el cuestionamiento del poder existente y la aspiración a construir la voluntad colectiva para transformarlo.

Coincido plenamente con Samir Amín cuando apunta que el proyecto alternativo no emergerá de la sumatoria ecléctica de todos y cada uno de las propuestas reivindicativas sectoriales. La sumatoria de las reivindicaciones no ha sido, no es, ni será el

proyecto estratégico sociotransformador, pues todas ellas (como cada una) reivindican su derecho en el sistema, esa es su función y su sentido como tales reivindicaciones.

En sus luchas y resistencias los actores sociales van encontrando o descubriendo obstáculos, muchos de los cuales les resultarán insuperables dentro del sistema y, como parte del propio desarrollo de sus luchas y de su conciencia política -labor crítico-reflexiva mediante-, pueden llegar a cuestionar los fundamentos mismos del sistema. Es entonces cuando la articulación de las luchas y las problemáticas de los diversos actores, les permite -a ellos mismos-, ahondar el cuestionamiento social e ir descubriendo la totalidad del problema en la raíz del sistema. Esto es político; es la más clara dimensión política de lo reivindicativo-social: articular las problemáticas que aparecen en la superficie como supuestos "defectos" del sistema social, con la lógica de sus fundamentos sociales (económicos, políticos, morales...), con el poder. Es decir, descubrir la raíz económica-política-social de los problemas reivindicativo-sectoriales en la dinámica del funcionamiento de la sociedad, a la cual responden -parcialmente, fragmentariamente- las luchas reivindicativo-sectoriales.

Ir más allá de lo reivindicativo significa entonces, contenerlo, pero no suprimiéndolo, sino articulándolo a una perspectiva político integradora que supone el cuestionamiento integral del sistema, plasmándolo en positivo: construyendo y explicitando las propuestas alternativas, avanzando -hasta donde sea posible-, en la definición del proyecto estratégico alternativo, que será la base de referencia político-ideológica para la definición del programa político concreto -convergente con él- para disputar políticamente y electoralmente.²

Esto es, en definitiva, lo que hará de las articulaciones y problemáticas reivindicativas sectoriales una cuestión política, y de los actores sociales fragmentados, el nuevo sujeto histórico (colectivo) de la transformación social.

² Proyecto estratégico (de largo alcance) y programa político (de aplicación inmediata), están articulados, obviamente, pero existe hoy una clara distancia entre -lo que algunos autores denominan, y coincido- "proyectos de entrada", y los "proyectos de salida" (socialismo). Una mayor exposición de mis puntos de vista al respecto puede encontrarse en el trabajo: "¿Socialismo en el siglo XXI?", en www.rebelión.org

Enfocado en la dimensión del proceso global de luchas y resistencias, esto supone -a la vez- la articulación de múltiples y diversificados actores locales, nacionales y regionales, en proceso hacia la constitución-autoconstitución de lo que será un sujeto global, interesado en cambiar desde la raíz el mundo irracional y (auto) destructivo del capitalismo.

c) Las alternativas –potencialmente contenidas en las prácticas de resistencia y lucha de los pueblos-, necesitan –para ser tales- un proyecto político que las articule, redimensione y proyecte hacia la perspectiva integral de transformación radical de la sociedad capitalista.

El proyecto político alternativo será, en tal caso, la base de referencia política de los protagonistas de las luchas, de sus problemáticas, aspiraciones, sueños y esperanzas. Y se constituirá a la vez, en Norte y núcleo de acumulación político-ideológica.

Para contar con un proyecto estratégico tal, no basta con conceptualizar las propuestas que existen, ni sumar las reivindicaciones sectoriales. Se trata de adentrarse en la dimensión específicamente política de las luchas, de las propuestas, y construir las herramientas para avanzar a partir de ahí.³ La base está en la interarticulación de los actores sociopolíticos, que –por esta vía- van profundizando su conciencia política y (auto)constituyéndose en (sujetos) protagonistas de su historia. En este sentido,

...hacer política significa romper las reglas del juego que estructura la sociedad en la que estamos viviendo, donde las leyes dicen una cosa, el gobierno hace otra, la gente hace otra y sólo se impone una ley sobre la base de la fuerza, cuando a un sector del poder le interesa. Hacer política implica, además de romper esas leyes, crear nuevos esquemas de organización y participación social. [Ceballos. En: Rauber 1994: 40-41]

POR DÓNDE EMPEZAR Y QUÉ HACER

“Empezar” no significa partir de cero, sino continuar el trayecto recorrido. Se trata de “empezar” apoyándose en lo construido hasta ahora, crecer a partir de lo acumulado y apropiarse de las

³ Es la intersección que articula lo reivindicativo sectorial con su raíz sistémica social, y –sobre esa base- reconstruye la totalidad.

enseñanzas para –sobre esa base- avanzar. En lo que respecta a la construcción-definición del proyecto (intención, propósito, ideal) estratégico, de un modo colectivo y participativo, es importante:

1. Elaborar propuestas concretas a los problemas reivindicativo sectoriales, como soporte de las luchas de ese carácter.
2. Articular las diversas propuestas concretas y –con ellas- a sus actores, sus problemáticas, identidades, aspiraciones e ideales.
3. Consensuar un programa (listado, esquema, bosquejo) de acciones comunes.

Sobre esa base, para la elaboración del proyecto alternativo las interrogantes prácticas centrales serían: ¿Cómo tender puentes entre las propuestas y luchas reivindicativas, el programa político de oposición, y conformar un proyecto estratégico? En otras palabras: ¿Cómo construir la alternativa desde abajo?⁴ A continuación algunas pistas para pensar respuestas posibles.

Partir de la situación existente en cada momento

La exigencia es actualizar permanentemente el diagnóstico, en primer lugar, de la relación capital-trabajo y de las diversas modalidades en que se producen la subordinación real y formal del trabajo al capital y sus interrelaciones. En segundo –sobre la base de lo anterior-, dar cuenta de las diversas modalidades, vías y formas mediante las que se produce y reproduce la hegemonía del poder de dominación, particularmente, en lo que hace a cómo éste constituye un tipo de subjetividad humana: cómo alimenta el individualismo e instala sentimientos de enemistad entre los seres humanos (por razas, sexo, nacionalidad, fortaleza física, belleza, color de piel, etc.), cómo provoca permanentemente sentimientos de frustración en la población al elevar sistemáticamente la meta de los ganadores (“winner’s”) y bajar la de los perdedores (“looser”), cómo se apropia de los sueños y las fantasías de la amplia mayoría, en primer lugar de los propios explotados, marginados y oprimidos, para –a través de ellas- seguir alimentado la

⁴ Metodológicamente hablando el concepto “desde abajo” indica siempre la necesaria presencia de: proceso, construcción, articulación, tendido de puentes, participación, formación, partir de lo cotidiano inmediato, avanzar de lo pequeño a lo grande.

frustración y angustia. En un mundo regido por la lógica del capital, según la cual todo se compra o se vende, la felicidad se reduce a una cosa: tener dinero.

A cada paso, en cada situación particular, en cada coyuntura, en cada problema social que se presenta y ante cada empeño de construcción de propuestas, de articulación, de planes de lucha y organización, el método es siempre tomar como punto de partida "el análisis concreto de la situación concreta". A partir de ello se podrán analizar en concreto las condiciones: posibilidades, obstáculos, necesidades, etc, y definir modos de interacción con la realidad concreta en la que se actúa (y que se aspira a transformar).

Construir propuestas concretas como basamento político-ideológico de los conflictos

La apuesta a la construcción de conciencia, sujetos, poder y proyecto alternativo desde abajo, supone pasos prácticos que contribuyan a su concreción. Estos entrelazan lo reivindicativo y cotidiano con lo político estratégico y, en ese entrelazamiento, van potenciando el desarrollo interarticulado de la conciencia política, la autoconstitución de sujetos y la maduración de los elementos del proyecto alternativo, basamento cohesionador y orientador del proceso sociotransformador.

En tal sentido, en el caso de los conflictos sectoriales, resulta de primera importancia articular las protestas (oposición) sociales con propuestas concretas (posición propia), capaces de orientar en sus luchas a la población del sector en conflicto. Esto es: enfrentar los problemas buscándoles una salida, es decir, luchar y -a la vez- proponer soluciones; construir respuestas concretas a problemas también concretos, elaborar respuestas inmediatas a reivindicaciones inmediatas. Estas luchas y propuestas encierran un alto contenido político que es preciso poner de manifiesto en el propio proceso de lucha por su concreción.

Su inmediatez y su temporalidad no constituyen necesariamente su horizonte y límite "natural". El conflicto adquiere en esta perspectiva una connotación diferente a la tradicional, deviene central para el proceso de toma de conciencia ciudadana. Es diferente, en primer lugar, porque no es el eje de la movilización

popular sino el vehículo para el logro de determinados objetivos; no se pretende descubrir mediante él que el Estado es incapaz de resolver los problemas de la población pobre y que, por tanto, habría que derrumbarlo, tomar el poder, etcétera. Es un recurso que la organización (o la población) emplea para que su problema sectorial sea visibilizado y escuchado por sectores gubernamentales o estatales. En segundo lugar, es un instrumento para alcanzar resultados concretos definidos en la propuesta. De ahí que elaborar una propuesta resulte clave: es el eslabón *sine qua non* de la transformación.

Apostar a hacerla realidad supone reconocer como necesario y válido el camino del diálogo y la negociación con el sector empresarial en cuestión, con el Estado o con las instancias de gobierno municipal o nacional que ello demande. El tema no pasa entonces por declararse anti-estatal, ni pro-estatal; la participación en el conflicto y el proceso negociador para conseguir los objetivos plasmados en la propuesta es un camino concreto y directo para hacer valer (ejercer) la condición ciudadana plena de la población. Comprobar que ello es posible, que deberes y derechos ciudadanos existen también para los trabajadores y el pueblo, va unido a la participación de la población en todo el proceso: análisis del problema, definición y preparación del conflicto, negociación para el logro de resultados concretos en cada lucha y movilización. La obtención de logros concretos es fundamental, pues estos resultan una especie de peldaños de avance en el proceso de construcción-transformación de conciencia, ciudadanía, poder y sociedad.⁵

Contrariamente a lo que opinan los que califican a estas prácticas como reformistas, argumentando que la obtención de resultados elimina la disposición a la lucha y organización de la población, la obtención de resultados concretos a partir de propuestas elaboradas participativamente por la población involucrada en un conflicto, constituye un indispensable camino de aprendizaje colectivo hacia la comprensión práctica de lo que significa ser

⁵ Y si las propuestas no se logran o fracasan por alguna razón, si el proceso se ha construido y llevado delante de modo participativo, igual reedita en un beneficio colectivo pues los participantes podrán extraer enseñanzas y conclusiones de en qué fallaron y porqué, y pensar cómo actuar en el futuro para no volver a equivocarse en tales asuntos.

ciudadano y ciudadana, en una realidad social y política donde – en el mejor de los casos- esto resulta sistemáticamente ahogado por prácticas clientelares y paternalistas. Por ello la participación plena y consciente de todos (miembros y no miembros) es fundamental.

Deberes y derechos se aprenden ejerciéndolos, y como el modo del aprendizaje determina el contenido de lo que se aprende, el proceso es una y otra vez práctico-pedagógico y político. La democracia es participativa desde abajo, para todos y en todo. El proceso de transformación de la realidad social en que viven y la construcción de una nueva, asentada sobre bases democrático-participativas, es también en cierta medida una sumatoria concatenada de procesos de esa naturaleza. Lo reivindicativo resulta aquí, claramente, el puente y la herramienta para comprender (y ejercer) lo político.

Los que apuestan al fracaso de las luchas reivindicativas con la ilusión de que éste conduzca al desengaño de las mayorías respecto del poder, el Estado y sus representantes políticos, los que hacen del conflicto el objetivo de la movilización sin formular propuestas para solucionar (o paliar) la problemática planteada, apuestan a la frustración de los sectores populares, al desencanto, como camino que los conduzca hacia los programas de sus organizaciones, sus liderazgos políticos, y sus planteos de cambiarlo todo de una vez. Pero en realidad, quienes sostienen estos puntos de vista maximalistas, lejos de constituirse en la conducción política del cambio –como pretenden-, abonan el camino del reformismo y la sumisión de la población a la manipulación de políticos inescrupulosos. El clientelismo se convierte –por esa vía- en el único camino efectivo para encontrar algún paliativo para la sobrevivencia.

Con sus confrontaciones cíclicas sin salida, impiden a la población transitar, aprender y madurar a partir de sus propias experiencias, avanzar en su conciencia a partir de su realidad cotidiana, construyendo las propuestas que entiendan colectivamente pertinentes para mejorarla o modificarla, y luchar por su concreción abriendo procesos de diálogo-confrontación con el Estado o gobierno nacional o provincial o municipal. Hablan de confianza en el pueblo y en realidad, son los que más desconfían del mismo. Conciben a los sectores populares como fuerza de lucha que

debe responder a sus intereses y concepciones, y no como protagonistas concientes, capaces de contribuir a la construcción de la alternativa para la sociedad diferente, de definirla y construirla día a día desde su realidad y modo cotidiano de vida.

El vanguardismo, elitismo y sectarismo discriminatorio que dicha cultura encierra resultan insostenibles como modelo de organización, pensamiento y propuesta política democrática para cambiar la sociedad en el siglo XXI. La democracia participativa, desde abajo, de todos y por todos, las formas horizontales de organización social y políticas, el aprender haciendo, el compartir las decisiones y las responsabilidades de su realización, son pistas que van marcando los actuales caminos de transformación de lo viejo y construcción de lo nuevo. Entre ellas, se ubica la experiencia de COPADEBA.

La apuesta a la “construcción de poder desde abajo” significa para esta organización la superación de la lógica del *todo o nada*.

“(...)no es posible construir poder popular si la gente no conoce su capacidad de poder; o sea, es imposible que la gente logre reivindicaciones y conquistas políticas si no sabe cómo se organiza el Estado, si no sabe cómo camina aquel al que se enfrenta.

“(...)que vayamos al Estado con una protesta, con una demanda o en busca de un diálogo, implica tener una propuesta, y **nosotros convertimos la propuesta en el programa de lucha.** Es decir, no vamos al Estado a pedir, a ver qué puede hacer, qué nos puede dar o en qué puede ayudarnos, como si fuera una relación de caridad. Vamos, primero, en el uso de un derecho y, segundo, con un programa de exigencias que incluye nuestra participación en el trabajo cotidiano, la propuesta de lo que queremos, la capacidad autogestionaria de resolver y también de intervenir en las decisiones.

“[Si] la gente no conoce al Estado ni entiende cómo se le dirige, ni llega a comprender -al margen de esa confrontación- que ella tiene capacidad para dirigir. (...)En esa confrontación la gente descubre que tiene que hacer cosas en política, que tiene que aprender a dirigirse políticamente; es entonces cuando conoce que si no posee la capacidad de hacer política va a seguir siendo mendiga, va a seguir siendo alguien que pide y espera que el Estado le pueda dar lo que está pidiendo. (...)es un proceso para **descubrir nuestros derechos, para demandar**

nuestro derecho a la participación combinando la protesta con la propuesta.” [Ceballos. En: Rauber 1994: 30]

La lucha reivindicativa se plantea entonces como un proceso educativo. Es allí, cuando el proceso práctico-pedagógico de formación de conciencia política logra su mayor potencialidad para desarrollarse, articulando simultánea y sistemáticamente junto a las luchas, procesos colectivos de reflexión-formación. Sobre esa base, en el propio proceso se va poniendo de manifiesto la raíz sistémica del problema y también la dimensión y el alcance *altersistémico* (no confundir con anti-sistémico) de la propuesta. En esto radica, de últimas, el verdadero contenido y sentido político de lo reivindicativo.

Es necesario entender que *tener poder* es un proceso multifacético y multidimensional que se construye desde abajo, desde adentro, cotidianamente, en un proceso no lineal que va -contradictoriamente- de lo pequeño a lo grande. Y todo esto se articula directamente al concepto de *construcción*, porque frente a la mitología del acto transformador -casi mágico-, las opciones, las soluciones, la conciencia y la participación, la ciudadanía misma, se construyen desde la comunidad, desde el lugar de trabajo y de vida de cada uno.

Distintos tipos de propuestas

Propuestas de emergencia social

Propuestas de emergencia social son aquellas que acompañan a la mayoría de las resistencias y luchas sociales, que estallan ante problemáticas marcadas por la necesidad de sobrevivencia; se expresan principalmente alrededor de: alimentación, trabajo, contención, salud, y catástrofes naturales. Las propuestas que corresponden a estas urgencias se refieren, por ejemplo, a la construcción de comedores, huertas y panaderías comunitarias, a la creación de talleres de oficios, guarderías infantiles y centros de salud en el ámbito de la comunidad. Son respuestas concretas que modifican el modo de vida de la originado por la crisis de sobrevivencia y, a la vez, generan formas de vida solidarias.

En general puede señalarse que las *propuestas de emergencia social* o *sobrevivencia* están marcadas por dos características: su

inmediatez y urgencia, y su carácter transitorio. Es decir, que no necesariamente se orientan hacia una transformación radical y sistémica de la realidad, aunque por su urgencia humana condensan -de un modo elemental y primario- un claro contenido y carácter político.

Resultan componentes de primer orden (e ineludibles) del programa inicial de todo gobierno popular en Latinoamérica. Por ejemplo -y más allá de cómo cada uno evalúe su realización-, el plan "Hambre cero" incorporado programáticamente como prioridad por el gobierno de Lula da Silva.

Propuestas reivindicativo-sectoriales o gremiales

Se trata de propuestas correspondientes a las luchas por mejoras salariales, por la defensa de derechos laborales, por la reivindicación de la libertad sexual, etcétera.

Estas propuestas, junto a las de emergencia social, son la base para la constitución de una plataforma reivindicativo-política común por parte del conjunto de actores sociales vinculados a ellas directa o indirectamente. Dicha plataforma puede constituirse en programa de acción política basado en propuestas concretas, factibles de llevarse a cabo, cuya atención inmediata y urgente puede exigírsele a los gobiernos de turno.

Un ejemplo: la propuesta de creación de un "Seguro de Empleo y Formación" en Argentina.

El año 2001 fue pródigo en luchas y movilizaciones populares, particularmente entre los jubilados y los trabajadores desocupados, quienes -con sus prolongados cortes de ruta (piquetes)-, fueron conocidos popularmente como "piqueteros". Estas luchas, junto a otras, abonarían el camino para poner sobre el tapete político nacional -con el respaldo fundamental de la Central de Trabajadores Argentinos-, la necesidad de poner un freno al desempleo, la pobreza y la exclusión, y buscar caminos para su erradicación. Un primer paso en esa dirección, fue la realización de una amplia campaña destinada a la realización de una *Consulta Popular* nacional a favor de la creación de un "Seguro de empleo y formación."

Para construirla y llevarla a cabo se conformó un frente integrado por un amplio espectro de organizaciones sociales, políticas, religiosas, culturales, de DDHH, sindicales, etc., que se

nombró Frente Nacional contra la Pobreza (FRENAPO). Dicho frente se constituyó en todo el país para realizar, en primer lugar, una gran campaña de información y concientización y, luego, la *Consulta Popular*. Ella se llevó a cabo entre el 14 y el 17 de diciembre de 2001, con la participación de más de tres millones de argentinos expresándose por el sí.

Estructurado alrededor de la realización de una propuesta concreta el FRENAPO se constituyó en la instancia de acción político-social más importante creada en la Argentina en el último período. Por su dimensión socioarticuladora, es una experiencia valiosa a rescatar e incorporar como parte de los logros del campo popular.

Pese a la inmediatez y el cortoplacismo de los -llamémosle-efectos, este tipo de propuestas permite a los diversos actores sociales articularse en torno a una problemática reivindicativa, articulando a la vez sus luchas, resistencias, construcciones y aspiraciones. Sobre esta base pueden abrirse puentes para avanzar hacia la conformación de ámbitos de articulación orgánica entre actores sociales y políticos.

Las propuestas de este tipo, marcadas por su impronta reivindicativo-sectorial, resultan también acotadas a los límites del sistema, es decir, no son anti ni alter-sistémicas. Frecuentemente se las caracteriza como reformistas, asistencialistas, etc., pero ello tiene que ver con el horizonte que le establecen quienes las elaboran y no con una característica inherente a lo reivindicativo en sí. El meollo de la cuestión radica en la conexión entre este tipo de lucha y propuestas y el proceso de transformación de la sociedad direccionado y expresado como tal en el proyecto alternativo.

En el ejemplo del "Seguro de empleo y formación", puede notarse que éste resulta una propuesta multidimensional. Por un lado, es una propuesta de emergencia social: propone una compensación monetaria ante el desempleo; por otro, es un paliativo dentro del capitalismo porque no persigue el cambio del sistema sino una modificación de la interrelación entre el capital y el trabajo, buscando tornarla más "razonable" y "justa"; y, a la vez, es una propuesta que se articula directamente con el problema-centro (nodo articulador) de múltiples luchas, actores sociales y propuestas: se plantea rescatar al trabajo como perspectiva cultural, identitaria y constitutiva de la nación argentina, y a todos los trabajadores -ocupados y desocupados- como seres humanos

dignos, capacitándolos para que puedan permanecer o reincorporarse al mundo del trabajo activo.

Propuestas "parabanes"

Serían aquellas propuestas que surgen por iniciativa de actores sociales diversos que se convocan para abordar un tema central, alrededor del cual construyen la propuesta y se articulan en los ámbitos nacional, regional o internacional. No buscan cambiar el sistema, pero su realización tiene una gran significación e importancia para la lucha de los pueblos. Enmarcadas en un proceso estratégico que las contenga y articule con el proceso de transformación radical de la sociedad, tales propuestas pueden contribuir enormemente a crear o incrementar las condiciones sociales favorables en esa dirección.

Veamos algunos ejemplos: Eliminación de la deuda de los países pobres; reestructuración de las instituciones financieras internacionales; impuesto a las operaciones financieras internacionales (Tasa Tobin); establecimiento de regulaciones internacionales sobre polución ambiental; protección de la biodiversidad; democratización de Naciones Unidas, legislación internacional del trabajo; protección de las producciones culturales nacionales, etcétera.⁶

Pudiera pensarse, tal vez, que apoyar el tipo de propuestas que denomino "parabanes" implica la sujeción a una estrategia reformista, pero esto es infundado, pues estas propuestas no tienen un carácter sistémico estratégico, no se plantean ninguna estrategia -reformista o revolucionaria- para cambiar el mundo. Quizá por ello pueden desempeñar un importante papel como freno a la barbarie irracional del capital mundial en expansión para el saqueo global de los pueblos. Sin embargo, hasta ahora han sido más bien subestimadas o secundarizadas por importantes sectores y movimientos sociales del continente.

Propuestas programático-alternativas

Por su sentido cuestionador-transformador estratégico de la lógica del capital, las propuestas programático-alternativas constituyen

⁶ Para otros ejemplos, puede consultarse, Houtart, F., "Los proyectos y los niveles de las alternativas", *Globalización de las resistencias, estado de las luchas 2003*, Icaria, Barcelona, 2003, pp. 367 y 368.

la base para la conformación y definición de un programa alternativo inmediato (llámese proyecto nacional, proyecto de “entrada”, de corto plazo, o inicio de la transición...). Son propuestas reivindicativo-concretas cuya realización tiene un alcance político-nacional e implica un profundo cuestionamiento al sistema. Por ejemplo: defensa del agua, de la energía, lucha por la tierra, por el trabajo, contra los transgénicos, etc.

Estas propuestas se anudan directamente a lo programático porque responden a demandas reivindicativas que demandan soluciones de marcado rumbo alternativo. Tienen una clara dimensión estratégica alternativa. En primer lugar, porque su implementación reclama sostenibilidad y permanencia y, en segundo, porque debido a su carácter profundamente cuestionador y transformador de la irracionalidad del sistema, resultan propuestas que deben estar presentes hoy en cualquier programa de gobierno propio o afín con el que se establezcan alianzas. Resultan también la base programática para una oposición con posición, porque por muy bien formuladas y argumentadas que estén, no serán tomadas en cuenta por los gobiernos complacientes con el poder global.

Mencionaré dos ejemplos basados en la experiencia de Vía Campesina, de Brasil:

-La propuesta de reforestación:

(...) el proceso de reforestación es una acción política revolucionaria, porque estamos pensando para adelante. (...) tenemos que pensar en las generaciones futuras. Entonces cuando hablamos de solidaridad, hablamos también de sembrar árboles, (...) cuando esto está relacionado al proyecto alternativo de corto o de largo plazo es una acción política revolucionaria. [Brunetto: 102]

-La propuesta de soberanía alimentaria:

La llamada “seguridad alimentaria” levantada por el poder, enmascara la actual política de destrucción de la producción campesina (y de los campesinos), mediante la imposición de alimentos importados subvencionados que quiebran las producciones locales, y la imposición –por diversas vías– de semillas transgénicas. Estas no solo acentúan la destrucción de las producciones locales, sino que infertilizan la tierra y provocan trastornos genéticos en los seres humanos... Frente a ella, la propuesta de

“soberanía alimentaria” levantada por Vía Campesina resulta clara y concreta.

Soberanía alimentaria significa soberanía de los pueblos, el derecho de cada país a producir sus alimentos según sus condiciones históricas, culturales, y en condiciones saludables (para los seres humanos y para la naturaleza). Es el derecho de los pueblos a la tierra y a producir en condiciones necesarias.⁷

No basta con desnudar los males del sistema –los pueblos son cada vez más conscientes de ello–, no basta con estar en contra del sistema y declararse en estado de oposición permanente, hay que ser capaces de construir e indicar las soluciones posibles, y convocar –sobre esa base– a la participación de todos (mayoría) para enriquecerlas, luchar por su efectivización y responsabilizarse por ellas.⁸

ARTICULACIÓN DE PROPUESTAS INMEDIATAS, Y DE MEDIANO Y LARGO PLAZOS

En cuanto a la construcción del proyecto alternativo el punto de partida sería: buscar las dimensiones estratégicas de las propuestas reivindicativo-sectoriales y de emergencia social, de las propuestas “parabanes”, y de aquellas programático-alternativas, identificar los nexos y mediaciones que permitan articularlas, y –sobre esa base– avanzar en definiciones estratégicas. Este aspecto resulta clave.

La tendencia mayoritaria todavía contrapone el proyecto alternativo con las propuestas concretas, como si uno implicara la

⁷ Para ampliar puede consultarse, Brunetto, Egidio, *Op. Cit.*, pp. 99-101.

⁸ Una de las principales dificultades para proponer soluciones radica, precisamente, en la hasta ahora escasa capacidad de elaboración de este tipo de propuestas concretas por parte de los movimientos sociales. A la vez, hay que reconocer que son los que mayor claridad han aportado en este sentido, con experiencias positivas muy ilustrativas y enriquecedoras. Entre las organizaciones político-partidarias de la izquierda este déficit es mucho más pronunciado y evidente, pues el empleo recurrente de la denuncia ideológica como supuesto método de concientización de las masas empleado durante décadas, se ha transformado hoy en una barrera cultural, pues ahora se trata de pensar *desde y para* una lucha política de clases, concreta y efectiva de construcción-acumulación de poder propio.

“superación” de lo otro. Al igual que la división clásica entre lo reivindicativo y lo político, se fragmenta lo considerado reformista y lo revolucionario, fragmentación que se expresa, en primer lugar, en la contraposición de las propuestas reivindicativas con las programático-alternativas y, más aún, entre estas y -lo que se supone será- el proyecto alternativo. La lógica predominante sigue siendo: o lo uno, o lo otro. Y se aplica también a la conciencia política de los actores sociales: en dependencia de las propuestas que apoyen, son estigmatizados como reformistas, reivindicativos, socialdemócratas, etcétera.

No existe, salvo en el plano estrictamente analítico, una diferenciación exacta entre las propuestas de corto, mediano y largo plazo. Articuladas dibujan, ellas mismas, el proceso de transformación social, pero su articulación e integración programática es tarea creativa y consciente de los actores sociales y políticos.

La diferenciación y distinción de las propuestas es necesaria, pues de lo contrario sería imposible identificar los nexos articuladores y las posibles transiciones de una en otra. Precisamente por ello, el contraponerlas antinómicamente, lejos de ayudar a la construcción de la alternativa política, la obstaculiza.

Un paso importante es encontrar los vasos comunicantes entre unas y otras, y reunirlos, en primer lugar, en un programa político alternativo, sustrato para una oposición con posición y/o posible gobierno propio.

Para elaborar una plataforma programática resulta imprescindible diferenciar los objetivos estratégicos últimos de los pasos concretos que se pueden ir realizando desde ahora, como parte de la larga transición. Estos primeros pasos constituyen lo que podría considerarse como el tramo inicial del proyecto estratégico; resultan nodos imprescindibles de articulación entre el afianzamiento y la continuación-profundización del proceso socio-transformador.

En esa perspectiva, todas las propuestas contribuyen -en el peor de los casos-, a frenar la actual locura destructiva del capital. Ello, lejos de aquietar el proceso, si se orienta y articula con procesos de formación y organización, contribuye a la maduración colectiva de la necesidad de avanzar, buscando y construyendo salidas más profundas que implicarán la ruptura radical del sistema, es decir, contribuye a la maduración de la conciencia

política colectiva, y a definir los fundamentos la nueva sociedad anhelada, integrándolos en el proyecto alternativo.

Esta construcción colectiva es la base material de la utopía. Y esta utopía es la que le da sentido y coherencia a las prácticas, permitiendo a los actores sociopolíticos acumular y avanzar con una direccionalidad clara, tras la definición de: qué tipo de sociedad queremos, a dónde vamos. Alrededor de ello, es posible identificar también cuál es la contribución de cada uno al proyecto general, teniendo cuidado de no esquematizar porque esta interrelación es una de las más dinámicas y cambiante. El proyecto se construye en las resistencias y en las luchas, y cambia también con las experiencias de todos los grupos humanos, en un proceso perenne.

Como he expuesto en otras ocasiones, el proyecto será lo que *cierre* (anude) el proceso de articulación-constitución-autoconstitución de los actores-sujetos en sujeto colectivo, condición que es una resultante de las múltiples interarticulaciones e interdefiniciones entre los procesos de construcción-autoconstrucción de sujeto, de poder (propio) y de proyecto alternativo.

Entre estos componentes esenciales del proceso sociotransformador existe una estrecha interdependencia. Esto significa, por un lado, que es imposible alcanzar la madurez de alguno de ellos por separado. Por otro, que la simple reunión formal de los actores-sujetos no es la que los constituirá en protagonistas de su historia, ni **la sumatoria de reivindicaciones sectoriales** dará como resultado el proyecto alternativo.

Construir articulaciones colectivas que abran caminos reales a la conformación de un sujeto colectivo, con un programa y un proyecto también colectivos, supone una labor concreta y cotidiana, impulsada en cada interrelación con otros actores sociopolíticos y sus problemáticas, y se expresa mínimamente a través de la solidaridad activa con sus luchas y resistencias. Paso a paso, en cada resistencia, en cada lucha y en cada articulación, por mínima y temporal que esta sea, hay que ir construyendo y madurando colectivamente el proyecto alternativo. En cierta medida dicho proyecto ya está ahí, pero solo en potencia o fragmentadamente. Para que sea tal, hay construir los caminos que permitirán que lo latente pueda convertirse en realidad, y nada de ello ocurrirá espontáneamente, es indispensable la mediación de la actividad colectiva, creativa y conciente de los actores sociales.

Herramientas metodológicas para la articulación

– Identificar los elementos aglutinantes

Para construir una articulación un paso muy importante resulta identificar cuáles son los nexos o elementos aglutinantes, a partir de los cuales los sectores o actores sociales pueden construir articulaciones o coordinaciones, es decir, definir cuáles son los vasos comunicantes entre las problemáticas de unos y de otros, en cada momento; identificar de qué manera están presentes, actúan o inciden.

Las propuestas concretas contienen *elementos aglutinantes* que pueden constituirse en la base de una articulación entre dos o más actores sociales porque su materialización puede resultar de su interés común. Es por eso que, en un camino efectivo para construir una articulación, consiste en partir de las propuestas concretas. Sin embargo, las modalidades de articulación son (y serán tan) diversas como diversos son (y serán) los actores sociales en lucha, sus problemáticas y sus propuestas.

Un nodo articulador puede conformarse también a partir de *acciones solidarias* con otros actores sociales en lucha, por ejemplo, brindando apoyo material y moral a un corte de ruta realizado por pobladores socialmente desamparados; participando en la realización de tareas que contribuyan a solucionar problemas concretos de otros: contribuyendo con la construcción colectiva de viviendas, de acueductos, de huertas comunitarias, etc., solidarizándose con otros pueblos en lucha, como Cuba y Venezuela, o con regiones golpeadas por catástrofes naturales, como huracanes, terremotos, etcétera.

Metodológicamente es recomendable comenzar por lo pequeño, por lo vivencial, incluso, si es posible, para desde ahí avanzar. Interrogarse acerca de cuáles son los elementos que relacionan una problemática con la de los demás, con sus vidas cotidianas. A partir de ahí, analizar cuáles son los elementos, propuestas, o convocatorias a partir de las que se puede convocar y concertar la participación, movilización y organización de la mayor cantidad de sectores y actores sociales.

Resulta conveniente buscar variados canales orgánicos e inorgánicos para trascender la sectorialidad y llegar a los diversos sectores sociales potencialmente interesados en la solución

propuesta, base de la convocatoria a la solidaridad y acción colectivas. Intercambiar puntos de vista, investigar posibilidades diversas y, sobre todo, actuar con una mentalidad que, para hacer lo grande, piense en lo más sencillo y pequeño que -en la situación dada- sea lo más factible de convertirse en el factor de mayor alcance e impacto sociopolítico en relación con los objetivos previa y colectivamente identificados.

Un ejemplo de ello lo brindan las luchas en defensa de la educación pública realizadas en Argentina, abanderadas por la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina [CTERA], el sindicato nacional de los docentes. Todo comenzó por una demanda salarial. Como primer paso, dicho sindicato hizo explícito a la opinión pública del país, que su problema reivindicativo sectorial era parte de uno más amplio y profundo: el del abandono de la educación pública por parte del Estado. Pusieron al descubierto que el ataque al nivel de vida de los maestros era parte de uno mayor: a la educación del pueblo. Con sus luchas, marchas y campañas explicativas, fueron poniendo en evidencia que tras la llamada modernización de la educación se escondía un plan de privatización de la enseñanza y destrucción del sistema nacional de educación y de la educación misma como un derecho ciudadano.

Otro ejemplo de articulación social, lo dan los trabajadores del Sindicato Luz y Fuerza de Mar del Plata. En el marco de las luchas contra la privatización de la empresa de electricidad de la zona, dicho gremio de Luz y Fuerza realizó una fuerte campaña en la comunidad marplatense, buscando instalar en el imaginario colectivo que ello traería como consecuencia despidos de trabajadores, aumentos de tarifas y cortes de luz por la falta de inversión. Para ello, los trabajadores se hicieron presentes en el espacio público a través de carpas, volanteadas, movilizaciones y diversas acciones de protesta. Como un primer paso surgió, desde el sindicato, la *Oficina de Atención al Usuario*. Esta *Oficina*, cumplía el papel que en ese momento abandonó el Estado: apoyar y asesorar a los vecinos sobre sus derechos frente a las empresas. Por esa vía lograron disminuir los cortes arbitrarios del servicio, la quita de medidores, etcétera.

Para recuperar la vigencia de las tarifas más económicas que el Estado otorgaba a los sectores carenciados, el sindicato comenzó

la "Campana por la Tarifa Social". Para ello creó una multisectorial articulada con la Central de Trabajadores Argentinos, los universitarios, las sociedades de fomento, los centros vecinales, las pequeñas y medianas empresas (también perjudicadas por los abusos empresariales), y los movimientos de desocupados.

Movilizaciones y tomas simbólicas de sedes de la empresa fueron prolegómenos del acuerdo tripartito logrado a fines de 1999 entre el sindicato, la empresa y los usuarios perjudicados.

En un primer momento se recuperaron las conexiones de luz cortadas por la empresa, y comenzó a gestionarse un acuerdo con el gobierno provincial para establecer una *Tarifa Social* para cobrar el servicio brindado a los más humildes y para reducir el costo del servicio eléctrico a todos los usuarios. Esta propuesta supuso, por un lado, que la empresa recorte algo de sus ganancias y, por otro, que el Estado elimine algunos impuestos que -incluidos en la factura de consumo de electricidad- encarecen el pago de los usuarios. Se trató, en resumen, de una propuesta que articuló no solo a los ciudadanos en torno a un conflicto sectorial, sino a estos con el sindicato, la empresa y el Estado, y a cada uno de ellos entre sí.

Sobre la necesidad de construir este tipo de propuestas y espacios de articulación intrasectorial-social, José Rigane, Secretario General del Sindicato Luz y Fuerza Mar del Plata, señaló:

Así como en la década del 70 era posible que una organización sindical pudiera pelear de igual a igual con una patronal como lucha sectorial por sus reivindicaciones, hoy no tiene ninguna posibilidad de poder llevarlas adelante si no se convierten en una necesidad del conjunto de la comunidad. Hablar de la tarifa social, por dar un ejemplo, toma validez cuando excede la reivindicación de los trabajadores de la energía y pasa a ser también el objetivo de las sociedades de fomento, del club del barrio, las instituciones sociales, etc.

Es decir, que hay que articular y llevar adelante las reivindicaciones como comunes al conjunto de la sociedad, donde obviamente enfrentamos a un enemigo común. [Rigane, 2000]

– *Conjugar los por qué y los para qué*

Resulta importante que todo colectivo en lucha y movilización comprenda claramente *por qué* y *para qué* emprende determinada

acción. Esto se refiere, sobre todo, a la necesidad de que la lucha por reivindicaciones sectoriales, intersectoriales, o sociales, vaya acompañada por una propuesta propia construida colectivamente por los protagonistas. Esto contribuye, por un lado, a la apropiación de los procesos de lucha por parte de las mayorías, es decir, a fortalecer los procesos de toma de conciencia colectiva, a construir el empoderamiento colectivo políticosocial necesario, y –por otro- a superar el estado circular reiterativo de oposición, al definir una posición propia sobre la cual crecer, protagonizar, construir, acumular.

En COPADEBA hemos entendido que el principio de la democracia empieza por la participación, y la participación no sólo implica estar presente en los espacios, sino también tener poder de decisión. Y para nosotros, el poder de decisión, la participación en sí, implica tener un pensamiento y una identidad. Nos consideramos con derecho a plantear la solución de los problemas que vivimos cotidianamente. ¿Qué significa esto? Que cualquier problema que nosotros vivimos en República Dominicana, y específicamente en nuestros barrios, puede ser analizado en la organización, en la comunidad, para encontrarle una solución. Pero no planteamos la solución para asumirla nosotros única y exclusivamente, sino para que la asuma el gobierno junto con la comunidad y algún otro sector. (...). Nosotros conocemos lo que vivimos y sabemos plantear soluciones, ya sea en el plano físico del barrio o en el plano social y político. Por eso yo decía que reflexionamos y planteamos soluciones. Si demandamos participación en el mejoramiento del barrio, esa participación va acompañada de una propuesta que nosotros elaboramos de cómo queremos que quede el barrio y cómo entendemos que debe ser la línea social y política a seguir. Esto lo vamos a defender a como dé lugar. ¿Qué implica esto? Bueno, implica movilización –entendiendo por ello la clásica movilización de las masas-, producción intelectual, reflexión, diálogo, negociación... Es decir, no encasillarnos para defender la propuesta. (...) la negociación no puede entenderse sólo como claudicación o como aceptación de la idea del otro. Ante todo, implica el reconocimiento de los sujetos; si no, no hay negociación, hay integración o cualquier otra cosa. Una negociación supone partes que se sientan a discutir, a confrontar, a aceptarse y a no aceptarse cosas. El resultado va a depender de los principios y

de la coherencia de quienes negocian. Cuando COPADEBA va a cualquier instancia gubernamental a negociar algo, llega con una propuesta y, además, va con sus principios, y nosotros no negociamos los principios. [Guevara. En: Rauber 1994: 27]

– *Participar como protagonistas*

Lo que tipifica a cada articulación sociopolítica concreta es la participación de la población, tanto en lo que hace a la definición del método de lucha a emplear como a la definición de los objetivos, del alcance de la confrontación, de las formas de representación del conflicto y/o la negociación.

La definición colectiva y conciente de *para qué* y *por qué* hacen lo que hacen, implicará –incluso si no se logran los objetivos planteados– un saldo positivo en la conciencia de cada uno de los sectores o actores protagonistas de las luchas y confeccionadores de la propuesta.

La participación creciente de los actores socio-políticos como protagonistas durante todo el proceso de transformación-construcción, resulta un componente metodológico vital en la construcción de poder, conciencia, saber y organización desde abajo.

...Hay que hacer la propuesta de cómo participar desde las diferentes instancias de producción, desde el territorio, desde los barrios... Nosotros no queremos quedarnos en redefinir un espacio de participación del Estado que no facilita la participación de la sociedad. La sociedad necesita un esquema organizativo-participativo cotidiano. Y para nosotros, construir eso desde abajo es hacer política. Por esto la insistencia del poder desde abajo. Porque creemos que el poder existe y lo que tenemos que buscar son los mecanismos de hacer efectivo ese poder, donde lo participativo es fundamental en los niveles local y nacional. [Cevallos. En: Rauber 1994: 41]

– *Identificar los nodos-medios para la construcción de redes*

Identificar los nodos-medios de la articulación para ir conformando redes, significa: esclarecer, poner sobre la mesa, los problemas comunes a varios sectores o actores sociales. Esta labor comienza (o debería comenzar) en el interior de un mismo sector para, desde allí, proyectarse hacia los demás. Es un proceso múltiple y simultáneo, complejo y diverso, estable e inestable de

construcción y deconstrucción permanente de redes sociales, que van logrando establecer algunos nodos de articulación sobre los que se apoya, se consolida y se proyecta.

Como principio metodológico vale decir que la primera articulación comienza siempre al interior del propio sector, también frecuentemente fragmentado. Porque la atomización social es tan grande que penetra también en el del individuo mismo, quebrándolo en algo fundamental: imponiéndole una forma de ser divorciada u opuesta respecto a su forma de pensar, con la finalidad de transformar al ser humano en un animal de consumo manejado por el mercado, y enemigo de todos aquellos capaces de cuestionarle o disputarle su capacidad de consumo. La insolidaridad es la base de este *ser mercantil* explotado por el neoliberalismo, mientras que su esencia como ser social que es, consiste en *ser solidario*. Si se toma como ejemplo al movimiento obrero, fragmentado y desmembrado en varios tipos de contrataciones y subcontrataciones, dividido entre trabajadores con empleo y trabajadores desempleados, resulta claro que hay que articular primero a la clase dentro la clase misma, recomponerla como clase, para luego elaborar una propuesta de articulación mayor. Y lo mismo ocurre con los sectores campesinos, con los jóvenes, con las mujeres...

Por eso, desde abajo, desde los cimientos mismos, la articulación más elemental es ya, en sí misma, una red. Esta se asienta sobre un nodo-base articulador, por ejemplo, en el caso de la clase, en el modo concreto de interrelación empleo-desempleo, trabajadores ocupados y desocupados.

El nodo-base de una articulación posibilita la formación de redes mayores, a partir de identificar (y construir) nodos articuladores intermedios (nodos-medios). Por ejemplo, la articulación de la relación entre empleo-desempleo con la relación entre la ruina de los pequeños productores agrícolas y la emigración a las ciudades. Esta resulta una articulación intersectorial de la problemática del trabajo y de la tierra, que da cuenta de la situación de los trabajadores urbanos y rurales, obreros y campesinos (articulación de dos nodos-base que forman un nodo-medio).

Es muy importante identificar en todos los casos, en cada momento, cuáles son esos nodos; es una labor con un perfil y una proyección eminentemente políticos.

– *Identificar el problema-centro*

Se trata de localizar, identificar y definir *cuál* es el problema central, medular de los ciudadanos y las ciudadanas de un país, el que “atraviesa” (y a la vez articula) el modo de vida de unos y otros, interrelacionando realidad y contraste sociales, situación que aparentemente se da así de un modo “natural”. Es conveniente siempre, estar atento a la correlación de fuerzas existente en cada momento, y a los posibles cambios de coyuntura, porque el *problema-centro* puede invisibilizarse públicamente, o puede variar el sector social que lo vivencie como tal problema, o ambas cosas. El centro del conflicto no necesariamente se mantiene en un mismo sector o ámbito, pero el conflicto central no necesariamente coincide siempre con el *problema-centro*, aunque resultarán seguramente, en todo momento, muy intervencionales entre sí.

El problema-centro generalmente constituye un problema nacional, pero puede ser también regional o continental. Sobre la base de su identificación es posible articular a una diversidad mayor de actores sociales. Para ello hay que identificar la relación que guarda dicho problema con la problemática particular de cada uno de los sectores. Sobre esa base pueden identificarse los puntos de enlace de las problemáticas diversas, haciéndose visible el interés colectivo común por la solución de dicha problemática. Por ejemplo, qué relación guarda la lucha por la tierra que llevan adelante los campesinos con el problema del desempleo y la migración hacia las grandes ciudades, con la situación de los obreros urbanos y rurales, con la realidad de los estudiantes, con el del funcionamiento de los hospitales, etcétera.

Ejemplo 1: El trabajo

La Central de Trabajadores Argentinos (CTA) ha identificado al trabajo como el problema fundamental de los argentinos. Ello supone, en lo fundamental, el cuestionamiento de la actual relación entre el capital y los trabajadores, y los medios de producción. Cuando la CTA define al trabajo como problemática central a enfrentar (problema-centro), lo está colocando como eje articulador de su accionar y construcción de propuestas político-sindicales. Al hacerlo señala estratégicamente la necesidad de transformar las estructuras (la relación estructural capital-trabajo).

El trabajo, desde el punto de vista de la situación y condición de quienes lo realizan, abarca la situación de los trabajadores con empleo y sin empleo, y las interrelaciones entre una y otra condición con el funcionamiento actual del capital. Es decir, da cuenta de un drama social muy importante: el desempleo, poniendo al descubierto su relación con el funcionamiento actual del capital, con sus modos y ritmos de generación de ganancias. Rescata socialmente al desocupado como un trabajador, y contribuye a recuperar su identidad, su dignidad. La afiliación directa de todos los trabajadores ocupados y desocupados a la central, estipulada en sus estatutos, tiene -desde esta perspectiva- un profundo contenido y sentido políticos, además de su alcance democrático, participativo, etc. Por otro lado, este reconocimiento y articulación de base entre los trabajadores, evita caer en el chantaje de pobres contra pobres y hacerle el juego a la lógica perversa del capital.

El planteo básico es diseñar un país donde todos los argentinos tengan derecho a trabajar, que es la primera condición para tener derecho a una vida digna. Precisamente por ello, el límite de la contradicción vida-muerte es el trabajo; es el centro. Y es multidimensional porque -para expresarlo sintéticamente- el redimensionamiento del trabajo, es, a la vez, el de la relación trabajo-capital. La modificación de esta relación implica, a la vez, la modificación de todas las relaciones sociales de una sociedad. Es sobre esta base que su carácter multidimensional lo hace nodo articulador social de primer orden.

Ejemplo2: La tierra.

La problemática de la tierra es también un problema-centro, articulador de una problemática central de todos: de los campesinos con y sin tierras, de los obreros, de los trabajadores de la ciudad y el campo en general, de los indígenas, de los sectores marginados de la producción y de los pobres en general. La solución del mismo compete a todos; identificar los temas y definir las soluciones posibles, constituye la base para la articulación intersectorial, soporte orgánico sociopolítico para luchar por su realización.

...avanzamos también en la construcción de una nueva propuesta de reforma agraria, vinculada a los intereses de toda la población y no solamente de los sin tierras. (...) levantamos la bandera de que La Reforma Agraria es una lucha de todos.

(...) Que la reforma agraria es un medio fundamental para resolver la mayoría de los problemas que enfrentan los pobres de la ciudad, como el hambre, el desempleo, la violencia, la marginación, la falta de educación, el transporte y la vivienda. (...) Y que solamente es posible desarrollarla con un nuevo modelo de desarrollo nacional. [Stédile 1997: 58]

Tener la razón, que la causa sea justa, resultan presupuestos de partida *sine qua non*, pero no bastan para construir una articulación social ni transformar la realidad, es necesario que esa razón y justicia, que esa verdad, sea visualizada y comprendida como tal por la amplia mayoría de la población, empezando por el sector o clase social directamente implicado en el problema, cuestión que no siempre ni necesariamente ocurre. Por muy sectorial que resulte una lucha, es imprescindible llegar a las mayorías, informar sobre lo que ocurre, sensibilizarlas con el problema y –si es posible- convocar su movilización, o –de mínima- neutralizar cualquier posible manipulación de segmentos de la clase media urbana por parte del poder.

El *problema-centro* no es tampoco sinónimo de “eje central del conflicto” social en un momento dado, ya que este último resulta generalmente móvil y cambiante. Puede radicar un tiempo, por ejemplo, en la lucha por la defensa de la escuela pública que libran los docentes, o en las luchas de los campesinos, de los desocupados, de los inquilinos, de los pueblos indígenas, etc. Hay momentos de coincidencias, obviamente, entre el *problema-centro* y el eje del conflicto social, y ello puede contribuir a la más amplia articulación de sectores y actores sociales y políticos.

La permanencia o no de tales articulaciones depende de cómo sus actores se organicen para mantener dicho ámbito, alrededor de qué propuestas y fines, y para qué (objetivos).

- Un paso importante es hacer de cada articulación una instancia cada vez más política, profundizar la dimensión de las problemáticas reivindicativas y de sus propuestas hasta abarcar la dimensión político-estratégica de cuestionamiento del sistema, e ir construyendo propuestas que se articulen con la dimensión estratégica alternativa (utopía).
- No basta proponerse articular para lograrlo, es necesario partir de la realidad, de la identificación –en cada momento-

de los elementos aglutinantes, de los nodos-base, los nodos-medios y de el (o los) problemas-centro, para sobre esa base identificar también a todos los actores sociales que pueden conformar una articulación (o integrarse a ella).

- Identificando los *nodos base* o los *nodos medios*, se abren posibilidades concretas de articulación y confluencia entre diversos actores sociales.
- Se puede construir atendiendo y articulando en torno a la solución de un *problema-centro* o de varios. Eso debe ser identificado en cada realidad social concreta en cada momento. Pretender establecer *a priori* cuál debe ser la problemática central en vez de extraerla de la vida real, es fuente segura de error.

Con una práctica política y una concepción no vanguardista, es posible crecer en construcción, en articulación, en conciencia y organización. Esto puede parecer quizá la tendencia natural de toda articulación, pero no ocurre de modo espontáneo, hay que construir las articulaciones desde abajo hasta arriba y viceversa, paso a paso, también a veces a saltos, una y otra vez.

Articulación regional o continental: Una problemática que puede constituir el *problema-centro* en un momento dado, en México, por ejemplo, no necesariamente coincidirá con la que existe en Brasil, o en Ecuador, o en Argentina. Puede que esté presente en todas las sociedades del continente pero que no se manifieste en cada una de ellas con la misma fuerza e intensidad. Esto quiere decir que el esfuerzo principal de la construcción de propuestas concretas y la posibilidad de la articulación de los actores sociales, pasa por atender prioritariamente y acorde con la situación histórico-concreta, las luchas por la paz, por el trabajo, por la tierra, según sea el caso.

-Partir de la cotidianidad de la población

A la hora de buscar definiciones acerca de la identificación del "punto" aglutinante, de los nodos-medios, o el problema-centro, es importante partir de la cotidianidad de los sectores sociales o población participante.

Teniendo en cuenta:

- a) que en la vida cotidiana se producen y reproducen, conjuntamente con los valores individuales y familiares, también

- los valores sociales de convivencia (éticos, morales, culturales, políticos, etc.);
- b) que el mundo de lo cotidiano resulta el espacio por excelencia para la internalización y reproducción de la ideología de dominación,

puede entenderse que lo cotidiano y la cotidianidad se hayan tornado en ámbitos eminentemente políticos.

Basta tomar el caso de las relaciones de género. ¿En que espacio se produce y reproduce la básica relación de discriminación y asimetría?, pues en el ámbito doméstico, en la vida familiar cotidiana. Su democratización resulta indispensable para una democratización mayor de toda la sociedad. Mientras las asimetrías y discriminaciones de género se mantengan en el ámbito familiar, el espacio social más pequeño y universal, no serán posibles una verdadera y radical democracia y justicia social.

“La potencialidad transformadora en dirección de una sociedad humanamente rica, podríamos decir finalmente ‘humana’, y entonces victoriosa, negación de la sociedad actual caracterizada por la sumisión y la destructividad, radica en el espacio ovulario.” [Vianello y Caramazza, 2001, p. 118] Es a partir de replantear a la vida y organización de la familia como nueva célula básica política (en tanto concentradora, productora y reproductora de relaciones económicas, sociales, culturales, políticas e ideológicas del poder social), que articula el funcionamiento de lo público y lo privado imprimiéndole una cierta dinámica a lo uno y lo otro, que será posible (re)integrar las -hasta ahora- dos realidades.

Es indispensable pensar y proyectar la familia como una pequeña red de base multicéntrica en vez de androcéntrica, donde se articulen en convivencia seres humanos en igualdad de condiciones, sin que uno proponga crecer a costa del sometimiento y subordinación de los demás. Esto, articuladamente con el desarrollo de redes informales entre familias, que compartan entre el buscar los niños a la escuela, el tiempo dedicado a paseos, deportes, etc, todo esto, con el apoyo de la tecnología (el que brinda y el que potencialmente puede llegar a brindar orientada con sentido de desarrollo social), y la fundación de un Estado social, entrecruzado responsablemente con las actividades tradicionales de la familia: salud, educación y asistencia y seguridad. [Ver: Vianello y Caramazza 2001: 114]

En la construcción de un nuevo modo de vida las dinámicas de la vida cotidiana ocupan un lugar fundamental. No porque de ahí nazca el cambio de toda la sociedad, sino porque sin enraizarse allí, sin articular la utopía del mundo nuevo a la vida de la familia, célula básica que hará posible ese mundo nuevo, este será un imposible. Para eso -en primer lugar y a la vez-, la familia debe modificarse a sí misma, en tanto gestante de ese nuevo ser humano, de esa nueva sociedad y de ese nuevo mundo. Y es indispensable ir haciéndolo posible desde ahora, transformándolo desde nuestra propia vida cotidiana doméstica y comunitaria, integrándola a nuestras prácticas familiares, comunitarias, sociales, políticas, etcétera.

La comunidad: espacio integrador de lo público y lo privado

El ámbito comunitario cobra cada día más importancia tanto en la lucha por la sobrevivencia, en la construcción de redes sociales de subsistencia -en lo económico, educativo, salud, etc.-, como en el desarrollo de sólidas redes interfamiliares que distribuyen la dura carga de las labores domésticas cotidianas y mejoran la posibilidad de integración laboral de las mujeres. A ellas se le abren puertas en el sector informal, generalmente en el servicio doméstico, aunque no reconocido como un trabajo, social ni jurídicamente. Para poder desempeñarse en él, las mujeres han de desarrollar redes de apoyo mutuo para el cuidado y alimentación de los niños de unas mientras las otras trabajan, y viceversa.

Un modo de vida diferente, basado en la horizontalidad y democratización solidaria de responsabilidades y tareas se va conformando a través de estas prácticas en la dimensión comunitaria. En ella, a través de la cultura participativa de las mujeres, se van haciendo cada vez más visibles los nexos que se establecen entre la posibilidad de participación en el mundo público y las tareas del mundo privado, articulando tiempo de trabajo y dedicación en uno con el tiempo y la dedicación en el otro.

Claro, esto no es suficiente, resulta vital incorporar a los hombres a esta gesta, y al Estado. “La verdadera liberación de la mujer de la familia, que hoy todavía la excluye, la mortifica, la paraliza, se hará luego que el hombre y la mujer se reencuentren en ella sobre un pie de igualdad. Evidentemente, esto no significa abandonar la creación de infraestructuras capaces de aligerar los

trabajos domésticos. Pero es necesario transformar la visión de los hombres acerca del espacio, llevarlos a mirar sobre el interior, de habituarlos a valorar los detalles concretos ligados a lo cotidiano. Es la única forma de realizar una igualdad efectiva, que le inducirá a descubrir lo femenino que existe en él, e igualmente a vencer el miedo que le tiene." [Vianello y Caramazza 2001: 110]

"Mientras que la realidad familiar continúe pesando esencialmente sobre la mujer, no cambiará nada. Pero, a partir del momento donde se genere un movimiento de cara a la resocialización de los hombres dentro del sentido indicado antes, se llegará, en consecuencia, a la igualdad de los sexos al interior de los muros domésticos, entonces es presumible que, lentamente, se produzca una toma de conciencia de que la unidad familiar, que aparentemente debe tenerse en privado, tiene igualmente una consecuencia pública." [Vianello y Caramazza 2001: 114]

Construir el futuro desde nuestro presente

En las experiencias concretas de vida, en los modos de organización y en las propuestas que se van construyendo e implementando, es necesario hacer visible que es posible vivir de otro modo, como avance de ese otro mundo que aseguramos es posible, y que es preciso empezar a perfilar cuál es, cómo es, y cuándo se alcanzará, tornándolo deseable.

Es fundamental comenzar a sentir que ese otro mundo, la utopía anhelada se relaciona con lo que estamos construyendo en nuestras resistencias y luchas cotidianas, vivenciar que lo que hacemos hoy -por pequeño que pueda parecer-, es importante porque se articula a ello, anticipándolo en parte en nuestras prácticas solidarias y éticas.

Disfrutar los diversos momentos de la lucha, e ir construyendo ámbitos colectivos de convivencia comunitaria, es condición para transformar el actual estado de cosas, y ello es responsabilidad y labor política de todas las organizaciones políticas y sociales que buscan y construyen una salida alternativa popular de superación del capitalismo.

El papel de la política tiene que ser el de construir el ideal social a partir de la cotidianidad de las personas, integrándola, conteniéndola y proyectándola en una nueva dimensión. En tanto

tal ideal, este tiene además muchas maneras de proyectarse, de imaginarse. En el mismo sentido, los objetivos estratégicos también se van construyendo (y modificando) a partir de las realidades sociohistóricas concretas. Esto significa, por lado, que las propuestas concretas reivindicativas, programáticas, etc., no serán idénticas a los objetivos estratégicos. Por otro, que la ideología del cambio es un proceso vivo, no es un dogma establecido por *alguna vanguardia* partidaria que “los demás” tendrían que cumplir «para hacer las cosas bien»; la conciencia política se nutre del propio movimiento de resistencia, lucha y construcción de alternativas, y su sistematización y su diálogo con los objetivos estratégicos es un proceso constante. Esto quiere decir también, que los movimientos sociales no son “portadores” de una ideología implantada en sus conciencias desde el exterior (por los partidos o los intelectuales de izquierda); no se puede seguir pensándolos como “correas de transmisión” de las decisiones y voluntades de los partidos políticos de izquierda quienes supuestamente son los dueños de la ideología revolucionaria. Los movimientos sociales, el pueblo que se organiza para enfrentar al capital, la van construyendo día a día a partir de su (modo de) *ser social*, en sus prácticas de resistencia y lucha contra el capital; son los *protagonistas*, sus *hacedores*.

La acción política –componente vital de la actividad de los movimientos sociales– debe contemplar también entre sus tareas el rescatar críticamente las enseñanzas, las propuestas y los valores que estos movimientos van desarrollando, considerando siempre que su carácter de proceso vivo exige la constante reevaluación de su contenido como una necesidad de la propia lucha.

ELEMENTOS DE PARTIDA COMPONENTES DEL PROYECTO

Un paso importante hacia la superación de la concepción abstracta del proyecto alternativo, sería tomar como puntos de partida y componentes del proyecto, a los siguientes elementos:

1. Raíces históricas:

-Las experiencias históricas independentistas avanzadas.

Nuestra historia de lucha contiene elementos de la utopía que buscamos. Hay semillas de futuro sembradas en nuestras

conciencias por las experiencias políticosociales más avanzadas de nuestra historia social, que en su momento fueron las que más se aproximaron a la posibilidad de construir la sociedad y el mundo soñados.

Me refiero, en primer lugar, a las gestas independentistas. Ellas nos dejaron, además de sus enseñanzas colosales, un pensamiento latinoamericanista libertario y solidario. En segundo, a las experiencias nacionalistas de mediados de siglo, cuyos logros sociales, políticos, solidarios, culturales, resultan referentes concretos para nuestras aspiraciones. Ellas adelantaron derechos y garantías sociales propios de la sociedad anhelada. Es importante valorizarlas como lo que fueron y lo que significan política e ideológicamente para nuestra lucha y búsquedas actuales de definición de un proyecto a seguir, en cada país.

La apuesta no es –ni este, ni en otro aspecto- volver al pasado, sino nutrirnos de él, fortalecernos con la materialidad de logros concretos que están en la memoria colectiva y que hay que tornar visibles, y actualizarlos como fuentes de inspiración sociopolítica creada por nuestros propios pueblos en busca de su utopía social, y también aprender de los errores cometidos, de las limitaciones de aquellas experiencias. Se trata, en síntesis, de rescatar y actualizar la memoria histórica, poniendo de manifiesto el significado político-ideológico actual que tiene la reconstrucción de la historia, para la clase y el pueblo oprimido todo. No se trata de “volver a las fuentes”, sino de nutrirnos de ellas, de enriquecer nuestra visión y pensamiento apropiándonos, en primer lugar, de nuestras propias experiencias y enseñanzas de nuestra historia, y también de la historia y experiencias de otros pueblos del continente y el mundo. Como decía José Martí, “Injértense en el árbol de nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”.

2. Experiencias de construcción popular alternativas:

- Las propuestas concretas sectoriales e intersectoriales.
- Las propuestas que sirven de fundamento al programa político de gobierno propio o de oposición.

Esto contribuiría, por un lado, a des-dramatizar el tema del proyecto y, por otro, a comprender que la nueva sociedad que se quiere construir, el futuro soñado, se va perfilando en

las propuestas alternativas concretas que se van construyendo, está -por tanto, en parte-, contenido en germen en ellas. Una de las tareas en ese sentido, consiste en articularlas en un proyecto que les de coherencia, que sirva como base de acumulación, y como Norte en el proceso de resistencias, luchas, búsquedas, creación y construcción colectivas.

Los ejemplos mencionados lo evidencian claramente. Repasemos algunos:

- La propuesta de *reforestación*: cuestiona el modelo consumista de la naturaleza y apunta a la fundación de una nueva relación sociedad-naturaleza y modo de vida de los seres humanos concretos en esa relación.
- La propuesta de *soberanía alimentaria*: implica un cuestionamiento profundo de la lógica de funcionamiento del capital (histórica y actual) y, al hacerlo, con su propuesta superadora indica la necesidad de construir una nueva lógica de organización de la producción alimentaria (y entre los productores), articulando en ella la tenencia y explotación de la tierra, quiénes lo hacen, cómo, para qué y para quiénes. Esto apunta a replantear la reconstrucción de lo nacional y, a la vez, cuestiona el actual orden económico internacional, y reclama por relaciones internacionales basadas en una lógica de solidaridad convivencia y respeto mutuo, lo cual, además de reclamar la fundación de un nuevo sistema social sobre bases diferentes, señala y apunta al necesario sentido global articulado de los cambios, manifestando líneas concretas de que van haciendo visible (y tangible) esa otra globalización posible, humana, equitativa, solidaria.

¡Cuánto proyecto alternativo, cuánto mundo nuevo está presente ya, en germen, como avance de un futuro posible -además de necesario- en esas propuestas programático alternativas! Y como ayuda esto a no confundir la utopía con la ilusión. Como dice François Houtart,

Recordemos, hablando de utopías, que no se trata en este caso de ilusiones, sino de un proyecto movilizador. (...) Este debe enraizarse en lo real, sabiéndose que se inscribe en un espacio y en un tiempo que conforman una red de obligaciones para los actores sociales que lo lleven a cabo. [Houtart 2003-b: 361]

Las propuestas reivindicativas concretas cuyo proceso de realización indica un claro sentido y carácter político-estratégico alternativo, van diseñando y perfilando –en estado práctico– “la idea” del nuevo mundo que se busca construir en la misma medida en que se lo va construyendo, mundo en el cual esas propuestas alternativas podrán desarrollarse a plenitud, en primer lugar, experimentándose como tales alternativas y, en segundo, modificándose en lo que resulte necesario, buscando nuevos caminos, transformando los existentes, etcétera.

- Las experiencias participativas de gobiernos locales.

Hay experiencias de gobiernos locales con gestión participativa de la población, que han mostrado un camino posible para avanzar hacia la democratización de la gestión pública y, también, han puesto de manifiesto –junto con los aciertos– deficiencias, limitaciones.

El ejemplo más sobresaliente en este aspecto, lo constituye el Presupuesto Participativo, desarrollado por el Gobierno de la Ciudad de Porto Alegre, incluyendo las reflexiones críticas acerca de su alcance, que puedan o deban hacerse. Otro ejemplo, lo constituyen las experiencias de vida comunitaria y cooperativa que se desarrollan en los campamentos del Movimiento sin Tierra de Brasil, su empeño en ir construyendo desde ahora, cotidianamente, un ser humano nuevo, empoderado de su destino y dispuesto a asumir la responsabilidad que ello significa.

Las experiencias socialistas vividas no dejan lugar a dudas: ni socialismo estatista ni socialismo de mercado. La asociación libre de los trabajadores, la gestión social integral llevada adelante con la participación colectiva y plena de a sociedad organizada y en empoderamiento creciente de su vida. Esto supone definir y asumir colectivamente, como pueblo, responsabilidades en lo político, en lo social, en lo económico...

Ello articula de modo claro y directo el modelo económico, social y político con la ciudadanía, y todo ello con la necesidad de fundar un nuevo tipo de interrelación social que suponga el despliegue más profundo de la democracia de nuevo tipo, no basada en la representación como despojo, sino en la participación y apropiación de las mayorías de lo que es y solo puede ser su proceso, si es sobre bases radicalmente diferentes a la lógica verticalista y subordinante del capital.

-La cultura generada en las resistencias y las luchas populares

Estos elementos son parte también de la construcción de una nueva subjetividad y un nuevo imaginario social. De conjunto, apuntan a la formación de una conciencia política, favorable a los cambios sociales radicales en la medida que son los actores-sujetos mismos -articulados-, quienes los van creando y construyendo con imaginación, corazón y manos propios.

3. PROYECTO ESTRATÉGICO Y PROGRAMA POLÍTICO

En la etapa actual suelen abrirse, a menudo, situaciones políticas ambivalentes o intermedias, producto del derrocamiento de gobiernos por levantamientos sociales, sin que hayan madurado aún propuestas alternativas capaces de encauzar las luchas y la crisis social hacia una superación radical de la situación. En tales condiciones, aún si el proyecto estratégico no está elaborado, aún si no han cuajado todos los factores que lo harían factible, el período abierto en la crisis podría resultar convergente con el proceso de acumulación y avance hacia una transformación radical de la sociedad, o que podría abrir condiciones para impulsar tareas y acciones que contribuyan a enrumbarlo en esa dirección.

La posibilidad de ello radica en construir –a partir de las propuestas concretas– un programa político alternativo, plataforma de oposición, construcción y acumulación políticas, y base para un posible gobierno propio.

La vida se juega ahora y es ahora cuando hay que responder por ella. Esto obliga a pensar estratégicamente en la sobrevivencia y a sobrevivir estratégicamente (no es un juego de palabras). En ese sentido, atender los problemas urgentes de sobrevivencia, supone buscar los elementos comunes que permiten articular actores sociales con problemáticas y propuestas diversas y coordinar acciones concretas, combinando la resistencia, la lucha por la sobrevivencia y por sus reivindicaciones inmediatas, con la defensa de la soberanía nacional. Tales coordinaciones podrían ser un paso hacia la constitución de *frentes nacionales populares*: a favor de la vida, por el derecho al trabajo, a la educación, a la producción de alimentos, a la protección de la naturaleza, etcétera.

DIFERENCIAR ENTRE PROYECTOS DE ENTRADA Y PROYECTOS DE SALIDA

Proponer políticas para ello, implica construir alternativas programáticas, organizativas y políticas, que cristalizarían en lo que denomino, coincidiendo con Dieter Klein, *proyectos de entrada* o *de partida*. Se trata de proyectos que se construyen poniendo el énfasis político en solucionar o paliar la problemática social, política, económica y cultural de la coyuntura en la que intervienen; resultan enmarcados por los condicionamientos de la correlación de fuerzas existente en los ámbitos local e internacional, y -a la vez- estimulados por las posibilidades que este “escenario” les brinda.

Pensar en primer lugar en los *proyectos de entrada*, llama a concentrar los esfuerzos colectivos en la construcción del programa político (de oposición y/o gobierno) a partir de las propuestas programáticas alternativas.

En interacción dialéctica con ellos, el proyecto estratégico podría considerarse como un *proyecto de salida*. Los *proyectos de entrada* solo pueden constituirse como tales, articulados a un proyecto estratégico que los incluya y proyecte como parte de un -prolongado- proceso histórico de transformación de la sociedad, dotándolos de un sentido y una perspectiva de continuidad, constituyéndolos -de ese modo- en un escalón del proceso socio-humano-transformador, desafiando a sus creadores y protagonistas a buscar y explorar caminos hacia metas superiores.

En tal sentido, los “proyectos de entrada” constituyen (la posibilidad de dar) un paso en dirección a los objetivos estratégicos, y (la posibilidad de ser) un puente en transición hacia ellos. Atravesar dicho puente no es algo que ocurrirá inevitablemente, dependerá de muchos factores, por ejemplo, de la modificación favorable de la correlación de fuerzas internas y externas, de la voluntad política (conciencia, capacidad de comunicación, de organización, de participación, de resistencia y de lucha) de las amplias mayorías populares y sus organizaciones (socio)políticas, de su capacidad para constituir y reconstituir permanentemente la dirección política colectiva-plural del proceso, también sujeta a las -cambiantes- necesidades políticas de las coyunturas sociohistóricas y sus requerimientos.

Estar atentos al advenimiento de la posibilidad u oportunidad

Los acontecimientos políticos internos y externos, el curso de la lucha de clases puede desencadenar sucesos político-sociales imprevistos y modificar repentinamente y temporalmente la correlación de fuerzas. Esto podría resultar favorable para iniciar procesos que posiblemente abran puertas para una posterior transición hacia la implementación de un *proyecto de entrada*.

Se trata de sucesos cuya ocurrencia no ha sido planificada por algún actor político-social. Son situaciones que se presentan, por ejemplo, luego de un estallido social como el ocurrido en Argentina, en diciembre de 2001, o en Bolivia -aunque de modo menos espontáneo e imprevisto- con la expulsión de Sánchez de Losada, en 2003. Ellas modifican repentinamente, por un lado, las relaciones de fuerza (y de poder) entre los sectores del poder en conflicto y, por otro, la relación de fuerza entre el sector o bloque de poder con los sectores sociales populares y sus luchas, inclinando -temporalmente o, a veces incluso, fugazmente- a favor de ellos la balanza política de las fuerzas sociales enfrentadas.

Es el momento en que se abren posibilidades para que las luchas sociales, con sus propuestas concretas, se impongan por sobre los conflictos internos del poder, es decir, se abren posibilidades concretas para un accionar abiertamente político.

Repentinamente se abre un período muy favorable para que las fuerzas populares en lucha puedan colocar, por ejemplo, en el mejor de los casos, sus propuestas programáticas concretas como alternativa de gobierno nacional, o -en caso de no estar en condiciones para ello- para aliarse o apoyar a una fuerza política de avanzada que -en ese momento- tenga capacidad para asumir el control de la crisis sociopolítica nacional. Se trataría de un sector político que estará jaqueado por la sociedad que le reclama soluciones, y por la presión que sobre él ejercerán los fragmentos más reaccionarios del bloque del poder, ansiosos por recuperar su hegemonía dentro del bloque de poder y en la sociedad.

Aún en tales condiciones, no es conveniente subestimar ni simplificar la situación y desechar las oportunidades que pudieran presentarse para consolidar y fortalecer la fuerza propia. Dichos gobiernos pueden abrir procesos que signifiquen una posibilidad hacia la transición, creando condiciones para un posterior advenimiento de gobiernos nacional-populares. Es decir, serían

una oportunidad para crear las condiciones para caminar hacia una perspectiva de transición, hacia la instalación de un gobierno propio.

Dicha oportunidad, a diferencia de la que emerge como resultado de la acumulación política orgánica –como sería el caso, por ejemplo, de la llegada de Lula a la Presidencia de Brasil-, es simplemente *algo que sucede*. Es un producto de la crítica social que, por acumulación, en medio (del caos) de innumerables luchas y tendencias en disputa, sin que maduren todas las fuerzas que se forman en su seno, transforma la tendencia o fuerza predominante en *oportunidad* histórica para la concreción de la posibilidad.¹

La coyuntura que allí se conforma, abre al campo popular las ventanas hacia la posibilidad de imprimirle un sentido propio al curso de los acontecimientos, orientándolo hacia posibles procesos ulteriores de transición. Pero ello no afirma que esa posibilidad sea factible de alcanzarse; indica solo que la disputa tiene un terreno favorable para desplegarse.² Señala la apertura de un período en el que es posible robustecer las fuerzas propias, ampliar la capacidad de comunicación y diálogo con las mayorías, consolidar las organizaciones, y construir propuestas concretas que favorezcan la profundización de la posibilidad hacia la apertura de un proceso más claramente orientado hacia la concreción de

¹ El ejemplo actual más claro de ello sería la llegada de Kirchner al Gobierno argentino, en mayo del 2003. El suyo no pretende ser un gobierno de transición hacia transformaciones radicales, pero resulta una oportunidad -inesperada- que abre posibilidades para que las fuerzas del campo del pueblo se fortalezcan y avancen en tal dirección. Resulta vital no confundir los deseos con la realidad, ni perder de vista la correlación de fuerzas existentes en el ámbito del poder, en el campo del pueblo, y entre ambos, correlación que las fuerzas populares necesitan modificar a su favor. Y ello es vital en la definición de la políticas, las tareas y las alianzas a desarrollar. Podría ocurrir que, exigiéndole –en abstracto- al gobierno nacional más de lo que éste puede o quiere llegar a dar, en vez de avanzar hacia la construcción de una alternativa propia, la oportunidad se torne en su contrario y aborte la posibilidad de crecimiento y, con ello, la acumulación lograda. [Hay que tener presente que el desplazamiento de relaciones de poder (de fuerzas) no se reduce a las interrelaciones con el sector gubernamental.]

² La presencia de una posibilidad no implica que “lo posible” llegue a ser necesariamente realidad; no define una situación, sino lo que esta podría llegar a ser. Abre puertas, sin garantías.

un programa de liberación nacional (*proyecto de entrada*), estratégicamente articulado al proyecto alternativo (*de salida*).

No existen garantías de éxito. La ambivalencia de las oportunidades que se abren o que podrían abrirse indica precisamente que los resultados pueden conducir a situaciones mucho peores que las iniciales, pues las variables que intervienen son múltiples y dinámicas: económicas, políticas, culturales... y los desafíos enormes. Pero habrá que aprender a convivir con la incertidumbre, las ambivalencias y los riesgos, y avanzar en medio de ellas.

En el pensamiento político, esto exige superar los conceptos finitos, acabados y cerrados, trabajar con conceptos abiertos, no terminados, transformar -de última- la concepción reduccionista positivista acerca de la verdad y la práctica. Pero resulta que nuestra estructura de pensamiento fue construida con fundamentos lineales, unidireccionales y unidimensionales, estáticos y dicotómicos. Tomemos, por ejemplo, el concepto de estrategia: En los años 60-70, parecía que de la definición de una estrategia correcta (científicamente argumentada) dependían -en lo fundamental- los aciertos políticos y el logro de la victoria. Sin embargo, la experiencia demostró que ello no era razón suficiente... Porque las estrategias no son en sí mismas la posibilidad del cambio, sino una puerta (semiabierta, abierta, o cerrada) hacia ellas.

Las estrategias solo pueden ser tales, concebidas como proyectos en construcción, como insinuaciones prácticas que contribuyen a impulsar procesos, a orientar nuevos pasos, que hay que actualizar y enriquecer constantemente abriéndolas a las experiencias y posibilidades de la vida, de las luchas, de las construcciones y la creatividad sociales.³ El proceso de lucha, transformación y construcción de la sociedad reclama como imprescindible poder ultrapasarse constantemente sus propias fronteras, en caso contrario irá enflaqueciendo y terminará ahogado por ellas.

Los caminos son abiertos; tenemos que estar abiertos y dispuestos también a comprender los procesos que los pue-

³ Se trata de pensar colectivamente la transformación, los actores sociales y políticos actuantes hoy, con los intelectuales, para -en franco y fértil diálogo de saberes-, ir democratizando también el pensamiento estratégico y táctico.

blos inventan y construyen a partir de su imaginación, con su empeño, su fuerza y su voluntad. Asumir esto es parte de las tareas fundamentales que es necesario encarar en el orden cultural y, en particular, en el pensamiento para y de la transformación. Sin ello, hablar de nuevo pensamiento estratégico sería pura retórica, incapaz -como toda retórica- de trascender el ámbito de las poses revolucionarias.

4. SUJETO SOCIAL, POLÍTICO, HISTÓRICO

Con el desarrollo actual de la industria, de las tecnologías, con la informatización de los procesos productivos y la conformación de los grandes grupos empresarios transnacionales de la producción, distribución y comercialización de los productos, con la fractura del proceso productivo y su organización interna, millones de trabajadores fueron expulsados del proceso productivo, considerados «inservibles» para el ágil metabolismo del capital. A la vez, se proletarizaron grandes capas de profesionales, especialistas e intelectuales vinculados a la producción y reproducción del capital a escala local, regional o global.

Junto a las nuevas formas –ampliadas– de subordinación real y formal del trabajo al capital, con la fragmentación de la sociedad, surgieron nuevos actores sociales, nuevas reivindicaciones, resistencias y luchas. Porque, como señala François Houtart, el neoliberalismo actual

(...) ha significado un enorme avance de la subordinación formal, lo que se ha convertido en la causa de la emergencia de nuevas luchas (campesinos sin tierra, pobres urbanos, inmigrantes, indocumentados, luchas por salvaguardar los servicios públicos, la defensa del medio ambiente, la oposición a la dominación del capitalismo financiero), y también de nuevas formas que han tomado luchas ya seculares (...). [Houtart 2003-a, digital]

Las luchas obreras y populares, de conjunto, derivaron en un gigantesco proceso, local y global de reacción ante las nuevas realidades creadas por el capital. Al calor de ellas fueron surgiendo nuevas formas de resistencias, y todo ello, junto con los nuevos actores sociales que las protagonizaron, anuncia la gestación de un nuevo sujeto histórico en lucha contra el neoliberalismo, en busca de su liberación.

Va conformándose localmente y también globalmente en protestas contra el avasallamiento comercial hacia las producciones locales y regionales, en manifestaciones como Buenos Aires, Seattle, Davos, y crece luego con la creación del Foro Social Mundial, y los siguientes foros regionales, continentales, nacionales, temáticos, etc., herederos de tales gestas. El valor fundamental inicial de estos espacios ha sido el de constituirse en ámbito de encuentro de movimientos sociales, de actores nuevos y viejos, que no tenían entre sí mayores vínculos, y avanzar –sobre esa base– hacia la toma de conciencia colectiva acerca de la necesidad de construir articulaciones sectoriales e intersectoriales nacionales, regionales y globales, en camino hacia la constitución de lo que algún día será un sujeto social revolucionario global.

En tales ámbitos y sobre todo en las luchas locales, en las resistencias y en las luchas con propuestas, va forjándose la conciencia de que lo que cada uno sufre y vive como un problema sectorial o propio, tiene su raíz en el funcionamiento del capital. El descubrimiento y la visibilización de su lógica –de un modo práctico– permiten comprender e identificar al capital como el fundamento irracional destructivo de la sociedad actual, y que por tanto, es su lógica, su modo de interactuar con el trabajo –subordinándolo y sometiéndolo cada vez más–, la que hay que modificar eliminándola de raíz. A partir de entonces será posible erigir –sobre otra lógica– la nueva sociedad, encarnación colectiva del deseo de miles de millones de seres humanos que le van dando forma y contenido en sus definiciones cotidianas.

Reconociendo el papel histórico desempeñado por la clase obrera, como un actor central en la lucha contra el capital, es necesario repensar su papel social actual, a partir de la relación que la clase guarda con el capital en la actual relación capital-trabajo, en los ámbitos local y global. No puede obviarse la realidad de que, cuando se trasladan plantas industriales de un lugar a otro, cuando la precarización, la flexibilización y el desempleo amenazan de cerca de la clase obrera, esta fue replegándose sobre sí misma, haciendo de la conservación del puesto de trabajo o de la fuente laboral uno de los ejes primeros de su quehacer laboral y gremial. El conservadurismo de amplios sectores de la clase, de las organizaciones sindicales, que llega incluso a la complicidad con los derroteros del capital, indica claramente que, en la actual

relación capital-trabajo, la clase no desempeña la función revolucionaria de avanzada. Sigue reuniendo en sí, potencialmente la capacidad para transformarse en núcleo central articulador y promotor de la transformación social superadora del capitalismo, pero es una potencialidad que no ha despertado a la vida práctica, salvo algunas experiencias, como la de la Central de Trabajadores Argentinos, que aún está en sus primeros pasos.

Hoy es imprescindible dar cuenta del actual proceso de emergencia y conformación de un nuevo sujeto histórico, conformado por la clase y los nuevos actores sociales. Y ello implica un debate entorno a la relación clase-sujeto, tradicionalmente adjudicada a la clase. En el caso de América latina, este debate tiene antecedentes históricos particularmente en lo que hace a la relación sujeto-clase-pueblo, que constituye una rica base para las reflexiones actuales.

HIPÓTESIS Y CONSIDERACIONES CENTRALES

1.

Para Marx el problema central del quehacer teórico y práctico es la búsqueda de la superación de la enajenación humana y, en particular, de la clase obrera. Ello resulta en el centro mismo de la revolución teórica (y práctica) realizada por Marx y Engels, elaborada a partir del análisis de la realidad social concreta de su época, en discusión y diálogo crítico con el pensamiento filosófico hegeliano, feuerbachiano, kantiano, con el pensamiento de los economistas clásicos ingleses, con el socialismo utópico y los más avanzados pensadores revolucionarios franceses de su época. Con él desaparece la problemática filosófica del sujeto en general, al igual que toda otra problemática general abstracta. En el estudio del capital, él descubre -junto a las raíces de la enajenación-, un sujeto social e históricamente concreto capaz de superarla: la clase obrera; de ahí la identidad (coincidencia) sujeto-clase planteada y argumentada por Marx.

Interesada directa en poner fin a su situación de enajenación por el capital, la clase lucharía para liberarse y, con su liberación, pondría también fin, necesariamente, a todas las enajenaciones derivadas del funcionamiento del capital. La superación de la

enajenación por parte de la clase obrera sería, por tanto, una tarea obligadamente revolucionaria, pues implicaría el fin de toda subordinación (real y formal) del trabajo al capital, para fundar sobre nuevas bases productivas y reproductivas una nueva sociedad, la sociedad socialista y comunista. Al liberar a toda la sociedad, la clase llevaría adelante el progreso histórico definido a partir de sus propios intereses. Tal era -en apretada síntesis-, para Marx, la misión histórica de la clase.

En ella, el progreso histórico más allá del capitalismo tiene un sujeto. Este ya no es un sujeto general, de La Historia, sino un sujeto revolucionario socio-históricamente concreto: la clase obrera, enterradora del capitalismo.¹

Esta correspondencia clase-sujeto es, precisamente, el punto puesto hoy en discusión. La interrogante central al respecto podría plantearse del siguiente modo: ¿Existe hoy, en Latinoamérica (y en el mundo) una correspondencia real entre clase obrera y sujeto de la transformación social? ¿Existe hoy correspondencia plena entre clase obrera y sujeto histórico?

2.

En América latina el debate acerca del sujeto o los sujetos del cambio, busca superar precisamente las conceptualizaciones abstractas acerca de la clase obrera entendida como el sujeto "en general", importadas de un pensamiento dogmático y eurocentrista que no da cuenta de las realidades histórico sociales concretas en las que el capitalismo existe y se desarrolla hoy en el continente y en el mundo. El tema es -en nuestro caso- identificar al sujeto histórico concreto de la transformación social en la época actual.

¹ Marx realizó sus estudios partiendo del análisis de la relación capital-trabajo característica del capitalismo de su época, definiendo el modo de producción de la enajenación de la clase a partir de los modos de subordinación real y formal del trabajo al capital existentes en ese momento. Sobre esa base buscó también las vías para superarla, definió quiénes y cómo lo harían, para qué y hacia dónde. Todo ello se correspondía con la relación capital-trabajo histórica y socialmente concreta, propia del desarrollo que este había alcanzado en ese momento y del lugar en donde ésta se llevaba a cabo: Inglaterra, el corazón más avanzado de las relaciones capitalistas de entonces. No era igual, aún en la misma época, analizar el funcionamiento del capitalismo (y de la relación capital-trabajo) en Europa industrial que en América latina colonizada).

Este debate ha sido planteado, en primer lugar, por los actores sociales concretos que, fragmentados sectorial y socialmente, buscan hoy una orientación respecto de su condición sociopolítica y las posibilidades de su acción sociotransformadora, para ir más allá de las resistencias, de las luchas reivindicativas y de las cíclicas explosiones sociales. Y todo ello guarda una relación estrecha con la identificación y definición del sujeto social e históricamente concreto del cambio, de su misión histórica, los objetivos estratégicos, el proyecto alternativo, y los instrumentos organizativos necesarios para concretarlos.

La hipótesis general sobre este punto, sería: *En la realidad histórico-social de Latinoamérica, hoy como ayer, no existe una correspondencia plena entre clase obrera y sujeto revolucionario (histórico).*

a) En primer lugar, está la discusión - que tiene ya larga data - acerca de la relación sujeto-clase-pueblo, y en especial de la relación sujeto-clase-pueblos originarios.

Importando la tradición política hegemónica del pensamiento de la izquierda europea, que reducía la clase (el proletariado) a la clase obrera industrial y consideraba a esta como el único sujeto (histórico) de la revolución social, y al partido que (supuestamente) la representaba, como el sujeto político, en nuestras latitudes - salvo excepciones - se ignoraron las realidades sociales, culturales, económicas y políticas, que se correspondían con nuestra diversidad étnica y de desarrollo socioeconómico y cultural. Ello se tradujo en el desprecio político de los pueblos originarios, en primer lugar, y del campesinado y otros sectores sociales propios de nuestras realidades, en las que conviven -yuxtapuestos- varios sistemas económicos.

Es por ello que, en América latina, el análisis de la fractura actual entre los partidos políticos de izquierda y los nuevos y viejos actores sociopolíticos, no puede circunscribirse a la reflexión acerca de la fractura partido-clase. Porque -además de esa fractura-, hubo desconocimiento, ocultamiento y rechazo de una parte importante de los actores sociopolíticos concretos. El caso más sobresaliente, por su connotación y, ¡al fin!, su reconocimiento en la actualidad, es el de los pueblos originarios, pero se extiende también a los pueblos negros, mestizos, y otros. El resultado fue la *fractura histórica* del sujeto del cambio en Latinoamérica, fractura que se expresó nítidamente en la relación fragmentada y

jerárquicamente subordinada entre partido-clase-pueblo, y que se tradujo en sustrato social inmediato para el desarrollo de concepciones y prácticas vanguardistas.

En el ámbito marxista militante Mariátegui fue quien dio cuenta de ello más claramente. Y no solo porque reconoció la existencia de un sujeto indoamericano, sino porque -al hacerlo-reconoció también su subjetividad y espiritualidad. Ello suponía atender a sus modos de ver, de pensar, de soñar y de crear el mundo del futuro, la sociedad socialista latinoamericana.

Para él, el ser humano y su subjetividad eran lo fundamental, de ahí que abogara fuertemente por el rescate de la subjetividad, de la espiritualidad y la voluntad humanas y, con ello, del papel de los valores. Dentro del mundo espiritual, Mariátegui resaltó lo que denominó “la fuerza del mito”, fuerza que fundió con la utopía, con los sueños, a los que de conjunto consideró también una fuerza liberadora.

Hacer política es pasar del sueño a las cosas, de lo abstracto a lo concreto. La política es el trabajo efectivo del pensamiento social, la política es la vida.

Por eso, precisamente, afirmó con fuerza:

No queremos ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva. [Mariátegui 1982: 22]

b) En segundo lugar, es necesario contemplar los efectos sociales devastadores del capitalismo neoliberal actual que -en proceso de su mundialización encabezado por el gran capital financiero especulativo transnacional-, va multiplicando la fragmentación y atomización social, en primer lugar, de la clase obrera, transformando tanto la existencia y las modalidades de la subordinación real del trabajo al capital como las subordinaciones formales.²

² La condición de proletario nunca se limitó a la clase obrera industrial, y fue precisamente Federico Engels, estudioso de la realidad de la clase obrera en Inglaterra, quien se preocupó de aclararlo: “El proletariado es la clase social que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente de la venta de su trabajo, y

Se ha producido una pérdida de poder económico, social, político y cultural de la clase obrera y sus organizaciones sindicales; un debilitamiento del movimiento obrero; surgimiento de trabajadores informales y de grandes y crecientes poblaciones de trabajadores desocupados; surgimiento de nuevos sectores sociales: campesinos sin tierra, víctimas de expropiaciones de tierras por parte de grandes empresas, pobladores sin techo, defensores de la naturaleza, etcétera.

Atomizada internamente por la globalización neoliberal, la clase obrera existe hoy diversificada en distintas categorías y estratos. Y si es heterogénea en su modo de existencia también lo es en sus problemáticas, en sus modos de organización, representación y proyección. Su identidad fragmentada reclama también ser reconstruida sobre bases —nuevas— que den cuenta de su situación actual. Para recomponer su poder necesita rearticularse interiormente y, a la vez, articularse con otros sectores y actores sociales.

La realización de esa re-articulación sectorial y social —que supone en realidad un proceso de articulaciones sucesivas, multidimensionales y yuxtapuestas— significa, al mismo tiempo, la reconstrucción del poder social de la clase, y la reconstrucción (integración) de la sociedad fragmentada. Para lograr tales fines, la clase obrera desempeña un papel central, organizador y catalizador centrípeto como así también promotor de la formación de otros nodos organizativos sociales con los cuales buscará concertar, articular.

Tal es el sentido del concepto «centralidad de la clase», que empleo para referirme a uno de sus principales roles político-sociales en el momento actual. Dicho papel, es todavía una situación potencial, dado el período conservador por el que atraviesa la mayoría de la clase que, en su defensiva, alienta la esperanza de que podrá detener la destructividad productiva (y social) del capital. Pero ello es imposible. Llegará un momento

no del rédito de algún capital; es la clase, cuyas dicha y pena, vida y muerte y toda la existencia dependen de la demanda de trabajo, es decir, de los períodos de crisis y de prosperidad de los negocios, de las fluctuaciones de una competencia desenfrenada. Dicho en pocas palabras, el proletariado, o la clase de los proletarios, es la clase trabajadora del siglo XIX." Principios del comunismo, *Obras Escogidas* en Tres tomos, T 1, Editorial Progreso, Moscú, 1976, p. 82.

en que la clase obrera ocupada tome conciencia plena de que su sobrevivencia está encadenada, no a su alianza con el capital, sino a la de los demás sectores sociales populares: trabajadores ocupados y desocupados, sectores medios, profesionales e intelectuales, hombres y mujeres, niños y ancianos del pueblo. Estará en condiciones entonces de asumirse como modelo organizador. Ello no significa, obviamente que haya que esperar por la clase obrera para luchar, organizarse y construir alternativas. No hay un sujeto único de los cambios, no existe por tanto, ninguno imprescindible.

El significado y sentido actual de las posiciones clasistas pasaría por: ser coherentes con las responsabilidades y las tareas históricas de la clase hoy, generar un polo o núcleo de articulación y organización del tejido social y sus actores, proyectándolos hacia metas superiores de transformación radical de la sociedad, sobre la base del cumplimiento inicial de urgentes tareas de sobrevivencia, hacia la construcción del nuevo proyecto de nación, del nuevo ser nacional.³

A modo de síntesis sobre la relación sujeto-clase-pueblo, puede afirmarse que, en Latinoamérica, a la fractura histórica acumulada, se suman *nuevas fragmentaciones* producidas por la implantación del neoliberalismo. Viejas y nuevas fragmentaciones resultan obstáculos que es necesario superar para construir bloques sociopolíticos populares unitarios, alrededor de proyectos alternativos consensuados entre sus miembros. Ello será posible, si los propios actores sociales y políticos toman conciencia de las raíces históricas, políticas, teóricas y culturales que los han provocado, y se proponen la construcción —en sus prácticas— de una nueva cultura política, y, por esa vía también, la construcción de una nueva identidad colectiva.

Es por ello que las reflexiones aquí planteadas acerca del sujeto sociopolítico de la transformación social van más allá del objetivo de subsanar la fractura entre clase obrera y partido de la clase; no basta proponerse la rearticulación del «brazo industrial» con el «brazo político». En América Latina los partidos «de la

³ Ya no es el Estado el que constituirá al pueblo como sujeto, sino al revés: es el pueblo articulado y (auto)constituido en sujeto popular el que reconstruirá al Estado, y será por tanto un nuevo Estado, una nueva sociedad, un nuevo poder, construidos desde abajo.

clase» no solo nacieron separados de la clase, sino también del pueblo (indio, negro, mulato, mestizo, criollo) oprimido, explotado y marginado, cuyos sectores son también integrantes del sujeto potencial de las transformaciones sociales radicales en los distintos países. Y todo esto pone en tela de juicio, una vez más, el paradigma instalado en el pensamiento marxista predominante, acerca del sujeto (social y político) del cambio.

Nuestras sociedades complejas desafían nuestra creatividad y llaman a analizar la problemática del sujeto (de los actores-sujetos), por un lado, dando cuenta de nuestra diversidad étnica, socioeconómica y cultural, y de la fragmentación social actual producto de la aplicación del modelo neoliberal y, por otro, rearticulando –simultáneamente– en uno solo, el sujeto social, político, histórico, constructor del futuro latinoamericano.

Las interrogantes abiertas serían: ¿Se puede hablar de sujeto del cambio en sociedades tan fragmentadas socialmente?, ¿hay un sujeto o son varios?, ¿quién o quiénes lo representan o refieren?, ¿cómo recomponer el sujeto fragmentado?, ¿qué relación guardan los actores sociales con los partidos políticos de izquierda?, ¿se trata de un sujeto social diferenciado del sujeto político?, ¿son dos sujetos o es uno solo?⁴

3.

Para responderlas, propongo la siguiente hipótesis central:

- a) En Latinoamérica no existe hoy ningún actor social, sociopolítico, o político que pueda por sí solo erigirse en sujeto de la transformación;⁵

⁴ La actual situación de fragmentación de la clase obrera y de la sociedad toda, con la proliferación de sectores excluidos o discriminados y oprimidos, que constituyen la base de movimientos sociales que luchan por demandas sectoriales, ha provocado gran confusión en torno a la relación clase-sujeto sociotransformador. Entre las posiciones que sobresalen en medio de ella están: a) los que afirman que la clase ha desaparecido y con ella el sujeto; b) los que –por oposición– se aferran a la identidad clásica clase-sujeto transformador, y hacen de ella un estandarte de firmeza ideológica; c) los que sustituyen a la clase –en tanto sujeto– por uno o varios movimientos sociales a los que consideran los “nuevos sujetos”, (con lo cual, de última, se termina contraponiendo movimiento social y partido político).

⁵ La creciente dispersión y fragmentación de identidades, realidades, pertenencias, preferencias, imaginarios y aspiraciones –entre otras cuestiones–, apunta como imposible que uno solo de los actores sociales, sociopolíticos, o

- b) El sujeto sociotransformador resulta necesariamente un sujeto plural-articulado que se configura y expresa como tal en tanto los actores sociopolíticos sean capaces de articularse –políticamente– para constituirse en sujeto popular.

La posibilidad actual de conformación del sujeto sociotransformador está en dependencia de la capacidad de los actores sociales⁶ de re-articularse y ello conforma un proceso complejo y multidimensional de constitución de los actores sociales, sociopolíticos y políticos en sujeto colectivo, que denomino sujeto popular. Es el sujeto histórico sociotransformador actual que solo podrá constituirse como tal sujeto si se reconoce a sí mismo como un sujeto colectivo: viejos y nuevos actores sociopolíticos articulados a través de diversos procesos de maduración colectiva, de modo tal que puedan ir conformando un colectivo interarticulado y conciente de sus fines sociohistóricos, capaz de identificarlos y definirlos, y trazarse vías (y métodos) para alcanzarlos.

Este proceso se asienta en los diversos actores sociopolíticos, en su capacidad para articular la multiplicidad de problemáticas, de experiencias e identidades que los caracterizan en una dimensión políticosocial, en aras de conformar un colectivo de actores (plural, diverso, interarticulado) capaz de identificar objetivos comunes, elaborar proposiciones que sirvan de base a un programa político concreto, ir definiendo el proyecto de sociedad en la

políticos, pueda erigirse en representante del conjunto. Influye en ello –además de las fracturas señaladas–, la que existe entre lo social y lo político, entre lo reivindicativo y lo político, entre los movimientos sociales y las organizaciones político-partidarias, poniendo de manifiesto –combinadamente–, una crisis profunda de representación.

⁶ “Actores sociales serían todos aquellos grupos, sectores, clases, organizaciones o movimientos que intervienen en la vida social en aras de conseguir determinados objetivos particulares, sectoriales, propios sin que ello suponga necesariamente una continuidad de su actividad como actor social, ya sea respecto a sus propios intereses como a apoyar las intervenciones de otros actores sociales. Existe una relación estrecha entre actores sociales y sujetos: ser sujeto presupone que se es un actor social, pero no todos los actores llegarán a constituirse en sujeto. Los actores tienden a constituirse en sujeto en la medida que inician un proceso (o se integran a otro ya existente) de reiteradas y continuas inserciones en la vida social, que implica –a la vez que el desarrollo de sus luchas y sus niveles y formas de organización–, el desarrollo de su conciencia. // Estrictamente hablando, cada uno de los actores sociales, aisladamente, no puede llegar a ser sujeto.” Rauber, I, *Movimientos sociales y representación política*, Op. Cit., p. 63-64.

que desean vivir, y darse las formas organizativas necesarias para actuar eficientemente en pos de construirla (combinando participación, organización, propuesta y conducción).

Esto habla de su carácter doblemente heterogéneo: por un lado, porque se constituye sobre la base de la articulación de diferentes actores, clases y sectores sociales; por otro, porque esa articulación ocurre también al interior de cada uno de los fragmentos, sectores, clases, etcétera. Esta heterogeneidad, lejos de ser un fenómeno cuantitativo y formal, expresa condensadamente las huellas de la crisis en las subjetividades de cada cual, en sus identidades, llamadas también a ser articuladas. Y esto habla de respeto a las diferencias, de tolerancia y de democracia entendida como pluralidad y –sobre esa base– participación.

Convergentemente con ello, el concepto sujeto popular hace referencia a lo clave, a lo realmente condicionante y decisivo de todo posible proceso de transformación: se refiera a los hombres y las mujeres del pueblo que con su participación cuestionadora y su enfrentamiento protagónico al sistema irán decidiendo cuáles cambios habrán de hacer, y los llevarán a cabo sobre la base de su voluntad y su determinación de participar en el proceso. Ellos intervienen a partir de sus conocimientos y experiencias históricas en igualdad de derechos, en la medida en que identifiquen a la transformación como un proceso necesario para sus vidas y –sobre esa base– se decidan a realizarla (decidiéndose con ello a su vez –aunque no se lo propongan de antemano– a constituirse en sujetos).

4.

No existen sujetos *a priori*. Los actores sociales pueden constituirse o no en sujetos, a través de su participación en el proceso de la transformación social (autoconstitución). Es decir, que el ser sujeto no es una condición anterior al proceso de transformación; es en el proceso mismo que se revela esa condición de sujeto, latente -en estado potencial-, en los oprimidos.⁷

⁷ A ello se refiere Franz Hinkelammert, cuando señala que: «El llamado a ser sujeto se revela en el curso de un proceso: Por eso, el ser sujeto no es un *a priori* del proceso, sino resulta como su *a posteriori*. El ser humano como sujeto no es ninguna sustancia y tampoco un sujeto trascendental a priori. (...) Se revela

El – llegar a – ser sujeto es una resultante (de otras múltiples resultantes articuladas y yuxtapuestas) de la propia actividad teórico-práctica de los actores sociales, que supone un cierto grado de reflexión-distanciamiento críticos de su propia existencia.

El sujeto se revela, según Hinkelammert, como ausencia que grita; está presente como ausencia. Hacerse sujeto es responder positivamente a esa ausencia, porque esa ausencia es a la vez una exigencia. Y en tanto responde, el ser humano es parte del sistema, como actor. En tanto sujeto, está enfrentado al sistema, lo trasciende. Como señala Dussel,

...el sujeto aparece en toda su claridad en las crisis de los sistemas, cuando el entorno – para hablar como Luhmann – cobra tal complejidad que no puede ya ser controlado, simplificado. Surge así *en y ante* los sistemas, en los diagramas del Poder, en los lugares *standard* de enunciación, de pronto, por dichas situaciones críticas, (...) mostrando su irracionalidad desde la vida negada de la víctima. Un sujeto emerge, se revela como el grito para el que hay que tener oídos para oír. [Dussel 1998: 523]

En este sentido, podríamos tomar las palabras de Wittgenstein – aunque no es el que él le adjudicó –, cuando afirma que *el sujeto es el límite del mundo* (que existe), a la vez que *anticipación del otro* (que imagina y construye).

5.

Son las resistencias y las luchas sociales concretas las que generan las necesidades de articulación y los ámbitos concretos de coordinación de propuestas concretas y de articulación de actores sociopolíticos. Estas resultan aproximaciones hacia lo que podría llegar a ser el sujeto colectivo del cambio, consecuencia de un proceso pedagógico-práctico de articulaciones sucesivas –no siempre fructíferas quizá–, llevadas a cabo por los diversos actores sociopolíticos que –conscientemente– se proponen transformar los ámbitos coyunturales en nodos orgánicos estables capaces de profundizar el cuestionamiento –político– de la sociedad.

entonces, que el ser sujeto es una potencialidad humana y no una presencia positiva.» *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2002, p. 349.

Es precisamente esta dimensión de cuestionamiento político-crítico de la sociedad como totalidad la que marca el carácter y el contenido político del cuestionamiento sociopolítico que la articulación orgánica –si es radical real y no formal- significa: avanzar consciente y colectivamente en la definición programática de la oposición político-social al sistema desarrollada, tomar posición concreta acerca de lo que se quiere construir, y articular todo ello con la definición de los elementos centrales –de base- de un proyecto estratégico alternativo colectivo común.

Esto significa, por un lado, que es imposible alcanzar la madurez de alguno de los componentes esenciales del proceso de transformación social revolucionaria por separado. Y, por otro, afirmar que no será la simple reunión formal de los actores-sujetos (y sus reivindicaciones) la que los constituirá en protagonistas de su historia.

6.

El sujeto popular es la resultante de un modo (político) de interarticulación de actores sociopolíticos diversos capaces de diseñar, organizar y proyectar con un sentido estratégico la disputa por la transformación radical de la sociedad hacia la concreción de la utopía soñada y creada, y de luchar para hacerla realidad construyendo y acumulando desde abajo el poder propio necesario para ello.⁸

La construcción de un sujeto colectivo va mucho más allá que la reunión cuantitativa de actores diversos, y de sus luchas y propuestas reivindicativo-sectoriales. Supone, en primer lugar, ampliar los contenidos de tales luchas y, en segundo, ampliar las dimensiones de las mismas, orientando el cuestionamiento social hacia los fundamentos mismos del sistema de dominación del capital, y planteando este cuestionamiento de un modo positivo, es decir, conformando un proyecto alternativo. Este proyecto construido por los actores sujetos es, a su vez, interconstituyente de ellos mismos en sujeto popular de la transformación social, en protagonistas de su historia.

⁸ Esto implica la transformación, construcción y acumulación social-individual de conciencia, poderes y saberes necesarios para conquistar también espacios de poder político, para -sobre esa base- estar en mejores condiciones de articular nacional e internacionalmente el proceso local y global de transformación social.

El proyecto -como expuse- será el que *cierre* (anude) el proceso de articulación-constitución-autoconstitución de los actores-sociales en sujeto (colectivo) del cambio, condición que es en realidad una resultante de las interarticulaciones e interdefiniciones entre el proceso de (auto)constitución del sujeto, la construcción de poder (propio), y de proyecto estratégico alternativo.

“En esta perspectiva la liberación llega a ser la recuperación del ser humano como sujeto.» [Hinkelammert 2002: 348] Y esto implica participar en la definición del rumbo y el alcance de esas transformaciones, y también de las vías y caminos de acercamiento a los objetivos, en la medida en que vayan construyendo las soluciones, construyendo y acumulando poder, y organización colectiva capaz de conducir al conjunto a la vez que construyen el proyecto y se autoconstituyen como sujetos.

7.

Considerando la realidad de confrontación global con el capital en la que se desarrollan las luchas actuales, y las exigencias que ello impone a las mismas, los procesos liberadores locales tenderán a articularse y a confluir en lo que devendrá un proceso global de construcción (autoconstrucción) de un sujeto revolucionario universal, simultáneamente a la construcción a escala global de la nueva civilización humana. Ello puede advertirse ya en la realización de encuentros internacionales como el Foro Social Mundial, los Foros regionales, nacionales y temáticos, con la emergencia de organizaciones sectoriales internacionales, como Vía Campesina, el Frente Continental de Organizaciones Comunitarias (FeCOC), etcétera.⁹

En este empeño, como en toda actividad social, lo cultural, las subjetividades, afloran a un plano primero y todo ello nos obliga a concentrar nuestras miradas y reflexiones en los y las protagonistas del pensar-realizar las transformaciones. Porque

⁹ La articulación orgánica sindical internacional por grupo empresario, por ejemplo, está muy rezagada, por no decir que es inexistente. Lo mismo ocurre con la creación de centrales sindicales de nuevo tipo, que se abran a la realidad de fragmentación de la clase y la sociedad, y se propongan su articulación, pilar de la recuperación de su poder de clase que, en tales condiciones, será tal si es -a la vez- social popular. La ausencia casi absoluta de ello expresa la actual conducta defensiva y conservadora de la clase obrera ocupada, particularmente, en los países del Norte.

otro mundo será posible si se transforma de raíz, desde el interior de nosotros mismos, de nuestras organizaciones sociales y políticas, y desde ahora.

8.

La necesidad de articulación de los actores-sujetos no se refiere solo a la necesidad de superar su fragmentación social-sectorial, articulado a ello, comprende también -y en primer lugar, diría yo- el ámbito de sus subjetividades.

Como señala Dussel, "La subjetividad es más que conciencia, pero dice referencia a ella. Es el vivenciar lo que acontece (...) en la realidad." [1999: 2] Es decir, la subjetividad contiene la conciencia pero no se reduce a ella. Lo contrario, su identificación forzada, devino reduccionismo y -de hecho- empobreció las reflexiones acerca de las interrelaciones conciencia-subjetividad, al no analizarlas más allá de la conciencia de clase. Tiene que ver con el cuerpo -y esto bien lo saben los del poder que, para dominar las mentes castigan los cuerpos-, tiene que ver con lo no-conciente, que puede llegar a ser un día conciente pero no necesariamente, incluye también los sueños, etcétera.

Lo que interesa destacar aquí fundamental y concretamente, es la interrelación inseparable entre sujeto y subjetividad, es decir, entre los actores-sujetos concretos y sus subjetividades, la necesidad de tomarlas en cuenta como parte inalienable que son de los actores-sujetos, y sus identidades, intereses y motivaciones subjetivas, espirituales. Estas no se reducen ni se extinguen en su conciencia político-ideológica, es necesario tomar en cuenta las estrechas interrelaciones y mediaciones que existen entre una y otra.

Atender a las distintas manifestaciones y ámbitos donde la subjetividad de los actores sociales diversos se constituye, reproduce e interactúa, resulta indispensable para pensar la transformación social, la construcción de la conciencia política revolucionaria tal como ella puede existir hoy. Todo ello articulado al proceso de constitución autoconstitución de actores-sujetos en sujeto popular, condición que supone la articulación de subjetividades en tanto los actores-sujetos resultan también de la interacción de intersubjetividades y, como parte de ellas, de sus conciencias.

9.

La conciencia política de clase, de pueblo oprimido, de nación del Tercer Mundo, etcétera, no le viene “dada” a los actores sociales desde el exterior; ellos van construyendo su conciencia política a través de su intervención directa en el proceso de lucha. Van desarrollando esa conciencia, principalmente, a través de sus prácticas de resistencia y de lucha por sus reivindicaciones sectoriales y generales, y se la van re-apropiando mediante procesos colectivos interactivos de reflexión crítica acerca de las mismas, de sus logros y deficiencias.

Esto quiere decir, en primer lugar, que la conciencia política no es el reflejo mecánico de las estructuras económicas. En segundo, que la conciencia política no puede ser «introducida» (ni inculcada o impuesta) en las personas. En tercero, que la modificación y desarrollo de la conciencia sociopolítica de los actores-sujetos depende de su participación en la vida social. Las clases, los grupos o sectores sociales, los individuos, alcanzan un determinado grado de conciencia políticosocial (y pueden avanzar en su desarrollo), mediante su participación plena en el proceso de lucha y transformación social.

...no es cierto que la lucha reivindicativa frene el desarrollo de la conciencia de la gente, y menos en las zonas marginadas. Si en las zonas marginadas no hay luchas reivindicativas, no hay posibilidad de movimiento, no hay posibilidad de transformación, porque esos son los intereses de la gente. Ahora, está en la capacidad de las organizaciones cómo la gente convierte en triunfo sus errores o sus fracasos, y cómo la gente convierte sus triunfos en base sólida. Es decir, **es un proceso educativo** que se sustenta en la posibilidad de que ella sea la que maneje las decisiones y pueda decir: “Nos golpearon aquí, pero ganamos aquí, o no ganamos aquí; ahora vamos a seguir por allí.” Esa posibilidad permite que la lucha reivindicativa se convierta en un arma de formación política. [Cevallos. En: Rauber 1994: 39. Negritas en el original]

El tener conciencia política no puede entenderse como un “don” a priori de la existencia social concreta, o una cualidad que puede «instalarse» en cada sujeto individual desde el exterior de sus modos y condiciones de vida, al margen de sus formas

de organización, y de su participación en las luchas. Los propios actores-sujetos se concientizan a sí mismos participando en el proceso de cuestionamiento-transformación de su realidad, sobre todo, cuando este se articula con procesos de reflexión y maduración colectiva acerca de los resultados de cada lucha o movilización colectiva, analizando crítica y colectivamente aciertos y deficiencias, fracasos y logros.

Sostener esto, introduce en la polémica al Lenin del *¿Qué hacer?*, cuando asume la postura de Kautsky y respalda su convicción de que:

La conciencia socialista moderna solo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; ambas surgen del proceso social contemporáneo. Pues *el portador de la ciencia* no es el proletariado, sino *la intelectualidad burguesa* (subrayado por Kautsky en el original); es el cerebro de algunos miembros de ese sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido luego a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuáles lo introducen seguidamente en la lucha de clases del proletariado allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente dentro de ella. De acuerdo con ello (...), es tarea de la socialdemocracia [el partido de la clase en aquel entonces] introducir en el proletariado la conciencia (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases. [Lenin 1972: 42]

Kautsky emplea la expresión «automáticamente» en el sentido de reflejo, y por tanto combate la creencia espontaneísta de que la conciencia se obtendrá «automáticamente» (como reflejo en la conciencia) de las condiciones de vida y las luchas de clases. Y en ese sentido tiene razón, solo que no es suplantando a los protagonistas como se superan las tendencias espontaneístas, tal como lo demostró la experiencia histórica de las luchas obreras y

populares. Al contrario, ello resulta una razón mayor para convocar a los trabajadores y el pueblo a que asuman ese su rol protagónico, que empieza, obviamente por su ser conciente (proceso colectivo crítico-reflexivo sobre las experiencias de vida y de lucha de cada sector, actor social o colectivo de actores sociales, mediante).

Cuando Lenin retoma las propuestas de Kautsky, en mi opinión, está señalando dos fenómenos: Por un lado, que la formación histórica de los componentes científicamente argumentados acerca de la necesidad de la lucha de clases y del papel de los obreros en ella, se realizó por intelectuales (como Marx y Engels) no pertenecientes a la clase.

Hemos dicho que los obreros no podían tener conciencia socialdemócrata. Ésta solo podía ser traída desde fuera. La historia de todos los países demuestra que la clase obrera está en condiciones de elaborar exclusivamente con sus propias fuerzas solo una conciencia tradeunionista, es decir, la convicción de que es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patronos, reclamar al gobierno la promulgación de tales o cuales leyes necesarias para los obreros, etc. En cambio, la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por intelectuales, por hombres instruidos de las clases poseedoras. Por su posición social, los propios fundadores del socialismo científico moderno, Marx y Engels, pertenecían a la intelectualidad burguesa. (...) // Así pues, existían tanto el despertar espontáneo de las masas obreras, el despertar a la vida conciente, como una juventud revolucionaria que, pertrechada con la teoría socialdemócrata, pugnaba por acercarse a los obreros. [*Idem*: 32-33]

Y esto ocurrió realmente así, solo que —a mi modo de ver— fue absolutizado y extrapolado luego para todas las épocas en términos de sentencia que justificaba la supremacía de los intelectuales (del partido) por sobre la experiencia concreta de lucha de la propia clase. Pero no era eso lo que Lenin sostenía exactamente; él mismo, en *El izquierdismo...* subrayó con toda claridad:

Con la vanguardia sola es imposible triunfar. Lanzar sola a la vanguardia a la batalla decisiva, cuando toda la clase, cuando las grandes masas no han adoptado aún una posición de apoyo directo a esta vanguardia o, al menos, de neutralidad benévola

con respecto a ella, de modo que resulten incapaces por completo de apoyar al adversario, sería no solo una estupidez, sino, además, un crimen. Y para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de los trabajadores y de los oprimidos por el capital lleguen a ocupar esa posición, la propaganda y la agitación, por sí solas, son insuficientes. Para ello *se precisa la propia experiencia política de las masas*. [Lenin 1963: 88. Cursivas de I.R.]

Por otro lado, hay que tener en cuenta el estado del desarrollo del capitalismo en Rusia (y del capitalismo como sistema, en general) en la época de Lenin: la mayoría de los trabajadores provenía del campesinado desplazado de sus tierras, con muy altos índices de analfabetismo. Aunque no lo considero un argumento suficiente ni justificante *per sé*, esto pudiera ayudar a comprender el sentido político inmediato de sus «sentencias» acerca de la clase y la conciencia de clase, en la realidad de la sociedad rusa de su época.

En América latina, lejos de aceptar como vigente -de modo unánime y acrítico- la hipótesis de que la conciencia política “viene de afuera”, han germinado otras miradas, como por ejemplo, tempranamente, la de Mariátegui, quien discutió los dogmas de la teoría marxista desde la realidad histórico-social y cultural peruana.

Contemporáneamente, en Cuba, Julio Antonio Mella, fundador del primer Partido Comunista de Cuba, comprendía que la condición de dirección de un proceso no se logra imponiendo criterios o formas de lucha, sino

...a partir de una verdadera y profunda articulación de las acciones, sobre la base del desarrollo ideológico tanto de sus militantes, como de las masas populares que, agrupadas en diferentes organizaciones, debían ser parte activa del sujeto revolucionario. [Miranda, Olivia]

Este reconocimiento del pueblo como sujeto de la transformación resulta fundamental ayer, y también resulta hoy, y es en virtud de ello también que Mella dedicó esfuerzos para acortar las distancias culturales entre intelectuales y obreros, apoyando el desarrollo de procesos de formación, no como exposiciones superpuestas de contenidos teóricos, sino partiendo de las propias

experiencias, valorando aciertos y errores. El eslabón central para el desarrollo de la cultura (y la conciencia) política entre los obreros y, a través de ellos, de los distintos sectores que integraban el pueblo, lo constituía –para Mella– el intelectual orgánico.

Por la misma época, en el Cono Sur de Latinoamérica, crecía un movimiento político-cultural cuyo empeñado en la historia de las luchas del pueblo por su independencia, soberanía y dignidad, contrarrestando las mentiras repetidas y enseñadas por la historia oficial (liberal-oligárquica). Se constituyó así el llamado *Revisiónismo Histórico*, corriente de pensamiento sociopolítico empeñada en apuntalar la construcción de una conciencia nacional capaz de constituir al pueblo en sujeto de su historia.

Dentro de esta corriente se destacaron diversos pensadores con variadas identidades políticas, desde José María Roza, Jaurétche, hasta John W. Cooke, pasando por Hernández Arregui entre tantos otros. Estos dos últimos, por su contemporaneidad, resultaron los más influyentes en los años 60 y 70 del sigloXX, particularmente Cooke, quien se constituyó en referente la izquierda peronista revolucionaria argentina. Desarrolló sus ideas polemizando con el marxismo dogmático de su época, y también con el antimarxismo predominante entre sus pares.

Su mayor aporte estuvo en su insistencia en la construcción del sujeto sociopolítico del cambio, de su conciencia, insistiendo permanentemente en que ésta no le será “dada” a los pueblos “desde las alturas”, sino que es un resultado de la intervención –conciente– del pueblo en el propio proceso de lucha, es decir, es también autoconciencia.

Casi como si el pensamiento transformador latinoamericano quisiera mostrar una continuidad en su desarrollo, por la misma época, a fines de los años 60, germinaban creadoras propuestas que reafirmaban y ponían al descubierto una vez más, que es, precisamente, a partir de las propias experiencias de vida (modo de vida) y de lucha de los pueblos (de la clase y los diversos sectores explotados, marginados, discriminados y oprimidos que lo componen), que se forma y se desarrolla la conciencia individual, social y política.

Esto fue creativamente desarrollado por Paulo Freire como nudo teórico-práctico de sus fundamentos de la educación popular, cuyo ejercicio y desarrollo durante décadas, enriqueció tanto

las concepciones estrictamente pedagógicas como las culturales y políticas en nuestro continente, aunque todavía -en este ámbito- su aceptación e integración plena -orgánicamente articulada a las construcciones colectivas de pensamiento y organización- resulta bastante fragmentada.

Esto es doblemente importante. Por un lado, porque rescata el saber popular, espontáneo, inmediato, basado en la experiencia de vida cotidiana, como base del saber concientemente elaborado, y de la construcción de la conciencia social y política. Y, por otro, porque demuestra que para poder educar, el propio educador necesita ser educado, comprender que él no está "por encima" de los educandos, sino que -en el proceso educativo- desempeña una función diferente: la de contribuir a hacer emerger de los educandos -en diálogo con sus saberes espontáneos-, el saber políticosocial contenido en ellos. Esto reafirma, en primer lugar, que el proceso de aprendizaje no es un proceso externo al modo de vida de cada uno. Y, en segundo, que no existen *verdades absolutas*, ni "conciencias puras" cultivadas *in vitro*, supuestamente al margen de las contingencias del curso de la historia y de las acciones e intereses de los seres humanos concretos que en ella intervienen.

No resulta ocioso recordar que ya Marx sostenía que -en tanto es parte del sistema capitalista- todo educador (militante, dirigente político-social, referente ideológico, etc.), resulta penetrado en mayor o menor grado por su lógica mercantil, por lo cual -por muy conciente que sea de esa situación, por más que esté a favor de los cambios-, necesita también ser educado.

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que **son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado**. Conduce pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad.(...) // La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana solo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria. [Marx 1976: 8]

5. NUEVO TIPO DE REPRESENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN POLÍTICAS

Al plantearse la problemática de la conducción de los procesos sociales de transformación de la sociedad, ya no es posible pensar en una reedición de lo que fueron los partidos de vanguardia; la actual estrategia de construcción de poder plantea tareas políticas imposibles de asumir por una organización política, menos aún, de esas características. Por eso no basta con ampliar el supuesto lugar de vanguardia y en vez de un partido plantearse reunir como tales a cinco o seis; el desafío es construir una dirección política colectiva, que lejos de ahondar la fractura entre lo social, lo político y sus actores, los integre, articule y cohesione.¹

Hoy es necesario impulsar, organizar y orientar la construcción del poder social, cultural y político para promover y fortalecer los procesos de transformación social. Y ello va más allá de las fronteras de una organización política o social en particular, reclama convocar, movilizar y organizar al conjunto de fuerzas sociales populares -con su diversidad de experiencias, culturas e identidades-, para construir una amplia fuerza social de liberación, capaz de disputar la hegemonía del capital y construir la propia, articulando -horizontalmente- su accionar político parlamentario y extraparlamentario.

El movimiento político social es eso: la convergencia de ambas expresiones en lo que será una amplia fuerza social, cultural y política capaz de oponerse al capitalismo y construir un alternativa, poder, y cultura propios.

¹ Por ello no coincido con los enfoques de algunos intelectuales que convocan a la izquierda partidaria tradicional a democratizarse y reconocer como parte de la izquierda a lo que ellos denominan "izquierda social", para organizarla alrededor suyo. En tal caso, la propuesta se limita a sumar la "izquierda partidaria" y la "izquierda social", pero subordinando jerárquicamente lo social a lo político, es decir, manteniendo la división entre lo político y lo social.

Y esto va mucho más allá de la construcción de un frente que reúna a organizaciones partidarias y sociales; se adentra en una nueva dimensión de la acción política que en su dinámica y desarrollo envuelve y unifica lo social y lo político, convoca y moviliza a los militantes sociales y partidarios, a los actores organizados y no organizados. Y a ello deben responder los modos actuales de organización, representación y conducción políticas: horizontales, plurales, abiertos, flexibles, articulados en redes...

No se trata, por tanto, de cambiarle el nombre al partido (o fundar otro) y mantener el mismo contenido; la nueva estrategia de poder reclama fundar –desde la raíz, desde abajo– un nuevo tipo de organización política, horizontal y participativa, capaz de impulsar el desarrollo (autónomo-articulado) de esa amplia fuerza social, conjuntamente con los movimientos sociales que existen y se desarrollan en cada localidad, región, país, para construir juntos, articuladamente, la expresión parlamentaria capaz de disputar gobiernos en lo local, provincial y nacional, y ganarlos. Y ser capaz entonces con esa herramienta -y mediante la acción convergente de la fuerza social parlamentaria y extraparlamentaria-, de impulsar y profundizar el proceso de transformación social. Ello es parte del camino de construcción del poder popular construido (desde abajo) con la participación protagónica de todo el pueblo (orgánicamente articulado) constituido en sujeto de su historia.²

Para ello, simultáneamente, el desafío consiste en avanzar en la construcción de un programa político de oposición y/o go-

² Replanteando el sentido y el alcance mismo de la política, lo político, y el poder, y su relación con lo reivindicativo, los actores sociales se muestran cada vez con mayor claridad como lo que son: actores sociopolíticos, cuestionadores del sistema y a la vez constructores de alternativas, aunque de modo parcial, sectorial. Ahí, precisamente, una de las razones objetivas para su articulación, único camino para constituirse en sujeto, condición que solo pueden alcanzar los actores sociales articulando su existencia, fragmentada, diversa y plural, constituyéndose –colectivamente– en sujeto popular. Y todo esto supone (y se funda en) nuevas relaciones –radicalmente articuladas–, entre –lo que en Latinoamérica podríamos identificar como– el brazo social-industrial y el brazo político. Ello, unido a la maduración del proyecto estratégico expresaría políticamente a ese sujeto popular en una nueva y diferente relación entre partido-clase y movimiento, constituyendo –ya se avisora– el nuevo movimiento histórico popular revolucionario y, en tal sentido, la nueva izquierda latinoamericana.

bierno propio, articulado al proyecto alternativo, soporte político para la conformación de una articulación social y política, base para la conformación de una dirección sociopolítica plural de los procesos de resistencias y luchas sociales en cada país. Esta reclama la conjugación consciente de protagonismos, identidades, problemáticas y experiencias singulares, porque se trata de una dirección que se construye con la participación directa y plena de todos los actores sociopolíticos implicados en ella.

La construcción de una amplia fuerza político-social anticapitalista, es la base para construir una conducción sociopolítica colectiva, plural, articulada horizontalmente. Ello supone necesariamente cambiar las relaciones tradicionalmente instaladas entre los partidos de izquierda y las organizaciones sociales o de masas y los movimientos sociales (y al interior de cada uno), construyendo nuevas formas de interrelación sobre la base de la democracia y la participación.

TRANSFORMAR LAS RAÍCES Y LOS MODOS DE LA REPRESENTACIÓN POLÍTICA

La representación política, en cualquiera de sus modalidades, expresa y condensa un determinado modo de relación entre lo social y lo político, que supone a su vez un determinado modo de entender las interrelaciones entre lo que se conoce como sociedad civil y sociedad política, entre Estado y sociedad y la intermediación que para ello se ha erigido desde el poder hegemónico: los partidos políticos, establecidos jurídicamente como los representantes y voceros de los ciudadanos “de a pie” ante las instancias política y de gobierno, es decir, como mediadores entre la sociedad (civil) y el Estado. Este tipo de mediación y representación político partidaria sintetiza el *despojo* de los derechos políticos ciudadanos, reduciéndolos —en el mejor de los casos— al hecho de votar por algunas autoridades gubernamentales cada cierto tiempo. Correlativamente, reclama la *delegación* de las facultades políticas ciudadanas, haciendo de la ciudadanía una condición pasiva.

En el sistema democrático-burgués, los derechos políticos del ciudadano común quedan circunscriptos al acto eleccionario, sin intervenir en las decisiones que adopta luego el gobierno electo

(municipal, comunal, estadual, provincial, nacional). El proceso de vida y desarrollo de la sociedad resulta fuera de su alcance y comprensión, y se le presenta como ajeno a su cotidianidad. Este extrañamiento o ajenamiento político se consume una y otra vez mediante la reiteración de las prácticas de despojo (y delegación) que se conjugan y retroalimentan en cada acto (y estructura) de representación políticas así concebidas, interrelación fracturada que se profundiza aun más en las actuales democracias de mercado, que tornan a las sociedades en incomprensibles y hostiles a los propios ciudadanos que las construyen y dan vida con su trabajo y espiritualidad.

Todo despojo de derechos, de facultades, de espacios, etcétera, supone (e impone) la delegación de los mismos hacia quien despoja y viceversa, a escala individual y colectiva. Y esto se produce y reproduce en los diferentes sectores de la sociedad, como parte de la ideología y cultura hegemónicas del poder y —por ende—, también de la contracultura, la que germina (solo) como respuesta (reacción) a la dominante, y que —como toda negación— lleva implícita los rasgos fundamentales del fenómeno que niega. Es por ello que la contracultura que se gesta por oposición, hereda gran parte de la lógica de funcionamiento del poder y de la cultura que rechaza. Al no construir una cultura propia, diferente, radicalmente transformadora y removedora de lo viejo, el horizonte político de las fuerzas sociopolíticas opositoras se agota en la (pequeña) aspiración corporativa de convertirse en poder hegemónico una vez que la «tortilla se vuelva».

En este sentido, entiendo la reflexión de István Mészáros cuando señala que el *modus operandi* de los partidos políticos de la clase obrera fue marcado por la *oposición* a su adversario político dentro del estado capitalista, para la cual se crearon y desarrollaron. De esa forma, explica él, los partidos políticos obreros, también el leninista, espejaron en su propio modo de funcionamiento y articulación, la estructura política subyacente (el estado capitalista burocratizado) a que estaban sujetos.

El centralismo democrático como base lógica de la estructuración de dichos “partidos de nuevo tipo”, y como base de la formación y caracterización de su militancia, en casi un siglo de prácticas de diverso corte y alcance, desnudó el rostro verticalista-autoritario de una democracia centralista —aunque popular

y revolucionaria por intención y definición-, basada en la jerarquización piramidal de las decisiones, en la obediencia de arriba hacia abajo de los militantes (de la clase y de la sociedad), y en la subordinación de todas las organizaciones “de masas” (sociales, sindicales, culturales, religiosas, etc.) a las decisiones partidarias. En ese contexto, las organizaciones sociales fueron concebidas, creadas y desarrolladas como correas de transmisión de las decisiones partidarias hacia los sectores sociales que representaban. En América Latina, la mayoría de los partidos comunistas y de izquierdas formados tras esos dogmas, rigió su estructuración y funcionamiento por tales paradigmas.

Organizarse reflejando la estructuración y la lógica del funcionamiento político del adversario, impidió a tales partidos buscar y construir una forma *alternativa* propia, de transformación, organización, y control del sistema. *Centrados exclusivamente en la dimensión política del adversario*, permanecieron absolutamente dependientes de su objeto de negación. [Ver: Mészáros 2001: 75]

Es justamente esta réplica de la lógica jerárquica, subordinante y verticalista del capital la que tipifica el modo tradicional de representación política de la izquierda, representación política que –en virtud de ello– lejos de caminar hacia la eliminación de la enajenación política de los representados (síntesis de todas las enajenaciones sociales), la afianzó y multiplicó a partir de recrear la fragmentación entre lo social y lo político, y la subordinación jerárquica de los actores sociales a los políticos.³

Regida por la lógica reproductiva del poder del capital, esa fragmentación se tradujo en la separación entre las organizaciones obreras sindicales y sus expresiones políticas, y –como lo recuerda críticamente Mészáros–⁴ fue asimilada en la concepción

³ La dinámica despojo-delegación influye no solo en el núcleo dirigente del partido, o sea, en aquellos que alcanzan la condición de «representantes de», no influye solo sobre los militantes «representados», sino también sobre la ciudadanía en general; es un hecho cultural presente en la mentalidad de la sociedad, y solo después de una larga práctica comienza a visualizarse con claridad.

⁴ «Con la constitución de los partidos políticos obreros –bajo la forma de la división del movimiento en un «brazo industrial» (los sindicatos) y un «brazo político» (los partidos socialdemócratas y vanguardistas)–, la defensiva del movimiento se arraigó todavía más, pues los dos tipos de partido se apropiaron del derecho exclusivo de toma de decisión, que ya se anunciaba en la

que sirvió de plataforma constitutiva y funcional de los partidos de izquierda («de la clase»), que se mantiene hasta la actualidad.

Es por ello que el debate acerca de la relación entre lo político y lo social trasciende la cuestión de las formas organizativas, sintetiza y expresa el debate sobre el proyecto estratégico, los sujetos y las tareas que debe realizar. Y esto replantea la articulación entre las llamadas sociedad civil y sociedad política sobre nuevas bases: Supone la re-apropiación por parte del pueblo de la política y lo político, constituyentes propios de su ser ciudadano plenamente capacitado y con derecho a decidir sus destinos además de construirlos.

• *Hacia una representación política que se asiente y promueva la participación plena de la ciudadanía.*

Los pueblos han avanzado, han hecho sus experiencias, han aprendido de aciertos y errores, y se han enriquecido como protagonistas de su historia; buscan caminos para representarse a sí mismos, creando nuevas formas de democracia participativa en los distintos ámbitos de la vida política y social donde construyen sus organizaciones y desarrollan sus luchas. La democracia directa se abre paso como una opción viable en los casos más sólidos (estables con crecimiento), y reclama, a su vez, articularse con nuevas formas de representación. Estas tendrían entre sus características primeras, la de propiciar y promover la participación directa y, a la vez, encontrar los nexos para articular uno y otro modo de participación política de la ciudadanía, es decir, las formas de democracia directa con formas nuevas de representación.

• *Las formas de organización y representación política, contienen -en germen- las formas de organización del poder popular.*

Si partimos de aceptar como un principio inalienable, que la transformación de la sociedad es obra de los actores-sujetos sociales constituidos (como sujetos plenos) en sujetos políticos, resulta claro que al discutir las formas de organización y representación

sectorialidad centralizada de los propios movimientos sindicales. Esa defensiva se agravó todavía más por el modo de operación adoptado por los partidos políticos, cuyos éxitos relativos implicaron el desvío del movimiento sindical de sus objetivos originales. Pues en la estructura parlamentaria capitalista, a cambio de la aceptación de la legitimidad de los partidos obreros por el capital, se hizo absolutamente ilegal usar el brazo industrial para fines políticos.» Mészáros, István, *The alternative to capital's social order*, K P Bagchi & Company, Kolkata, 2001, p. 66.

política actuales para la transformación, discutimos -en germen- las nuevas formas de organización del poder (nueva dialéctica en la [inter]relación entre sociedad civil y política, en base al protagonismo ciudadano y su [re]apropiación de la política como parte inalienable de su ser).

Para ello hay que revertir las relaciones entre Estado y sociedad, entre política y ciudadanía, abrir los espacios políticos al protagonismo colectivo. Y ello solo puede hacerse desde abajo y cotidianamente, desarrollando organizaciones abiertas y articuladas horizontalmente, capaces de construir identidades colectivas, plurales y unitarias, sobre la base del respeto y la aceptación positiva de las diferencias.

La unidad como camino y premisa

La unidad es la premisa para la articulación de diferentes actores e identidades, problemáticas y propuestas en su proceso de constitución en sujeto popular y, en ese sentido, constituye la llave maestra para la construcción del movimiento políticosocial estratégico. Dedicar esfuerzos serios a encontrar puertas efectivas de avance en esta dirección resultan responsabilidades políticas indelegables e inpostergables.

Esto supone revalorizar el contenido de la interrelación unidad-diferencia-identidad, para -sobre esa base- replantearse hoy una lógica de unidad diferente, que reconozca las diferencias, para construir desde ellas, los puentes hacia la unidad. Este es un camino posible para construir colectivamente en diversidad y pluralidad. El camino contrario conduce, ya se ha visto, irremediablemente, de la diferenciación al antagonismo, y del antagonismo a la ruptura. Se trata de una unidad que no aspira a la uniformidad y unicidad del pensamiento, ni de las propuestas, ni de las organizaciones; no se basa en la creencia de la existencia de una verdad única y válida para todos, sino que reconoce la verdad como una resultante histórico-social (cambiante) de verdades parciales que existen (están presentes) y se expresan fragmentada y entremezcladamente en los pensamientos, en las prácticas y realidades de los distintos actores sociales. Por eso, construir la verdad colectiva en cada momento no es equivalente a una simple sumatoria, se trata de una sumatoria, pero en sentido de articulación-integración.

La nueva democracia será posible -ya se avizora- sobre la base de la democratización de lo nuestro en un doble sentido: democratizando las organizaciones y espacios existentes, y abrirlos a la posible llegada de nuevos actores, organizaciones, experiencias y propuestas.

En Latinoamérica han madurado las condiciones sociales y políticas (y las experiencias de lucha y participación política de amplios sectores populares) para profundizar y avanzar hacia la construcción-constitución de nuevas instancias políticas y ámbitos plurales del quehacer político (articulación de distintos actores sociopolíticos y sus propuestas). Y todo esto necesita de organizaciones políticas capaces de promover el protagonismo de las mayorías, de organizarlo y conducirlo.

CARACTERÍSTICAS ESENCIALES DE LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA

Las tareas que emanan de las problemáticas sociohistóricas concretas, son las que van definiendo a los actores-sujetos, y estos al proyecto y a los instrumentos. Es por ello que el sentido de la organización política en la actualidad, pasa -en primer lugar-, por descubrir los nexos concretos que permitan construir puentes articuladores entre los actores sociales fragmentados, entre sus problemáticas, propuestas y aspiraciones; resulta vital llegar al ciudadano común, organizado y no organizado, y promover su participación en los debates acerca del quehacer actual, convocándolo permanentemente a ser partícipe de la definición de las decisiones sociales y políticas que se tomen. Esto es, en síntesis, recrear el ámbito y el sentido de lo político, haciendo de la política una actividad colectiva, protagonizada -centralmente- por el pueblo.

En segundo lugar, y articulado a lo anterior, es necesario replantearse los modos orgánicos de existencia, construcción y desarrollo de la organización política (no confundir con partido) capaz de dar cuenta hoy de esta realidad, y de resolver las tareas estratégicas y coyunturales que plantea. Teniendo en cuenta su carácter político-social, ella necesita estructuras flexibles, abiertas, capaces de articular a los actores sociales y políticos diversos, a los ciudadanos organizados y a los no organizados, sus propuestas y aspiraciones.

El desafío es entonces, poner en sintonía el instrumento político con el sentido y los modos de la acción política sociotransformadora que reclaman los tiempos actuales.⁵ En tal sentido, vale subrayar cinco aspectos que caracterizan a toda organización política.

1.

La organización política tiene un carácter instrumental; es una herramienta para el logro de determinados fines.

Ello indica, precisamente, que lo organizativo está en función del proyecto y de las tareas que emanan del proceso de construcción del poder contra-hegemónico que protagonizan los actores sociopolíticos (auto)constituidos en sujeto popular. El sujeto construye sus organizaciones reivindicativo sociales y políticas como instrumentos para perfeccionar su participación e influencia en el curso de los acontecimientos hacia la concreción de los objetivos definidos (y modificados) por él.

Las definiciones estratégicas, las tareas, los objetivos, los instrumentos, las vías y métodos, todo ello, reclama ser construido día a día con la participación plena de los actores sociales y políticos desde abajo, en proceso abierto y cambiante permanentemente. Los congresos de los partidos ya no pueden “dar” la línea. Más importante es que sintetizen la construcción y el pensamiento colectivo, y orientan –en virtud de ello- las tareas a realizar en el tiempo posterior al congreso o reunión política de que se trate. Es el pueblo organizado el que –con su participación-, crea, decide y construye. La transformación de la sociedad en que vive y la construcción de la nueva, decidida por todos, es su obra ciudadana máxima.⁶

⁵ Articulado como actor político fundamental, el pueblo (auto)constituido en sujeto popular, podrá llevar adelante la colosal tarea político-cultural de cambiar de raíz y desde adentro –local y mundialmente- los destinos actuales de la humanidad. Tarea política que tiene que ser organizada, orientada y promovida desde abajo.

⁶ El eje de la construcción se traslada de las vanguardias, a los pueblos, de la organización política a la ciudadanía. Lo fundamental y primero, es la participación de la población organizada y no organizada en el diagnóstico, las decisiones, y la realización de las propuestas. Esto implica atender –en primer lugar- las urgencias de la sobrevivencia humano-natural, integrándolas en un proceso mayor, complejo multifacético y prolongado de transformaciones encaminadas a la creación de la nueva civilización humana.

2.

La organización política no es del sujeto político (ni social, ni histórico); el sujeto es irreductible a la organización

a) La condición de sujeto no se desprende de la organización; no es el instrumento el que define al sujeto como tal sujeto, sino a la inversa. En otras palabras: el partido no es el sujeto político; no hay sujeto político que no sea a su vez, y primero, sujeto social e histórico, y viceversa. No hay vanguardia política sin pueblo político. No hay partido por encima y separado de la clase y del pueblo. La organización política — que es políticosocial —, es siempre instrumento del sujeto popular para lograr sus objetivos en cada etapa.

b) El ser sujeto es una condición que trasciende a lo organizativo (y a la organización), incluye también a los sujetos individuales en tanto ciudadanos (políticos) protagonistas.

c) La organización política expresa la identidad del sujeto, condensa su voluntad y su conciencia; su existencia indica una cualidad del sujeto históricamente constituido. Pero puede llegar a entrar en contradicción con el sujeto real si se separa (enajena) de él, si se le contrapone y pretende situarse a sí misma como sujeto. Esto ocurre, por ejemplo, cuando un partido de izquierda supone que su organización partidaria es el sujeto político, la clase obrera el sujeto histórico, y el pueblo el sujeto social.

La experiencia histórica enseña que cuando lo organizativo pretende cubrir vacíos políticos, la organización política termina sustituyendo a los actores sociales, y separándose de sus bases legítimas: la clase, el pueblo. Se coloca entonces —de hecho— por encima de ellos. A la primera sustitución le sigue obviamente una cadena creciente de sustituciones. Por esa vía, las cuestiones organizativas de la organización política van ocupando el eje central, y ésta se transforma poco a poco en el objetivo fundamental de su propia existencia, negando su razón de ser.

3.

No hay sujeto político separado e independiente del sujeto social, del sujeto histórico.

El sujeto es uno, múltiple e irreductible: social, político e histórico (de su historia). No existen diversos tipos de sujetos: un

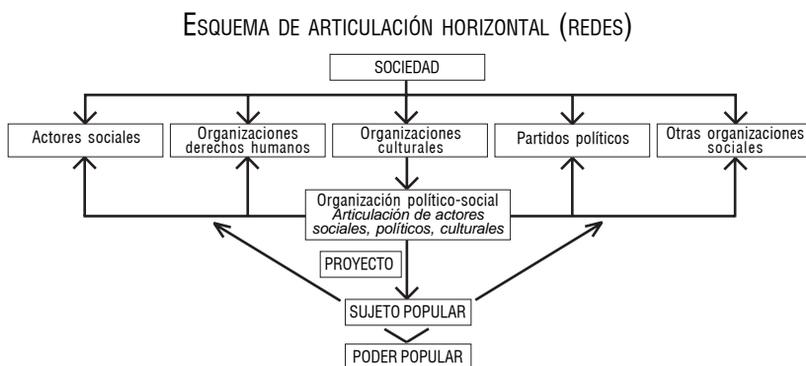
sujeto histórico (la clase), un sujeto social (los sectores populares, el pueblo), un sujeto político (el partido).

4.

La construcción-articulación del sujeto popular implica una nueva y diferente relación política y orgánica entre los partidos y los movimientos sociales.

Hoy resulta imprescindible buscar caminos para construir una articulación orgánica de actores sociales y políticos, sin subordinaciones jerárquicas entre los distintos actores, sin vanguardias iluminadas, ni sujetos de primera, de segunda, o de tercera clases.

La apuesta es construir redes y nodos de articulación social basados en la profundización de la democracia y la participación de los protagonistas, y en relaciones horizontales entre los diferentes actores. Estas promueven la cooperación entre partes consideradas cualitativamente iguales, aunque los roles sociales y políticos de cada una sean diferentes. Su ejercicio implica la superación de las tradicionales relaciones verticalistas-subordinantes implementadas al interior de las organizaciones sociales y políticas, y desde ellas hacia la sociedad. Dentro de una gama amplia de formas concretas que pueden crearse y adoptarse, lo fundamental consiste en no imponer políticas, objetivos y vías, ni suplantar los procesos colectivos de toma de conciencia, tanto a lo interno de la organización como en su relación con otras organizaciones sociopolíticas.



5.

Ser de izquierdas es, ante todo, una actitud práctica revolucionaria de lucha contra la hegemonía y la dominación del capital.

La izquierda latinoamericana va mucho más allá del núcleo humano que constituye la izquierda político-partidaria, comprende a los movimientos sociales populares, a intelectuales y profesionales de avanzada, a personalidades del mundo de la cultura, de las artes, de las comunicaciones, etcétera, en resumen: a todos los que se oponen al sistema neoliberal y luchan a favor de una transformación radical de la sociedad en aras de hacerla humanamente más justa y solidaria: las organizaciones de derechos humanos, de mujeres, los sindicatos combativos, la base trabajadora de los mismos, el movimiento obrero, los desocupados, los sin techo, los sin tierra, el campesinado pobre, las amas de casa, los pueblos indígenas y sus organizaciones, etcétera.

NUEVO TIPO DE MILITANTE

Las actuales concepciones estratégicas acerca del poder, de la política, lo político y la representación y organización políticas, hablan también de un nuevo tipo de militante, que modifique de raíz lo que hasta ahora era “su modo” de ser y actuar: llevar las ideas y propuestas del partido hacia la población, aceptando la suposición de que ella es solo “fuerza material” cuya “misión” es realizar las ideas elaboradas por el partido.

El militante hoy debe ser capaz de invertir dicha lógica, concertar voluntades diversas y dispersas, abrir los espacios protagónicos a las mayorías y capacitarlas para que puedan desenvolverse en ellos al máximo de las posibilidades, conciente de que los desafíos sociotransformadores reclaman su involucramiento pleno. Como señala Joao Pedro Stédile, referente del Movimiento Sin Tierra, de Brasil:

Necesitamos colocar nuestras energías para ir hacia donde el pueblo vive y trabaja, y organizarlo. (...) Sin organizar al pueblo no se va a ningún lugar, y muchas veces [parte de la militancia] se ilusiona con eternas reuniones de cúpula o meros discursos explicativos acerca de la coyuntura. [Stédile 2004]

Resulta fundamental modificar las modalidades de trabajo político militante, generalmente concentrado en la difusión del periódico de la organización, en la participación en las reuniones, en las asambleas y en los congresos... Esto hay que hacerlo, solo que es insuficiente, apenas el comienzo de las tareas. El problema actual es de tal magnitud que no basta con la movilización de las vanguardias o los activistas, hay que convocar a los millo- nes que no están.

Es imprescindible abrir espacios, convocar a sectores y actores sociales diversos a la construcción de ámbitos sociopolíticos de gestión local, nacional y regional de lo político y la política, encaminados a construir desde abajo una conducción política plural que reúna a los diversos actores sociopolíticos del actual proceso de transformación social, articulados orgánica y horizontalmente.

Ello reclama también, construir y desarrollar prácticas y relaciones horizontales y participativas en lo organizativo, en el pensamiento y en la acción, y resulta de suma importancia, sobre todo si tenemos en cuenta que el actual proceso de construcción orgánico-política se apoya en un nuevo militante: solidario, autónomo, consciente, responsable, participativo, constructor y concertador de la participación desde abajo entre sus vecinos en su comunidad, con sus compañeros en su sector de trabajo, en el ámbito sociocultural donde actúe, en la vida familiar, y en la organización social o política en al que milite. Para decirlo de modo comprensible –esquemáticamente– según la cultura aún predominante entre las izquierdas: el sentido de la lógica de actuación del militante actual es: invertir la correa de transmisión partido-masa, llevándola del pueblo a la organización política (masa-partido). Para ejemplificarlo más gráficamente aún, diría que los partidos de izquierda tiene que realizar una transformación homóloga a la ocurrida en la Iglesia Católica cuando el Concilio Vaticano II: allí se explicó la Iglesia no consistía en el edificio del templo, sino en el pueblo de Dios, al que había que llegar y convocar. Esto implicó salir de los templos y convivir con la población donde quiera que ella estuviese y fuese; encontrar y escuchar al pueblo, invitándolo a construir lo que debería ser entonces “su” iglesia. Sabemos que aquel impulso cristiano se vio luego mediatizado, pero no es el caso tratar este tema aquí, lo que resulta

incontestable es que -si la izquierda partidaria hace su Concilio-, el cambio sería radical y revolucionario.

Construir una nueva mística

Este tema se anuda al de la formación de una nueva mística, que germina y fructifica cuando entre la forma de organización, el modo de funcionamiento y las prácticas de construcción y conducción: entre la dirección y en las bases, entre la organización política y el pueblo, no existen diferencias de principios.

Recuperar la confianza, los afectos... desarrollar lazos solidarios, no resultan elementos secundarios en momentos en que cada ser humano es forzado por el mercado a ver en el otro un competidor, un rival o un posible enemigo que busca arrebatarle su puesto de trabajo, su pareja, su alimento... al que -por consiguiente- debe destruir para intentar sobrevivir individualmente.

¿Hay mística hoy?, ¿dónde está? La mística está aquí, entre nosotros, en nosotros mismos, en el nuevo tiempo que estamos viviendo y construyendo colectivamente. Nos desenvolvemos en un momento muy difícil, pero ello no puede impedirnos practicar y multiplicar la solidaridad, estar alegres cuando nos encontramos unos con otros y otras, hacer de las actividades colectivas: seminarios, talleres, congresos, asambleas, acampadas, cortes de rutas, etc., momentos de fiesta, de alegría. Dar solidaridad, demostrar los afectos, expresar la felicidad y el amor es también una forma de construir una nueva mística, desarrollarla y fortalecernos entre nosotros.

Vivimos en una especie de tembladeral caracterizado por la incertidumbre, todo es complejo, más aún para los jóvenes. El joven se afianza y madura con definiciones, si no le damos definiciones, ¿qué pretendemos?, ¿que no esté en crisis?, ¿que no dude? En vez de alarmarnos por esta situación, es mejor ocuparnos por entender sus reclamos, ver en sus dudas una posibilidad de transformar la situación.

Debemos asumir este tiempo con la confianza en que es posible un mundo diferente, que las salidas existen si somos capaces de ver su insinuación en la realidad, en las nuevas prácticas sociales que se van construyendo y si, con imaginación, deseo y voluntad nos empeñamos en desarrollarlas, conscientes de que el futuro no se agota en nosotros, que las salidas son diversas y

están abiertas al desarrollo de la humanidad. Esta siempre se pondrá nuevas metas, explorará nuevos caminos para cambiar el mundo y ampliar su libertad, aunque más no fuere para sentirse protagonista de su historia.

6. OTRA TAREAS ESTRATÉGICAS

DESPLEGAR LA BATALLA CULTURAL

Crear y desarrollar una nueva cultura política entre los actores sociopolíticos

La búsqueda de soluciones al divorcio existente entre partidos y organizaciones sociopolíticas reclama una labor de reflexión conjunta, integradora. Y ello no es una tarea sencilla. La cultura política de la izquierda acuñada por las prácticas de lucha y organización social del siglo XX, prevalece aún hoy como referente de las organizaciones sociales y políticas populares de Latinoamérica, conviviendo en conflicto con el nacimiento y desarrollo de nuevos modos de existencia, actuación y protagonismos políticos y sociales.¹

El choque entre las nuevas concepciones que emergen en las nuevas prácticas, y los paradigmas pre-existentes -que no se corresponden con los requerimientos y las tareas de la realidad actual-, actúa como barrera u obstáculo para el reconocimiento teórico-práctico de lo nuevo, incluso en el seno de los propios autores de los cambios. El peso de la cultura verticalista subordinante es aún mayor incluso dentro de organizaciones sociales que propugnan lo nuevo. Esto se evidencia, por ejemplo, en que muchas de ellas se plantean construir desde la democracia, la

¹ La cultura vanguardista está presente todavía con relativa fuerza en los partidos de izquierda, pero se expresa también en las mentalidades de aquellos que integran las organizaciones sociales y esperan «la orientación». Está presente también en el imaginario colectivo de lo que se supone “debe ser” una organización política, y en los criterios acerca de lo que significa hacer política y quiénes la hacen (representación). Todo esto, de conjunto, bloquea el reconocimiento por parte de unos y otros acerca de la necesidad de modificar sus prácticas.

horizontalidad y la participación de todos los actores, pero sostienen prácticas que no pocas veces contradicen sus postulados y proposiciones.

Persistir cotidianamente en el desarrollo de nuevas prácticas de construcción, y a la vez ir reflexionando colectivamente sobre ellas, recuperando críticamente lo creado, irá construyendo un nuevo saber colectivo, fortaleciendo y profundizando la conciencia política del quehacer actual.

Partiendo de la experiencia, en proceso práctico-pedagógico de aprendizaje colectivo, se puede ir conformando un nuevo modo de hacer, de estar, de ser y de interrelacionarse con los demás, es decir, un modo de proyección social culturalmente diferente al del vanguardismo, expresión y síntesis de la vieja estrategia de "toma del poder". Por esa vía se irá conformando también un poderoso movimiento sociocultural, base ideológica de lo que será la fuerza social indo-afro-latinoamericana de liberación, patriotismo y solidaridad (en cada país y en el continente).²

Desarrollar estrategias de comunicación

Dar la batalla cultural es imprescindible, en primer lugar, porque el ámbito de la cultura es el terreno privilegiado por el poder para afianzar ideológicamente, por diversos medios, sus conquistas o proyectos originados en lo económico y político. En segundo lugar -y directamente articulado a lo anterior-, porque resulta central discutir palmo a palmo la lógica del capital, desnudar su irracionalidad y las falsedades de su supuesta eficacia, su sentido utilitario y consumista, la semilla individualista que su funcionamiento competitivo devastador instala y reinstala segundo a segundo dentro de nuestras subjetividades.

² Las experiencias sociopolíticas del continente son un fiel ejemplo de esto, entre ellas, las de Chiapas, en México, y las del Movimiento Sin Tierra, de Brasil. Esta última resulta ser —quizá por el empeño sostenido, prolongado y sistemático de la misma—, una de las que mayores riquezas y enseñanzas ha acumulado al hacer de esto una de sus banderas de constitución y desarrollo. Es necesario apropiarnos de estas experiencias, para crecer colectivamente no solo a nivel local-nacional sino articulados (y articulando) a un gran movimiento socio-político-cultural continental. La realización del Foro Social Mundial y los foros temáticos y continentales, marcan buenas pistas en este sentido.

Se trata de una discusión integral y concreta, hay que abordarla también de modo integral y concreto: discutiendo con el poder del capital sus lógicas de funcionamiento tal cual ellas existen y se manifiestan en este momento, en cada lugar, y haciéndolo de un modo integral, es decir, articulando la crítica económica, política, social, ética, jurídica, etcétera.

Resulta fundamental dar la batalla político-ideológica también en el terreno semántico. Por ejemplo: cuando el Banco Mundial, el FMI, u otros tentáculos transnacionales del poder mundial del capital, se apoderan de conceptos y reivindicaciones generadas por las luchas de los pueblos y los utilizan con un contenido radicalmente diferente, no basta con asumir poses revolucionarias y rechazar el empleo de tales conceptos. Esa actitud defensiva resulta comprensible como primera reacción, pero es políticamente insuficiente.

Es necesario impedir que el poder arrebate y se apropie de los conceptos que son parte de la construcción y acumulación de saberes por los actores sociales y sus luchas, es fundamental impedir que los desnaturalicen, cambiándoles el significado social y político y nos los devuelvan con un sentido contrario a nuestros intereses. Es necesario recuperar el vocabulario (no confundir esto con la llamada "guerra de las palabras"), redefinir los conceptos, no solo rescatando su origen histórico-social, sino actualizando su contenido racional liberador, direccionado hacia una racionalidad nueva, no regida por la lógica del capital. A la par con ello, es necesario discutir conceptos como: desarrollo, bienestar, democracia, valores sociales, gobernabilidad, "buen gobierno", competitividad, eficiencia social integral, para desmontar la falsedad de la supuesta científicidad y eficacia del sistema del capital, demostrando paso a paso sus falacias, re-construyendo estos conceptos o creando otros, con nuevas lógicas y racionalidades.

Resulta importante dar la discusión acerca de los criterios con los que el capital construye y fundamenta -en cada realidad concreta- su cálculo económico, pues es cierto que -para él-, éste arroja resultados muy favorables. Pero ocurre que entre los parámetros que emplea para definir tales resultados, el capital no toma en cuenta la racionalidad reproductiva social, que implica el respeto a la reproducción de la vida humano-social y de la naturaleza, etc. Esto es definido por el capital como factores externos a

su funcionamiento, por lo que no los toma en cuenta en su argumentación y justificación, de igual modo que hace con todo lo que considera “externalidades”. Dar la discusión en este terreno, desnudar con argumentos concretos las fallas científicas y conceptuales de la construcción del cálculo económico propio de la lógica del capital, resulta tarea clave, y en gran medida pendiente. No puede subestimarse el hecho de que muchos argumentos que sustentan dicha lógica forman parte del sentido común de la población, incluyendo a los trabajadores explotados, y es imprescindible disputar ideológicamente también desde ahí. Incorporar esto a la batalla cultural de nuestra época, es una labor político-ideológica de vital importancia, un desafío impostergable para la intelectualidad orgánica.

El ámbito cultural es el de mayor integralidad, es allí precisamente donde se metabolizan y sincretizan las diversas y yuxtapuestas experiencias cotidianas que ocurren en los diversos ámbitos de la actividad social e individual, y en ello, lo político ideológico desempeña un papel ordenador central.

Vale recordar lo que hace años señalara John W. Cooke³: en el terreno ideológico no existen espacios vacíos, lo que no es ocupado por la ideología revolucionaria, es ocupado por la ideología reaccionaria. Es nuestra responsabilidad hacernos cargo de ello.

Disputar el sentido común

En la disputa político-ideológica y cultural con el capital, cada día resulta más necesario dar la discusión respecto de la supuesta racionalidad de su sistema y la validez de sus argumentos y propuestas en los ámbitos local y global. No se trata de un debate teórico-general acerca del capitalismo, sino de hacer visible y comprensible por las mayorías el contenido social de las fórmulas y recetas supuestamente “brillantes y salvadoras” del capital. ¿Son salvadoras realmente?, ¿para quiénes? ¿En qué sí y en qué no?, ¿por qué?

Rebatir sus argumentos uno por uno, exige nuevos y sólidos argumentos y fundamentos, exponerlos con claridad sistemática y masivamente es parte del camino que contribuirá a ir

³ Destacado pensador y revolucionario argentino de los años sesenta.

ganado la batalla. Porque no se trata de una disputa entre *buenos* y *malos*; es ideológica la lucha, pero no ideologicista. Las bases falsas de la eficacia del capital es lo que hay que poner al descubierto; hay que demostrar en que consiste esa falsedad, o los fundamentos lógicos del capital seguirán estando anclados en el imaginario colectivo como (si fueran) verdaderos. Y nosotros continuaremos sin comprender porqué los pueblos siguen apoyando el sistema capitalista, porqué los pobres votan por los partidos tradicionales, etcétera.

El asunto concreto es que hay que construir también en lo conceptual, en el ámbito político-ideológico, ese otro mundo racional, eficiente y justo, social, económica y políticamente democrático y equitativo, demostrando que sí es posible otro modo de lograr la eficacia económico-social real. Y esto es parte de la batalla político-cultural. Construir alternativas viables y realizables, pasa también por hacer de este debate con el capital una realidad cotidiana y omnipresente en todos los medios posibles (en los medios de comunicación, en la batalla por la información, en la formación, y en nuestras labores político-reivindicativas diarias), disputando desde este lugar, también, el sentido común de las personas.⁴ Valores como la solidaridad, la justicia social, el derecho efectivo al trabajo, la equidad de género, razas e inclinación sexual, el respeto a la naturaleza, deberán ir conquistando la cabeza y el corazón de millones y millones de seres humanos.

Disputar el sentido común de la población —en primer lugar, el de los trabajadores—, significa instalar las propuestas alternativas y el deseo de vivir de un modo diferente como parte del sentir, el pensar y el hacer corriente del pueblo. Un hermoso ejemplo de ello lo ofrece la historia de lucha y resistencia del pueblo uruguayo:

Al hundirse el país batllista luego del fracaso del modelo de sustitución de importaciones, hacia fines de los 50, la izquierda

⁴ Es importante identificar acciones concretas para contrarrestar el bombardeo ideológico alienante y negativo que sistemáticamente llega a todos a través de los medios. Una tarea de primer orden es abrir el campo de acción político-ideológica a los medios de comunicación masiva, crear medios propios siempre que sea posible, apelar a la Internet y otras modalidades: vídeos y DVD educativos, programas de radio, novelas, desarrollar expresiones artísticas teatrales, danzarias, musicales, etcétera.

fue la heredera de aquel imaginario de progreso en paz e igualdad de oportunidades, con un Estado regulador y contenedor de las diferencias de clase. (...)

La izquierda consiguió la hegemonía cultural mucho antes de ser mayoría electoral. La Universidad estatal y el teatro son, desde hace más de medio siglo, baluartes no partidizados de una izquierda de capas medias. Hacia los años 60, la cultura de izquierda era ya hegemónica entre los profesionales y los universitarios. Con los años, la izquierda como sentimiento se fue haciendo mayoritaria en la música popular, en el carnaval y en las principales manifestaciones de masas, incluyendo a algunas destacadas estrellas del fútbol, que no ocultan sus preferencias por el Frente Amplio.

La gestión municipal de Montevideo, desde 1990, donde reside la mitad de la población del país, contribuyó a afianzar y profundizar esa hegemonía cultural y social, sin la cual la izquierda no podría soñar con llegar a ser gobierno. Pero, ¿en qué consiste esa hegemonía? En que las ideas-fuerza que encarna el Frente Amplio (Estado social, gobierno honesto, soberanía nacional, justicia social, entre otros) se han convertido en el «sentido común» de los uruguayos de comienzos del siglo XXI. [Zibechi 2004]

La coherencia entre medios y fines, la creación y construcción de modos de vida diferentes a los del capital en territorios concretos, que instalen la solidaridad como base de las relaciones humanas en la vida comunitaria y familiar, en las organizaciones sociales y políticas, contribuirá a darle un fundamento material y espiritual a nuestra nueva utopía socialista y a nuestras luchas para construirla.

Sabemos que es imposible alcanzar plenamente formas superiores de vida social de modo aislado, bajo el predominio de la lógica perversa del capital, pero sí es posible avanzar sustantivamente en tal dirección. Los avances y logros concretos constituyen reservorios de esperanzas; son surcos donde se fortalecen las voluntades revolucionarias en el proceso de la larga transición. Ello reclama precisamente empeñarnos en construir paso a paso lo nuevo con coherencia y transparencia entre el modo de vivir y el de actuar.

En un mundo dominado por el capital, que contrapone cada vez más esquizofrénicamente el modo de pensar con el

de actuar, lo que se dice con lo que se hace, que propugna la estafa como valor de toda relación social e individual, ser coherentes, estimular relaciones solidarias y de respeto entre los seres humanos, resulta alimento de la fantasía, el deseo y la voluntad colectivas, fuente de energía y fuerza para continuar.

Tomar en consideración los símbolos creados y empleados por la población

Cada día resulta más importante tener en cuenta los símbolos que se emplean en la protesta o como mecanismo de protesta, e identificar entre ellos cuáles son los que contribuyen a construir o consolidar identidades. Antes de ceder a la tentación de inventarlos individualmente, es recomendable atender, en primer lugar, a los símbolos que son parte de la cultura de los sectores participantes en el conflicto, la demanda o propuesta político-social de que se trate.

En este, como en muchos ámbitos del quehacer político, vale recordar a Mariátegui. Para él, una procesión religiosa, por ejemplo, era también una manifestación, por lo que concebía posible entroncar los hábitos movilizadores de la religión con los objetivos liberadores. Para él, "La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito." [Mariátegui 1982: 22]

CONSTRUIR UNA NUEVA SUBJETIVIDAD

Una nueva subjetividad humano-revolucionaria está en gestación. Ella apunta, en primer lugar, a construir una ética humano-social solidaria. Sería errado cerrar los ojos a la realidad de los efectos devastadores del capital que se producen incluso al interior de la clase obrera, de cada trabajador. Su reducción y atomización permanente (al igual que en otros sectores sociales vinculados al mundo laboral) va acompañada de una fuerte inyección de individualismo, vinculado irracionalmente a la sobrevivencia. Esta situación obliga a cada trabajador a ver en sus pares a un enemigo potencial de su puesto de trabajo a quien, por tanto, para "salvarse", hay que destruir y aplastar,

expulsándolo del sector o ámbito laboral, del barrio, o de la ciudad... La perversión del sistema radica en esto precisamente: la selección no es "natural" ni por la acción de la "mano invisible" del mercado, ocurre a través del desarrollo de estrategias económicas, sociales e ideológicas que -por diversos medios- convocan a salidas individuales, e inoculan el "sálvese quien pueda" que hace de cada ser humano enemigo del ser humano vecino.

Es el chantaje brutal del capital, y su consecuencia apocalíptica es el genocidio planificado de amplias capas de trabajadores -ahora considerados sobrantes- por la conformación de nuevas formas de organización del proceso de producción, y -a la par- de un nuevo mercado global tecnológicamente avanzado y móvil, capaz de generar mucho más rápidamente altísimas ganancias. Es la base de la actual nueva etapa de acumulación mundial del capital.

Solo la afirmación de una ética humano-social solidaria puede ser vertebradora de una nueva (inter)subjetividad revolucionario-liberadora. Sin ella la transformación social será imposible, pues imposible será desarrollar procesos interarticuladores tendientes a la (auto)construcción-(auto)constitución de los actores sociopolíticos en sujeto popular del cambio.

Esta construcción es fundamentalmente autoconstrucción y autoconciencia crítica-intersubjetiva. Pero ocurre en interrelación con otras mediaciones, en primer lugar, con la práctica transformadora de los actores-sociales, y, en segundo, con el aporte de de las *ciencias sociales críticas*, de los expertos, de los intelectuales orgánicos, de los militantes con mayor experiencia, y se plasma en sus modalidades organizativas y planteos programático-proyectivos.

Construir e instalar otro imaginario social

Construir una sociedad (y un mundo) sin desamparados o excluidos, sin relaciones discriminatorias y discriminantes, sobre la base de la igualdad de oportunidades y justicia social, etc., significa instalar otro imaginario social, basado en valores de solidaridad y equidad social e individual de respeto y cuidado de la naturaleza, tomando conciencia de que ella es fuente de vida, que somos parte de ella y viceversa.

Ese imaginario se resumía, en el siglo XX en el socialismo, y puede ser que coincidamos en que hoy también se resume en él, pero cualesquiera sean las consideraciones particulares al respecto, hay coincidencias en que es necesario resignificarlo, reconstruirlo como utopía liberadora, y recuperarlo como opción revolucionaria actual de los pueblos. Y ello reclama también que la definición-construcción de este socialismo sea obra participativa-creativa desde abajo, de todos aquellos que lo han de vivir, proyectándolo -por tanto-, según sus necesidades, aspiraciones y sueños.

El socialismo del siglo XXI debe rescatar los valores y aportes positivos de las experiencias socialistas del siglo XX y, a la vez, superar las deficiencias en el terreno de la democracia revolucionaria, de la participación social e individual, buscando siempre nuevas vías y alternativas de creación y construcción política, social, cultural, de pensamiento, etc. Porque la propuesta socialista no puede basarse solo en el esqueleto (la estructura) de lo que se quiere, debe ser social integral, sin olvidar que el amor, la alegría, el deseo y la fe son también indispensables para plantearse y emprender la transformación-construcción de lo nuevo.

Disputarle los sueños y la fantasía al capital

Simultáneamente a la construcción y definición de elementos programáticos y principios ético sociales de la utopía, tenemos que ir construyendo nuestro mundo espiritual e ideal, nuestros *escudos de ideas y fantasías*. Tenemos que rodearnos de nuestras propias hadas y duendes, para que actúen como brújulas orientadoras de nuestros pasos en dirección a la nueva civilización. Hacia ella -en larga marcha- nos proyectamos individual y colectivamente. Adelantándola en nuestras prácticas la imaginamos siempre mejor, y en esa imaginación nos inspiramos para estimular nuestros deseos y sueños y atizar la voluntad para realizarlos.

La lucha por la felicidad no pertenece ni al mundo de las telenovelas ni al de los ricos, es inherente a nuestra humanidad y seremos mucho más fuertes si logramos integrar a nuestras luchas y resistencias la posibilidad de vivir plenamente el proceso, sabiendo que la lucha a la vez que es por la felicidad, es parte de ella. A ella integramos nuestros sueños y fantasías, nuestras pasiones, angustias y deseos, y con todo ello, movilizamos fuertemente nuestra voluntad.

FORTALECER EL NUEVO PENSAMIENTO SOCIOTRANSFORMADOR

El desarrollo de un nuevo pensamiento estratégico crítico y autocrítico, capaz de recrear los fundamentos teórico-metodológicos articuladores y proyectivos de lo nuevo en gestación, resulta componente fundamental de las actividades estratégicas actuales.

El sentido de su existencia y desarrollo está contenido y marcado por las nuevas prácticas de cuestionamiento y transformación social, desarrolladas fundamentalmente por los nuevos actores sociales. Es por ello que su principio básico consiste en tomar a dichas prácticas como punto de partida, ámbito permanente de su quehacer, y destino privilegiado de sus reflexiones.

Pero no se trata de partir de cero; al contrario, un pilar fundamental del nuevo pensamiento está en articular pasado y presente con propuesta alternativa de transformación, nutrirse de las experiencias histórico-sociales de luchas de los pueblos, sus enseñanzas y propuestas, es decir, articular, trayecto y proyecto.

Importante en este empeño resulta también nutrirse de las enseñanzas de la historia de las luchas anticapitalistas y de las experiencias socialistas del siglo XX, revalorizar y actualizar los aportes teórico-filosóficos de Marx, Engels, Lenin, Luxemburgo, Gramsci, Luckacs, Korsch, Freud, Althusser, Foulcault, Mariátegui, Mella, Varela, Ingenieros, Ché, Dussel, Sánchez Vásquez y muchos otros grandes pensadores/as revolucionarios, profundizar la crítica al funcionamiento del sistema del capital en la actualidad, y -en nuestro caso, muy importante- rescatar la riqueza de los pensamientos independentistas, de los pueblos originarios, de la teología de liberación, de la educación popular, etc., para fortalecer el pensamiento sociotransformador latinoamericanista y su papel político orientador.

Esto supone también, desarrollar la batalla cultural, en primer lugar, en el interior de nosotros mismos, despojándonos de supuestos modos de "saber hacer" que ya no se corresponden con la época, ni con la experiencia y saberes acumulados, ni con las necesidades de los pueblos. En este sentido, resulta metodológicamente recomendable abrir nuestras entendederas y disponernos a interrogar cada vez a la realidad, del mismo modo que ella nos interroga y desafía a diario. Es indispensable dudar de las

certezas conocidas, incorporar la *hermeneútica de la sospecha* ante todo lo que se nos presenta aparentemente ordenado y resuelto, ante lo unidireccional y lineal.⁵ Ello nos ayuda a buscar, a indagar, a no cerrarnos en nuestros criterios, nos convoca a escuchar.

En este espíritu van formándose las nuevas generaciones y es importante también, transformarnos los ya formados. Tomar conciencia de ello e impulsar procesos de reflexión y formación en todos los ámbitos de las luchas sociales resulta entre las actuales tareas estratégicas, articuladas a la construcción de nuevo pensamiento sociotransformador, al proceso de diseño del proyecto alternativo, y a la construcción-acumulación de poder propio. Estos son componentes inalienables del proceso de transformación-autotransformación cotidiana y permanente, crítica y auto-crítica, parte inseparable e infaltable del camino de tránsito hacia lo nuevo que se va construyendo.

Recuperar la dimensión revolucionaria del pensamiento y la propuesta emancipadora social formulados por Carlos Marx

En el debate actual acerca de las alternativas a la barbarie capitalista, el pensamiento de Marx resulta clave, pues da pistas indispensables para conectar la búsqueda de vías concretas para la superación de la enajenación capitalista tal cual esta existe hoy, con los actores sociopolíticos actuales, con sus resistencias,

⁵ El movimiento social –el más complejo de todos– es la resultante de múltiples articulaciones yuxtapuestas y entrelazadas de los modos más sutiles e imprevistos de existencia de fenómenos objetivos-subjetivos que se intermodifican e intercondicionan unos a otros constantemente; tiene como parte de su motor a lo espontáneo que constantemente se constituye, de-constituye y reconstituye en diversas direcciones, empujado por esas múltiples articulaciones que se cruzan y yuxtaponen, y tiene como potencial de su determinación a la conciencia de los seres humanos. Esto conforma una lucha constante entre lo espontáneo y lo consciente con acumulaciones invisibles permanentes, las que –en determinadas coyunturas o condiciones–, dan lugar a los saltos irregulares e imprevistos –aunque muchas veces intuitivos–, aparentemente inexplicables para la razón lógico-formal predominante. Es en este proceso que se hace posible la autodeterminación de los seres humanos. Constituidos en clases sociales, forman fuerzas sociales que disputan por defender sus intereses, en primer lugar, y –a partir de allí– por imponer al curso de la historia el signo de su de [auto]determinación (voluntad [auto]concientemente organizada y orientada).

luchas y construcciones de propuestas alternativas -aún fragmentadas e incompletas-, y con las interrogantes teórico-prácticas que en tales procesos se han formulado dichos actores: sobre el sujeto o los sujetos del cambio, sobre la relación clase-sujeto, clase-nuevos actores sociales, partido-movimientos sociales; acerca de las alternativas al capitalismo actual y las vías para construirlas; acerca del poder, del proyecto...

Si para Hegel la "Idea Absoluta es el único objeto y contenido de la filosofía", para Marx, el único sentido de la filosofía es el ser humano concreto dentro de una sociedad histórico concreta, y esta misma, en tanto resulta imprescindible conocerla para elaborar (y brindar) los instrumentos teóricos necesarios para la superación de la situación de clase en sí del proletariado, para que éste pueda -con conciencia de clase para sí, y en articulación indisoluble con sus prácticas de lucha y enfrentamiento al poder del capital-, poner fin a su explotación y -con ello- necesariamente, transformar la sociedad en su conjunto.

Si el trabajo vivo es el *origen* de la crítica (y de la realidad) del capital para Marx, el *destinatario* de la teoría crítica es la 'conciencia del proletariado': el *saber* de esa conciencia que todo el capital no es sino trabajo vivo. (...). Cuando el saber se hace conciencia, conciencia de clase, conciencia de pueblo, solo en ese caso es saber *real*: se hace ciencia *como* historia (no solo 'de' la historia). [Dussel 1988: 310]

Y aquí radica el nudo de su revolución teórica (y práctica). En la base de la misma está la inseparabilidad sujeto-objeto, teoría-práctica, a la que se articulan pensamiento y acción, ser social y conciencia social, lo objetivo y lo subjetivo.

1. Al articular el pensamiento filosófico y la práctica sociotransformadora, la revolución teórica realizada por Marx y Engels presuponía la revolución práctica.
2. No hay apriorismo en Marx. Él busca explicaciones a los fenómenos de la vida social de su época, tratando de proyectar, a su vez, las luchas de los movimientos sociales (obreros y campesinos) de entonces hacia una transformación radical y eficiente de la realidad. Esta articulación revolucionaria tiene en el concepto de práctica sociotransformadora el nudo central.

3. La realidad social histórico-concreta es el punto de partida inequívoco de todo análisis social, económico, político, filosófico, cultural y, a su vez, también el objeto y destino de las mismas. Por eso, para Marx, el pensamiento solo puede ser de la historia, si lo es *en* la historia.

La dialéctica que encierra: no solo explica la contradicción de un modo lógico-racional, a la vez –por ello– resultan contradictorios también su formulación y contenido.

En este sistema, cada punto particular es ‘multidimensional’; se encadena los otros puntos del sistema, implica los otros y es implicado por ellos. [Mészáros 2001-B:22]

Objetivo-subjetiva es la práctica sociotransformadora de los seres humanos en la historia, y lo es también el pensamiento que la capta y sintetiza reproduciendo esta contradicción en sus conceptos y categorías, también abiertas, históricas, inacabados...⁶

4. La crítica demoledora de Marx a la filosofía especulativa y contemplativa, y también materialista vulgar, no significaba su enemistad con toda filosofía, ni con todo pensamiento filosófico, sino el plantearla sobre nuevos fundamentos: dialéctico-materialista-histórico-crítico, sacarla del claustro contemplativo trascendental e individual aislado (fragmentado y fragmentador) de la totalidad social, otorgándole un sentido para el desarrollo de la vida social y por tanto para sí misma: la transformación del mundo, de la sociedad capitalista, en búsqueda de la emancipación de la clase obrera y –con ella– de toda la humanidad.

Para ello, considerando su interdependencia con las prácticas sociotransformadoras reales (multidimensionales, complejas, dinámicas, integrales), la filosofía no podía desarrollarse aislada de la economía, ni de la política, de la ética o de la ciencias naturales. Al contrario, Marx las redefinió (a todas ellas) entendiéndolas

⁶ Esto ha hecho y hace más difícil también entender las reflexiones de Marx contenidas en sus libros, particularmente en *El Capital*, donde lo múltiple, interdisciplinario e interarticulado de los enfoques político, económico, filosófico, etc., complican enormemente la comprensión de su pensamiento nuevo, debido a la formación unidimensional y fragmentada del análisis de la realidad y también de cómo abordarla.

en necesaria articulación e integración proyectiva hacia lo que, a su entender, sería una única “ciencia humana”.⁷

Para él resulta indispensable no solo poner fin a los mecanismos de producción y reproducción de la alienación de la clase y -con ello- de toda la sociedad, sino también de las formas enajenadas del pensamiento teórico (filosófico, económico, político, de las ciencias naturales), que construyen “su verdad” fragmentada en ciencias particulares, sin buscar los vasos comunicantes entre los diversos ámbitos de la misma realidad.

Por eso, para Marx, no solo la filosofía carecía de sentido como supuesta teoría general abstracta, sino también la economía, la ética, la política.

(...) para realizar la ‘ciencia humana’, la filosofía, la economía política, las ciencias naturales ‘abstractamente materiales’, etc., se deben integrar recíprocamente, lo mismo que con la totalidad de una práctica social ya no caracterizada por la enajenación y la cosificación de las relaciones sociales de producción. Porque la ‘ciencia humana’ es precisamente esta doble integración -en la superación de la anterior y doble enajenación- de los campos teóricos particulares, 1) entre ellos y 2) con la totalidad de una praxis social no enajenada. // El factor dominante de este complejo es, naturalmente, la superación de la enajenación en la misma práctica social. [Mészáros 1978: 108]

Es claro entonces que, con Marx, ha llegado a su fin toda filosofía especulativa ubicada supuestamente por encima de las demás ciencias y de la sociedad.

Desde esta perspectiva, el quehacer filosófico supone la conjunción dialéctica teoría-práctica (en este caso, pensamiento social y práctica social transformadora-liberadora), articulada con la búsqueda de superación concreta (sociohistórica) de la enajenación social e individual, y con su carácter crítico y

⁷ “Lo que Marx entiende por ‘ciencia humana’ es una ciencia de síntesis concreta, integrada en la vida real. Su punto de partida es del ideal del hombre no enajenado cuyas necesidades *realmente humanas* -en oposición a las visiones especulativas y abstractas e idealista...- determinan la línea a seguir por la investigación en cada campo particular. Los resultados de los diversos campos -conducidos correctamente desde el principio- se reúnen entonces en una síntesis más alta que, a su vez, determina las líneas sucesivas de las investigaciones en los diversos campos.” [Mészáros 1978: 96-97]

autocrítico. Conceptualizando las prácticas sobre esa base y en esa dirección, la filosofía misma resulta en el centro del encuentro/mediación entre el actor social revolucionario que transforma el mundo en que vive, y que –en el mismo proceso transformador– resulta transformado, es decir, se transforma a sí mismo y a su conciencia política, teórico-crítica, ideológica, a su cultura, etcétera.⁸ De ahí que, como sintetizó Zaira Rodríguez

(...) la región o dominio de la filosofía [no es] ni el mundo separado del hombre, ni el hombre separado del mundo, sino, precisamente, la relación activa y multifacética del hombre con el mundo. [1985: 65]

Como parte de esa interrelación activa y multifacética, la filosofía tiene que cuestionarse a sí misma acerca de la vigencia y suficiencia de las herramientas conceptuales con las que los actores sociales concretos orientan su intervención en el proceso práctico-transformador. Es por ello que en el análisis estricto del quehacer teórico

(...) la región propia o exclusiva de la investigación filosófica no es más que la esencia o la universalidad esencial de la actividad social multifacética sintetizada en las leyes o categorías del pensamiento teórico. [Rodríguez Ugidos 1985: 78]

Esto define también una de las tareas centrales de los filósofos comprometidos con la transformación social: trabajar para la actualización y desarrollo de los conceptos, leyes y categorías... que intervienen en la práctica sociotransformadora actual de la que es un componente activo, para re-intervenir en ella de modo crítico, mejorando la capacidad sociotransformadora de los revolucionarios y de sí misma. Sería este, a mi modo de ver, el papel central de los intelectuales orgánicos.

Marx construyó sus categorías –o reconstruyó las que utilizó de otros–, en diálogo con la realidad social de su época,

⁸ Es en realidad allí donde el actor social se constituye en sujeto, definiendo los fines inmediatos y últimos de su actuación, su relación con otros actores sociales del mismo campo de intereses de clase y políticos, su relación con los enemigos políticos por oposición antagónica de interés de clase, y se organiza social y políticamente para alcanzarlos. Es por eso que en sentido más exacto es más correcto hablar de auto-constitución del sujeto y no de sujetos como tales, dados, preexistentes a sus prácticas.

dejando claro que los conceptos se forman a partir de la práctica misma de los hombres, de la reflexión teórica sobre ella, y a ella misma se refieren.⁹ Como claramente explica Zaira Rodríguez:

(...) las categorías sirven de instrumentos teórico-metodológicos de la actividad científica y práctica del sujeto social, y... también actúan en calidad de esquemas para la interpretación y orientación de los resultados de la actividad humana. De este modo, la estructura categorial del pensamiento teórico de una época histórica conforma la armazón lógica a partir de la cual se puede dirigir y fundamentar la actividad práctico social.

Porque es la práctica sociohistórica concreta de los actores-sujetos sociales por cambiar la sociedad en que viven en el sentido de su liberación, la que posibilita y articula ese pensamiento crítico que, para serlo, a la vez, debe ser autocrítico, liberador y de liberación.

“Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario”, sintetiza Lenin, lo que supone afirmar también que *sin movimiento revolucionario no hay teoría revolucionaria*; son ambos a la vez o no son. Esta es la nueva filosofía que Marx y Engels comenzaron a construir, comprometida con la vida social y –a partir de ello– con los intereses del polo del trabajo en la relación trabajo-capital. Resta aún mucho por hacer –desde esta perspectiva teórica–, para avanzar en la articulación del pensamiento social hasta lograr la integración (con otras disciplinas y ciencias) en lo que será la “ciencia humana”.

Un nuevo tipo de intelectual orgánico

La construcción de un nuevo pensamiento estratégico no puede considerarse tarea aislada de intelectuales individuales. En la obra colectiva de resistencia, luchas y construcciones de los pueblos está contenido, en parte, el nuevo pensamiento sociotransformador

⁹ Para Marx la práctica no es sierva de la idea; es nexa, intermediación objetivo-subjetiva que es determinada por la subjetividad a la que a su vez determina y condiciona, por lo que resulta finalmente determinante, aunque sin eliminar nunca el lado activo independiente de la subjetividad (la creatividad, la imaginación), al contrario, potencia su desarrollo cual manantial inagotable.

(latente, fragmentado, inconcluso...). En ella, cada actor sociopolítico colectivo e individual aporta y crea desde prácticas diversas, apelando a sus tradiciones de luchas o ensayando otras nuevas.

Una labor imprescindible resulta hoy rescatar ese pensamiento, avanzar en su conceptualización e integrarlo con los referentes históricos del pensamiento revolucionario indispensables para la construcción teórica colectiva que caracteriza el actual proceso de producción de nuevos saberes. Esto supone articular las diversas dimensiones del pensamiento reflexivo crítico, es decir, del saber que es elaborado en su dimensión estrictamente teórica, con el saber que emerge de abajo y que mayormente queda sumergido en las prácticas. La articulación de estas dimensiones diversas posibilita la integración e interrelación y la construcción dialéctico-revolucionaria del diálogo entre los saberes “científico” y “popular”, indispensable para la producción de un nuevo pensamiento estratégico (interarticulación entre saber, crear, poder, y hacer).

Esta labor, basada en el diálogo horizontal de saberes, miradas y experiencias, en una construcción articulada desde abajo, resulta hoy entre las nuevas dimensiones del desempeño de lo que hemos acostumbrado identificar como “intelectual orgánico”: no es el que “sabe y orienta”, sino *el que construye* conocimiento, saberes y conciencia revolucionaria *junto con* los actores-sujetos concretos de una sociedad determinada, partiendo de sus realidades, sus problemáticas, sus reivindicaciones, sus anhelos, aspiraciones y deseos.

Incorporar la perspectiva de género

Pensar el poder y los caminos de su transformación desde abajo conlleva rechazar la supuesta neutralidad de la ciencia política que, en algunos casos, no expone sus presupuestos reales de partida o, en otros, aunque lo haga, no logra superar el horizonte abstracto liberal burgués al no dar cuenta de los fundamentos últimos de la discriminación y subordinación mujer-hombre, débil-fuerte, sobre los que se asienta el poder desnudando su contenido patriarcal-machista. Además de estar al servicio de una determinada clase: la del capital, y de los hombres de esa

clase: los capitalistas, el poder discriminador, explotador y excluyente del capital para afianzar su hegemonía necesita mimetizarse socialmente, invisibilizar su contenido de clase y presentarse como un componente “natural” de la vida social y por tanto, eternizable. Para ello, además de apelar a todo el aparato político, ideológico, religioso y cultural, requieren de la complicidad -no conciente- de todos los hombres.

La generalización de los privilegios de los hombres de las clases capitalistas -y antes señores feudales, etc.,- como si fueran características naturales propias de todos los hombres, le garantiza al poder machista del capital, por un lado, el ocultamiento de su origen, contenido y pertenencia de clase y, por el otro, la permanencia de su brutal autoritarismo subordinante, discriminante y explotador de los seres humanos. Es aquí donde género y clase se dan la mano, y lejos de contraponerse y excluirse logran desentrañar el contenido del poder patriarcal machistas poniendo al descubierto su pertenencia de clase. La de los que detentan el poder en lo económico, político, jurídico, ideológico, religioso, cultural.

Perfeccionando viejos mecanismos y modelos de subordinación de la mujer al hombre, el capital ha acondicionando el funcionamiento de la vida social pública y privada y los roles de hombres y mujeres en ellas, acorde con el funcionamiento del mercado y las necesidades de la compleja producción y reproducción de su hegemonía económica, ideológica, política y cultural. Las consecuencias deshumanizante que ello acarrea en la vida familiar de millones de pobres despojados de sus trabajos, de sus tierras, de sus casas, de su país, la sobrecarga económica, física y espiritual que ello representa para las mujeres, alcanza niveles antes insospechados.

Todos los pobres y excluidos lo sufren en carne propia, pero doble o triplemente las mujeres que suman jornada tras jornada no remunerada a su de por sí agotadora jornada laboral doméstica. Ellas en primer lugar -y sus hijos-, resultan los soportes humanos de la criminal y gigantesca actual y nueva etapa de acumulación del capital a escala global.

El silenciamiento y ocultamiento de esta realidad de asimetría, subordinación y discriminación contribuye siempre y en cualquier caso a excluir más a los excluidos y sus realidades de exclusión, en primer lugar, a las mujeres.

En tanto nuevas actoras sociales, las mujeres resultan fuera de los paradigmas del pensamiento político tradicional. Este las considera apáticas, apolíticas e incapaces de pensar más allá del horizonte de lo cotidiano, es decir, incapaces de tener pensamiento estratégico, de trazarse planes y actuar en función de alcanzarlos. La política también es considerada parte del espacio abierto y exterior, escenario complejo y diversificado de disputa de fuerzas, propio del espíritu masculino.

El enfoque de género propone una profundización inexcusable de la democracia (en la práctica y en su contenido político-social), incluyendo las relaciones hombre-mujer fuera y dentro del hogar. Resulta por ello enriquecedor de los procesos de transformación social y de los pensamientos sociopolíticos que los alimentan.

Esto alude a cuatro elementos importantes a tener en cuenta:

- El poder no es sólo político sino también económico, social, cultural, moral, religioso. Y en estos campos, los procesos de tomas de decisiones son más complejos y menos transparentes que en la actividad política, por lo que suelen parecer también menos políticos o no políticos.
- El mundo de lo privado es parte del político (aunque más no fuese como condición de su existencia) y como tal, susceptible de convertirse en político.
- Las luchas por la democratización de las sociedades, para ser verdaderamente populares, equitativas y revolucionarias, deben incorporar la democratización de las relaciones hombre-mujer en lo público y en lo privado. En consecuencia:
- Las luchas de las mujeres en contra de su discriminación y marginación no son exclusivas de las mujeres, atañen a la democratización de toda la sociedad.¹⁰ Esto supone la transformación radical del poder, por lo que es, a la vez que una reivindicación sectorial, una lucha política.

¹⁰ Considerando que somos la mitad o un poco más de la mitad de los habitantes del planeta-, incluso si fuera un asunto sólo de mujeres, sería muy importante su incorporación al debate y a las propuestas sobre la democracia en nuestras sociedades, con igual centralidad que otros problemas sociales. Pareciera que hay que recordar siempre que todos y cada uno de ellos comprende a las mujeres, quienes -al interior de cada problema-, resultan doblemente afectadas: por el problema y por los maridos, padres, hermanos, religiosos o compañeros del problema.

Es fundamental construir conceptos que pongan fin a tales estereotipos y generen nuevos nodos de significación, de tal modo que éstos se conviertan en referencias políticas y educativas para las prácticas sociales alternativas desarrolladas no solo por mujeres, sino por diversos actores y actoras sociales del campo popular. Es necesario edificar nuevos marcos conceptuales, referentes teóricos integrales, visiones del mundo que ayuden a superar la fragmentación del pensamiento y a reflexionar con lucidez sobre los procesos de emancipación social y los modos de producir subjetividades acordes con estos retos.

El aporte de la educación popular

En este sentido, la articulación de la concepción y la práctica de la educación popular con las prácticas de lucha, formación y organización sociopolíticas en proceso de construcción de alternativas políticas resulta vital: ella orienta la acción del pensamiento a partir de las prácticas concretas para reflexionar colectivamente desde allí, deconstruir las experiencias y reconstruirlas críticamente con sentido proyectivo superador, es decir, con sentido constructor de futuro, sobre la base del aprendizaje propio fusionado con los saberes y la experiencia colectivos.

En lo referente a la incorporación de la perspectiva de género al pensamiento sociotransformador la concepción y práctica de la educación popular resultan también significativas. Por su presencia constante y fundante en las organizaciones de base, en los procesos de formación y en las prácticas de vida y organización horizontales y participativas, la práctica sistemática de la educación popular hace social y políticamente visible la presencia de las mujeres en los procesos sociotransformadores, contribuye a dignificar y valorizar su palabra, su pensamiento y su acción.

A través de su práctica educativa -que construye saberes a partir de los modos de vida concretos-, se van constituyendo los puentes básicos que ponen al descubierto los nexos e intercondicionamientos entre un determinado modo de existir y reproducirse del mundo privado y un determinado modo de existir y reproducirse del mundo público. Posibilita por tanto tender los nexos entre una realidad supuestamente privada e individual, aparentemente casuística, con la realidad de un determinado modo

de existencia económica, política y cultural de la sociedad en que vive. Se orienta, de última, hacia cuestionamientos de fondo acerca del poder, haciendo visible la diferenciación y los nexos que existen entre este y una determinada conformación -histórico cultural- de las identidades, los roles y los ámbitos atribuidos -en tal relación-, a los géneros femeninos y masculino, a lo que significa socialmente ser hombre y ser mujer.

La deconstrucción está hecha, la tarea es, en ese mismo sentido, desde abajo, desde adentro, integral y articuladamente, la reconstrucción. Como remarca Ivone Guebara,

Un nuevo mundo a partir de una perspectiva igualitaria entre el género femenino y el masculino, debe tener como respaldo un grupo constituido por nosotras/os mismas/os, capaz de evaluar nuestra comprensión del mundo y ayudarnos a dar nuevos pasos en el claroscuro de nuestra historia.

7. EN CONCLUSIÓN, ¿REFORMA, REVOLUCIÓN O TRANSFORMACIÓN?

Como hemos analizado, el debate actual acerca de la superación del capitalismo y sus males trae consigo el resurgimiento de viejos dilemas ahora recreados y presentes en las reflexiones y búsquedas de alternativas por parte de movimientos sociales, políticos y sociopolíticos. Sin embargo, los enfoques de hoy no pueden considerarse como simple reediciones de planteamientos del pasado.

Considero importante fortalecer –y articular– las reflexiones acerca de las experiencias socialistas vividas en el siglo XX [poscapitalistas, según Mészáros], con las que se refieren a la realidad geopolítica mundial del poder del capital en el siglo XXI y sus modalidades de ampliación sin límites de su capacidad de producción destructiva, con las que emanan de las crecientes resistencias y luchas sociales (locales y globales) que buscan y construyen alternativas diversas para enfrentar el avance de la voracidad y hegemonía destructiva del capital. Todo esto indica la necesidad de nuevas miradas sobre el funcionamiento y la capacidad de dominación del sistema del capital, y también acerca de las diversas posibilidades y caminos para su transformación-superación radical; la actualización y re-creación de la utopía liberadora.

Esto constituye la base para explorar y descubrir –en cada realidad y circunstancia histórico-concreta–, las aristas y posibilidades que –desde la perspectiva del poder desde abajo– abren a los actuales procesos de transformación de la sociedad: ya sea mediante un camino de reformas que se proponga (y tenga posibilidades de) radicalizar el proceso de transformación social apoyado por la profundización de la participación democrático electoral de la ciudadanía, ya sea mediante la implementación de procesos sociales basados en la lógica de la *revolución permanente*

hacia la perspectiva socialista, impulsados articuladamente desde el poder político y la sociedad civil (desde abajo).

Esta podría considerarse la base para explorar caminos diversos. Brinda amplios horizontes –con la flexibilidad necesaria–: no solo apela a aquellas vías que puedan anticipadamente avizorarse y preverse, sino también a las que seamos capaces de inventar y construir colectivamente.

Cualesquiera sean los caminos concretos que sigan los distintos procesos de transformación social en la búsqueda de la liberación humana, su construcción y desarrollo desde abajo será posible sobre la base de la formación y organización-articulada de una amplia fuerza social de liberación en cada país, compuesta por mayorías conscientes y capaces de protagonizar su historia. El pueblo (rearticulado y organizado) como sujeto popular es el protagonista fundamental, y es tarea política colectiva de primer orden promover su organización, formación y participación cada vez más completa y multidimensional en el proceso transformador, de modo que vaya conquistando y construyendo espacios de empoderamiento creciente. Esto es, porque –como dice Badiou– son los acontecimientos los que constituyen o no –según sea su participación en ellos–, a los seres humanos en sujetos de sus actos; es a partir de la intervención directa en los acontecimientos sociales que los actores sociales pueden constituirse en sujetos y no a la inversa. El proceso de transformación deviene entonces un proceso práctico-pedagógico transformador-constituyente (empoderante) de la clase obrera y el pueblo en sujeto popular.

Nuestra utopía y brújula es la del socialismo que aún debemos inventar y reinventar colectivamente. Y como parte de la humanidad que insiste en su búsqueda, con estas reflexiones he aventurado un granito de arena en esa dirección, conciente de que el dilema fundamental de nuestra época se condensa cada vez más en la disyuntiva vida-muerte, anticipada y definida por Rosa Luxemburgo como la alternativa entre *socialismo o barbarie*.

BIBLIOGRAFÍA

- Amín, Samir, *Los desafíos de la mundialización*, Siglo Veintiuno Editores, México 1997.
- ——— *Crítica de nuestro tiempo*, Siglo XXI, México, 2001.
- Badiou, Alain, *El ser y el acontecimiento*, Manantial, Buenos Aires, 1999.
- Baño, Rodrigo A., «Sobre movimiento popular y política», Archivo del Centro de Estudios sobre América (CEA), DO 489, p. 23.
- Boff, Leonardo, *¿Choque de civilizaciones?*, ALAI, versión digital, abril 2003.
- Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, (segunda reimpresión), Gedisa, Barcelona, 2000.
- Brie Michael y Klein Dieter, “Cómo. Los caminos: revolución, reforma, transformación. Reflexiones desde una óptica marxista.” 2004, Fundación Rosa Luxemburgo. Berlin.
- Brangsch, Lutz, “Reforma social o revolución. Preguntas en el siglo XXI: La democracia como eje de la transformación.” 2004, Fundación Rosa Luxemburgo. Berlin.
- Callinicos, Alex, *El Marxismo de Althusser* (1975), Edición digital (CETRI).
- Cuevas, Agustín, *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*. Planeta, Quito, 1987.
- Dussel, Enrique, *Ética de la Liberación*, Editorial Trotta, Madrid, 1998.
- ——— *Hacia un Marx desconocido, un comentario a los Manuscritos del 61-63*, Siglo Veintiuno, México, 1988.
- ——— “Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales”, *Revista Pasos*, No. 84, DEI, San José, 1999.

- Dussel, Enrique, *Introducción a la Filosofía de la liberación*, Editorial Nueva América, Bogotá, 1995.
- Brunetto, Egidio, "Vía Campesina", *América Libre*.
- Cruz, Alberto, "Las elecciones de Ecuador y la unidad de la izquierda", *Rebelión.org*, acceso 23 Noviembre.
- Engels, Federico, «Principios del comunismo», *Obras Escogidas* en tres tomos, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1976.
- Flores Galindo, Alberto, *La agonía de Mariátegui*, Editorial Revolución, Madrid, 1991.
- Foucault, Michel, *Hermenéutica del sujeto*, Altamira, La Plata, 1996.
- ——— *Microfísica del poder*, Tercera Edición, La Piqueta, Madrid, 1992.
- Gallardo, Helio. 1989. *Elementos de política en América Latina*. DEI, San José.
- Gebara, Ivone. 2004. "Unas nuevas relaciones de género son posibles." En: www.latinoamerica.org; acceso: 31-03-05.
- González Casanova, Pablo, *Las Nuevas Ciencias y las Humanidades. De la Academia a la política*, Anthropos, Barcelona, 2004.
- Harnecker, Marta, y Rauber, Isabel, *Memoria oral y educación popular*, CENDAL, Bogotá, 1996.
- Hinkelammert, Franz, *El retorno del sujeto reprimido*, Universidad Nacional de Colombia, Colombia, 2002.
- Houtart, François, "Convergencia de movimientos sociales: un ensayo de análisis", texto presentado a la Conferencia Internacional "La obra de Carlos Marx y los desafíos para el Siglo XXI", La Habana, 5 al 8 de mayo de 2003.
- ——— "Los proyectos y los niveles de las alternativas", *Globalización de las resistencias, estado de las luchas 2003*, Icaria, Barcelona, 2003.
- ——— "Movimientos sociales y poder", ponencia presentada al Foro Social de las Américas, Quito, 2004. Archivo del Cetri, Louvain La Neuve.
- Klein, Dieter, "Proyectos como punto de partida en un camino alternativo de desarrollo", 2004, Fundación Rosa Luxemburgo, Berlin.
- Korsch, Kart, *Marxismo y filosofía*, (1923), Edición digital (CETRI).
- Korsch, Kart, "El estado actual del problema 'marxismo y filosofía'. Al mismo tiempo una anticrítica", (1929), Edición digital (CETRI).

- Labica, G., Bensussan, G, *Dictionnaire critique du marxisme*, Quadrige, Paris, 1999.
- Lenin, Vladimir I., «La enfermedad infantil del `izquierdismo' en el comunismo», *Obras Completas*, t. 31, Editora Política, La Habana, 1963.
- ——— *Obras Completas*, t. 6, Editorial Progreso, Moscú, 1972
- Lukács, G., *Histoire et conscience de classe*, Editions de Minuit, Paris, 1960.
- Mariátegui, José Carlos, *OBRAS*, Tomo 1, Casa de las Américas, La Habana, 1982.
- Maset Campos, Pedro, “Mundialización: ¿Qué alternativas debemos impulsar desde la izquierda?”, *Utopías*, No. 188, Vol. II, Madrid, 2001.
- Marx, Carlos, *Miseria de la Filosofía*, Editora Política, La Habana, 1963.
- ——— *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Instituto del Libro, La Habana, 1973.
- ——— “Tesis sobre Feuerbach”, en: Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, en dos tomos, Tomo II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1955.
- Marx, C., y Engels, F., “Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialistas e idealistas”, *Obras Escogidas*, en tres tomos, T. I, Editorial progreso, Moscú, 1976.
- Mészáros, István, *La teoría de la enajenación en Marx*, Ediciones Era, México, 1978.
- ——— *Más allá del capital*, Vadell Hermanos Editores, Caracas, 2001.
- ——— *The alternative to capital's social order*, K P Bagchi & Company, Kolkata, 2001.
- Miranda, Olivia, Julio Antonio Mella: *Los movimientos sociales y la unidad revolucionaria*, en: www.cubasigloxxi
- Pupo Pupo, Rigoberto, “Gramsci y la filosofía”, Tomado de www.filosofia.cu
- Rauber, Isabel, *Actores sociales, luchas reivindicativas y política popular*, 2da edición, UMA, Buenos Aires, 1997.
- ——— *Claves para una nueva estrategia, construcción de poder desde abajo*, Pasado y Presente XXI, Santo Domingo, junio 2000.
- Rauber, Isabel, *Construyendo poder desde abajo*, Debate Popular, Santo Domingo, 1994.

- Rauber, Isabel, *Profetas del cambio*, Ciudad de La Habana, 1997. (*Una historia silenciada*, Editora Jurídica, Buenos Aires, 1998).
- ——— *Tiempo de Herejías*, Pasado y Presente XXI, Santo Domingo, 1999. (Segunda edición, Instituto de Estudios y Formación de la CTA, Buenos Aires, 2000).
- ——— “Los dilemas del sujeto”, ponencia presentada a la «Conferencia Científica Internacional por el 120 aniversario de la muerte de Carlos Marx», realizada en La Habana, entre el 5 y el 8 de mayo del 2003.
- ——— *Movimientos sociales y representación política*, Ediciones Desde Abajo, Tercera edición, Bogotá, 2003.
- Sánchez Vázquez, Adolfo, *Por qué soy marxista hoy*, Discurso pronunciado al ser investido Doctor *honoris causa* por la Universidad de La Habana, 16 de septiembre de 2004. (Digital)
- Sanín Vásquez, José L. (comp.), *Nuevos movimientos políticos: entre el ser y el des-encanto*, Instituto Popular de Capacitación, Medellín, 1997.
- Santana, Joaquín, “Mariategui y el marxismo creador”, Tomado de www.filosofia.cu
- Stédile, Joao Pedro, “La lucha de los Sin Tierra, la experiencia brasileña del MST”, ALAI Servicio Informativo, 248-249, 24 marzo 1997.
- ——— “Los desafíos actuales de la izquierda brasileña”, documento electrónico. Agosto de 2004. (Original en Portugués. Traducción libre de Pasado y Presente XXI)
- Tablada, Carlos y Dierckxsens, Wim, *Guerra global, resistencia mundial y alternativas*, Ruth Casa Editorial, Panamá 2004.
- Therborn, Göran, *Dialécticas de la Modernidad: Acerca de la teoría Crítica y el Legado del Marxismo del Siglo XX*, 1996, Edición digital, (CETRI).
- Valdés Gutiérrez, Gilberto, “Las obsesiones de Isabel Rauber”, *Revista Pasado y Presente XXI*, Año V, No. 5, 2003-2004, México, pp. 14-23.
- Vargas Valente, Virginia. S/F. «Feminismo: el poder como acción transformadora.» Centro «Flora Tristán», Lima, Texto mimeografiado.
- Vianello, Mino, y Caramazza, Elena. 2001. *Un nouveau paradigme pour les sciences sociales: genre, espace, pouvoir*, L’Harmattan, Paris.

- Zemelman, Hugo, *Necesidad de conciencia*, Anthropos, Barcelona, 2002.
- Zibechi, Raúl, *Uruguay, la hora de la izquierda*, La Fogata, acceso 23 de Noviembre de 2004.

